

Enrique
Lafourcade

CUENTOS
DE LA
GENERACION
DEL 50



EDITORIAL DEL NUEVO EXTREMO, LTDA.
Santiago de Chile

(C)

Inscripción N° 21251

EDITORIAL DEL NUEVO EXTREMO, LTDA.

Ahumada 6, 3.er piso

SANTIAGO DE CHILE, 1959

INDICE

<i>Prólogo del Antologista</i>	9
<i>Margarita Aguirre:</i>	
LOS MUERTOS DE LA PLAZA	17
<i>Guillermo Blanco:</i>	
ADIÓS A RUIBARBO	25
<i>Armando Cassigoli:</i>	
UN RECITAL MEMORABLE	35
<i>José Donoso:</i>	
LA PUERTA CERRADA	51
<i>Jorge Edwards:</i>	
A DA DERWA	81
<i>Mario Espinosa:</i>	
H. M.	89
<i>Pablo García:</i>	
EXTRAÑA ES TU NOCHE, JOSUE	101
<i>María Elena Gertner:</i>	
UN JUEGO DE SALÓN	113

<i>Luis A. Heiremans:</i>	
MIGUELITO	123
<i>Alejandro Jodorowsky:</i>	
ZIPELBRUM	143
<i>Enrique Lafourcade:</i>	
LA MUERTE DEL POETA	149
<i>Jaime Laso:</i>	
EL HOMBRE QUE NO SUPO DECIR NO	179
<i>Enrique Lihn:</i>	
AGUA DE ARROZ	187
<i>Enrique Moletto:</i>	
EL TESTAMENTO	205
<i>Herbert Müller:</i>	
EL MACFARLAN	215
<i>Waldo Vila:</i>	
EL JUEGO DE PAPEL	225
<i>José Zañartu:</i>	
PRIMERA MUERTE	237
<i>Notas Biobibliográficas</i>	251
<i>Bibliografía Cronológica de la Generación Literaria de 1950</i>	263

PROLOGO DEL ANTOLOGISTA

EL AÑO 1959 deberá considerarse especialmente en futuras historias de la literatura chilena. En efecto, durante sus primeros seis meses hemos visto desplegarse, por la prensa, por la radio, en foros universitarios, mediante conversaciones especializadas y profanas, una gran polémica. No menos de cien artículos y comentarios, réplicas, opúsculos, notas, afirmaciones, negaciones, ataques personalizados y académicos, han producido en el gran público, en el lector corriente, un acercamiento hacia la literatura, hacia los libros de escritores chilenos, insólito en nuestro país.

Hace cinco años, en la ya inencontrable *Antología del Nuevo Cuento Chileno*, utilicé la voz *Generación de 1950* refiriéndola a escritores más o menos desconocidos. Fui criticado. Advertí, posteriormente, que no creía en la aparición de un movimiento generacional cerrado, con unidad programática, de espíritu y cronologías comunes, necesidad histórica, identidad de propósitos, y otras determinaciones con las cuales algunos estudiosos —Peteresen, Dilthey, Ortega y Gasset— han procurado controlar racionalmente el escurridizo concepto.

Dije que la expresión era útil, que consistía en una simple y arbitraria línea divisoria, una frontera instrumental, pedagógica.

Fue en vano.

La crítica oficial insistió en borrar el nombre. Pero los nombres son como las personas, nacen vivos, y crecen...

Ahora, a estas alturas, ¿qué hacer con la *Generación de 1950*, sino aceptarla?

Se comparó a sus constituyentes con los *Angry Young Men* (John Osborne, John Wain, John Braine, Kingsley Amis), ese grupo de jóvenes escritores ingleses que comienzan sus actuaciones literarias y políticas con el medio siglo. Se dijo que aquéllos, al igual que éstos, sufren el desajuste ético, la agresión metafísica de la sociedad en que les toca vivir.

Pero, principalmente, se les negó. De plano. No venían a renovar nada. Eran prolongaciones lánguidas de movimientos intelectuales foráneos. Escribían mal. Además, pornográficos.

Aquí están, de nuevo. Corresponde a los lectores juzgarlos y determinar si sus voces son distintas.

Mientras tanto, habría que agradecer a la *Generación de 1950*, por lo menos, este tiempo polémico.

¿Qué se ha discutido?

JORGE I. HUBNER:

Esta joven literatura, pese a su indudable valor, ha sufrido el contagio del existencialismo, que envilece y rebaja las creaciones artísticas. (El Diario Ilustrado: 10/3/59).

BENJAMÍN SUBERCASEAUX:

Nos han librado del criollismo, y eso es ya enorme y meritorio. ¿Que dicen impropiedades y su lenguaje es coprolálico? No lo he advertido porque soy, quizá, más sensible a la suciedad de las ideas que de las palabras. (Ericilla: 15/4/59).

PETER PAN (?)

Los del 50 tienen razón: no son existencialistas. Por

lo demás, nadie sabe a ciencia cierta qué se requiere para ser existencialista: si haber leído L'Etrè et le Néant o no lavarse la cara durante quince días. Estos jóvenes se consideran seres a partes, jueces despiadados de la sociedad en que viven, condenadores. En una palabra, son inadaptados, ni más ni menos que el poeta de chambergo y melena que existía hace treinta o cincuenta años. Su candorosa petulancia demuestra que esta terrible generación del 50, está formada por buenos e inocentes muchachos. (El Diario Ilustrado: 26/2/59).

MARTA BRUNET:

De muchos puede decirse que ya representan un aporte, un nombre, para unirlos a otros nombres que, a través del tiempo han formado, forman y formarán el haber de nuestra literatura nacional. (Ercilla: 15/4/59).

JUAN DE LUIGI:

Toda esta gente escribe, se ataca, se defiende, y sobre todo, hablan. Y esta es la polémica. Muy importante y fundamental, como se ve. Y si todos juntos, los unos y los otros, se meten en un saco y se les comprime para ver qué sale, no sale ni una gota, ni de inteligencia ni de cultura. Y menos de creación real. (La Libertad: 9/4/59).

RICARDO LATCHAM:

La generación existe porque sus hechos lo confirman. La Generación de 1950 ha dado un impulso desconocido a la novela y el cuento. La afirmación no es dogmática y se puede comprobar con el éxito indiscutible de diversos autores que han conseguido interesar a críticos foráneos y a públicos extranjeros, como lo he visto con Donoso, Lafourcade, Müller y Margarita Aguirre... La Generación de 1950 es morbosa, crítica, inconformista y algo erótica. (La Nación: 24/4/59).

EDUARDO BARRIOS:

Los jóvenes escritores no escriben sólo barbarismos, sino estupidismos, que es peor. (Ercilla: 18/3/59).

MANUEL ROJAS:

¿Es derrotista el Ecclesiastés? ¿Es decadente Moby Dick? Gloria in excelsis. ¿Son decadentes, derrotistas y soeces José Donoso, Claudio Giacóni, Enrique Lafourcade? Si escriben bien, no importa. Importaría si, además de serlo, escribiesen mal. Entonces habría que mandarlos, por lo menos, a la Mocha. (Ercilla: 15/4/59).

VÍCTOR DOMINGO SILVA:

No conozco las obras de los jóvenes Donoso, Giacóni ni Lafourcade. He escuchado por radio noticias de la polémica, que no me interesa, y cuando algo no me interesa, no me preocupa. (Vea: 5/59).

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA:

Todo juicio es prematuro para calificar a este grupo de jóvenes escritores. Hace falta más perspectiva en el tiempo para enjuiciarlos. Ellos mismos confiesan su corta edad de diez años como literatos. Lo que no se puede negar es que escriben bien. (Vea: 5/59).

FRANCISCO DUSSUEL:

Esta nueva promoción literaria no está circunscrita a tres o cuatro autores, como parecen indicarlo los muchos artículos publicados en diarios y revistas. Los más destacados suman por lo menos una docena... Respetemos la sinceridad con que actúan, la rebeldía de sus años, la fiebre iconoclasta que los empuja a destrozarse los falsos valores, a desenmascarar la maldad oculta tras el esplendor de una sociedad brillante y libertina. (El Diario Ilustrado: 29/3/59 y 26/4/59).

JOAQUÍN EDWARDS BELLO:

Créanme: morirán todos los escritores estilistas, los graves, los serios y moralistas tan celebrados hoy. Vivirán los que hoy parecen imperfectos, arbitrarios, contradictorios y hasta blasfemos. La blasfemia es afirmación de Dios. (Ercilla: 15/4/59).

PROSPERO:

Es esa indigencia espiritual de los conductores, de aquí y de cualquier parte, la que ha hecho salir a la superficie esta Generación del 50, que se resiste a morir asfixiada por las mentiras, las consignas idiotas, las intolerancias y los atentados contra la Humanidad. (Las Noticias de Última Hora: 28/4/59).

YERKO MORETIC:

Hay ya señales visibles para todos de que, como habíamos previsto, estos incorruptibles jóvenes coléricos van asumiendo actitudes cada vez más reaccionarias, se colocan bajo la tuición de los agentes intelectuales del Departamento de Estado, o se convierten en vergonzantes propagandistas del actual régimen. (El Siglo: 26/4/59).

HERNÁN DÍAZ ARRIETA (ALONE):

Los jóvenes de la Generación de 1950 se demuestran, como suele ocurrir a los jóvenes, coléricos y rebeldes; verdad que abusan del vocabulario grosero desencadenado por Céline en Francia, pero que no deja de resonar en algunos clásicos españoles celebradísimos. No prueba que, por esto, nuestro país marcha a la ruina. Al contrario. Temblemos el día en que los buenos funcionarios y, en general, la gente decente sin vicio alguno, sean "personajes de novela, motivo de asombro". (El Mercurio: 5/4/59).

Y la polémica sigue...

MARGARITA AGUIRRE

La prosa que al tratar de expresar su contenido, tantas veces se endurece, en la novela (*El Huésped*) de Margarita Aguirre hace gala y se acredita por una modestia cautivante. (ENRIQUE AZCOAGA).

La bella promesa de *Cuadernos de una Muchacha Muda* se ha cumplido con creces en *El Huésped*, una de las novelas más hermosas y de mayor interés auténtico que haya publicado una escritora chilena en largos años. (HERNÁN DEL SOLAR).

Todo justo, equilibrado, auténtico (en *El Huésped*). ¿Cómo así? ¡Vayan ustedes a saber! Milagros del talento. ¡Ah, mis señores optimistas, señores dogmáticos de la alegría, el oficio de vivir "también" es así! (NICOLÁS GUILLEN).

Se lee en *El Huésped* reconociendo en quien lo escribió intenciones definidas, pero añorando la vitalidad que falta. Al terminar la historia de Guillermo Plaza, el muchachito que se sumerge en un mundo abisal y asume por propia voluntad la pesadilla definitiva, descubrimos una endeblez profunda en el relato. La herida por la cual se desangra el libro se hace evidente. (EUGENIO GUASTA).

La forma autobiográfica elegida para el protagonista es inverosímil y a cada instante el lector vuelve la mirada a la novelista y le pregunta con picardía: "¿Cree usted que así hablan los niños?" *El Huésped* produce el efecto de algo prefabricado, pues son muchas las coincidencias. (FRANCISCO DUSSUEL).

La observación psicológica es pobre. Un cuaderno lírico (*Cuadernos de una Muchacha Muda*) precusa tener, es evidente, acción externa y desenlace. Pero exige ir ahondando en los sentimientos, una marcha hacia lo esencial, que la autora no ha logrado. (ELEAZAR HUERTA).

LOS MUERTOS DE LA PLAZA

COMO si se lo hubieran propuesto estaban los cuatro sentados uno frente al otro formando un rectángulo. Esperaban el té. La empleada, un poco más lejos, trajinaba con tazas y platos. Luego colocó junto a cada uno una pequeña mesa. Finalmente trajo la bandeja con el té, que puso en la mesita de María Luisa. Le acercó una taza y se quedó esperando que ésta sirviera. Con su cara lavada, su uniforme irreprochable, era lo más impersonal que puede esperarse de un ser humano.

—Deja. Yo voy a servir —le dijo María Luisa.

—¡Tan linda ella! —exclamó Hugo—. Se quiere acostumbrar para cuando nos casemos, ¿verdad, m'hijita? María Luisa le alargó una taza a Juanita.

—Tú también podrías acostumbrarte —le dijo, riendo.

—Perdona. Estaba distraída.

Juanita tomó la taza. Se puso a dar vueltas la cucharilla en el té. “Casarse —se dijo—, qué cosa horrible”. María Luisa y Hugo se casarían ese año. Todas sus amigas se casaban. Se iban casando como un destino inexorable. También ella tendría que hacerlo. Allí estaba Pedro, revolviendo, lo mismo que ella, su taza de té, mientras la miraba. Eran casi novios. Bueno, así

lo creían en su casa las amigas y hasta ellos mismos, a veces. Juanita volvió a mirarlo. Pedro estaba hablando de Guillermo.

—¿Te das cuenta, viejo? —le decía a Hugo—. Guillermo en París, trabajando en el estudio de Le Corbusier...

—La de *cognac* que se mandará al cuerpo entre plano y plano funcional —se rio Hugo.

—Yo también me iré a París —continuó Pedro—. No espero tener la misma suerte, claro está, pero creo que cuando uno se recibe de arquitecto, lo menos que puede hacer es viajar por Europa.

Juanita dejó la taza de té vacía y se arrellanó en el sillón. Irse a París, casarse, la arquitectura, el arte. ¿Por eso se casaría con Pedro? Pedro era distinto de los otros. Los otros bailaban, reían, la divertían y nada más. Pedro discutía de arte y de arquitectura. Pedro quería algo más que pasarlo bien. Tal vez eso serviría para casarse. Pero no estaba segura del todo. Una vez, hace muchos años, vio el matrimonio de unos inquilinos en el campo. Para ellos no había Europa ni arte. Se habían casado ceñudos, tiesos, acartonados en sus horribles ropas nuevas. Pero después, cuando Juanita los espío, en medio de la borrachera del rancho, estaban ahí solos, tomados de la mano, aislados de la cueca y el vino, absolutamente juntos, fuertes y seguros, como una raíz cierta de sus frutos. Hay caras que no se olvidan, pequeños sucesos que se quedan dentro de uno sin razón alguna. Parecen tontos, sin sentido, pero es inútil olvidarlos. ¿Qué tenía que ver Juanita con esa pareja de inquilinos sorprendidos en el aburrimiento de un verano? Sus manos, tierra y callosidades; sus ojos sosegados, torvos, negros, mirándose, no la abandonaban. Poseían una verdad que en vano buscó en los rostros felices de sus amigas. "Casarse, ¡qué cosa horrible!"

—¿Nadie quiere otra taza de té? —preguntó María

Luisa—. Bueno, entonces llamo para que las retiren y apagamos un poco las luces...

—Deja —murmuró Juanita—. Yo sacaré las cosas. Le molestaba el rostro impávido de la sirvienta. No quería ver a nadie.

Hugo y María Luisa se acurrucaron en un sofá. Abrazados, tomados de la mano, comenzaron a cuchichear y reírse.

Pedro hojeaba una revista sentado en el otro sofá. La esperaba. Con calma, tal vez con dulzura, la estaba esperando. Siempre había sido así: él la esperaba con seguridad. Porque ella iba y venía. Cansada de preguntarse, cansada de revolotear, cansada de no saber, llegaba. ¿Por qué? "Porque me está esperando".

—¿Qué te pasa? —le preguntó Pedro, cuando se sentó junto a él.

—Nada.

—Siempre me dices lo mismo.

—Porque siempre es así.

—¿No sabes qué tienes?

—No...

—Casémonos —dijo Pedro— y lo sabrás. Nos vamos a Europa. Estudiamos juntos. Nos queremos. Estudiamos. ¡Seríamos una pareja tan distinta! Tú eres inteligente, tienes sensibilidad. Podemos hacer juntos muchas cosas...

—¿Soy inteligente?

—¡Tontita!

Pedro la besó. Sus labios se aproximaron poco a poco a los suyos. Entonces Juanita fue abandonándose, también, lentamente.

—¡Pedro! —suspiró.

Volviéron a besarse. La felpa del sofá Luis XVI se pegaba a su espalda desnuda. En medio de las caricias, Pedro volvió a hablar con voz ronca:

—Nos casamos sin alboroto alguno. Los dos solos

en una iglesia. Nos casaremos para ser felices eternamente, los dos solos... ¿quieres?

—Sí, ser felices... los dos solos... bésame, sabes besar, te quiero... nos iremos a Europa, estudiaremos... Eso es todo... Bésame... Los dos solos. Tiene que ser todo...

—¡Ojo, chiquillos! ¡Ya es la hora en que vienen papá y mamá! —gritó María Luisa.

Juanita y Pedro los habían olvidado. Hugo y María Luisa, también a ellos. Encendieron las luces. Frente al espejo, María Luisa, y luego, Juanita, se retocaron los cabellos y el *rouge*.

—Nosotros nos vamos —dijo Pedro, apoyándose en los hombros delgados de Juanita.

—¿No quieren quedarse a comer? —interrogó María Luisa.

—Mejor nos vamos. Creo que hay una concentración en la plaza, aquí abajo. Prefiero sacar el automóvil temprano.

Se despidieron.

—Bueno, linda. Llámame pronto. No se pierdan —decía María Luisa a Juanita.

—Nos vemos en la Facultad, viejo —agregó Pedro, a Hugo.

Con la complicidad estrecha del ascensor, Juanita y Pedro volvieron a besarse, como si un beso se les hubiera perdido. El ascensor terminó su viaje. Al salir de él ya notaron algo extraño. Las puertas del edificio estaban cerradas. A través de ellas venía un rumor sordo, espeso. Las abrieron con temor y salieron a la ancha plaza de cemento, que en esa noche cálida de enero hervía de hombres.

Juanita tomó con fuerza el brazo de Pedro. Aquello era más que una simple manifestación de obreros pidiendo algo o protestando. Se dieron cuenta de inmediato, por las carreras desenfrenadas de algunos, por

las antorchas que comenzaban a encenderse, en los gritos como de animales encerrados que venían de lejos, y de todas partes, los rostros desencajados, las manos empuñadas, palideces, ademanes, desenfrenos, empujones. Se sintieron arrastrados por una corriente humana, sudorosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Juanita.

—No sé. Busquemos el coche.

Por el medio de la avenida se desplazaba una columna con antorchas encendidas. No gritaban. No cantaban. Venían hacia la plaza, mudos, implacables, con sus rostros de carbón, duros y afilados.

Juanita los miró aproximarse: implacables, duros y afilados. Sin pedir nada. Entonces comprendió que algo había pasado y que no podía eludirlo. Desprendiéndose de Pedro corrió hacia la antorcha más próxima.

—¿Qué haces? —le gritó Pedro—. ¡Ven acá! ¡Tenemos que irnos al auto!

Pero ella no le escuchaba. Tenía que saber lo sucedido. Una mujer pobre, con su niño en brazos, le advirtió:

—Cuidado, señorita. ¡Están furiosos! Los carabineros dispararon y mataron a muchos... Ahora vienen, furiosos... ¡Tenga cuidado! —le suplicaba.

Juanita se detuvo, perpleja. Miró la criatura medio desnuda en brazos de la madre, que mordisqueaba un mendrugo sucio. ¿De manera que eran disparos?... “¡Fuegos artificiales!” había asegurado Hugo. ¡Y mientras ellos se besaban, disparos!...

Pedro la alcanzó, tomándola con furia del brazo.

—¿Te has vuelto loca? —interrogó—. Ven inmediatamente. Tenemos que llegar al auto.

—Pedro... ¡Por Dios! Necesitamos saber qué sucede... Es un espanto... Dicen que los carabineros han muerto a muchos...

—¡Oh! ¡Vamos! —ordenó Pedro, empujándola.

—Pero, ¿a ti no te importan?

—¿No me importa qué?

—¡Los muertos, Pedro!... La plaza llena de muertos...

Pedro la obligó a caminar rápido, de espaldas a la manifestación que avanzaba por la gran plaza hacia los cadáveres de los obreros, cubiertos por periódicos sanguinolentos.

—¿Los muertos? —repitió Pedro, confuso.

—Sí, esos pobres muertos, ahí, en la plaza.

—Pero, ¡si son unos rotos inmundos, mi amor!

Y al ver el rostro demudado de Juanita, agregó:

—El mal olor te está descomponiendo. Por suerte, ya llegamos. ¡Qué espanto esta muchedumbre! La verdad es que los carabineros hacen bien en matar unos cuantos rotos, de cuando en cuando...

Se adelantó para abrir la puerta del automóvil. Juanita lo miró como si por primera vez lo conociera.

—Cuando nos casemos —decía Pedro.

—¡Qué horrible! —exclamó Juanita.

—Sí, horrible todo esto, pero te decía que cuando nos casemos...

Juanita no le escuchaba. Ahora sabía que nunca se casaría con Pedro. Que Europa, la arquitectura, el arte, besarse, no era todo. ¡Había también los muertos! Los muertos de la plaza.

GUILLERMO BLANCO

Con una belleza algo sórdida, con estilo directo y a veces poético, con gran sentido de la síntesis... (En *Sólo un Hombre y el Mar*) Blanco sabe sugerir, insinuar, explotar una peripecia apasionada. (RICARDO LATCHAM).

...con él revive el género cuento (*Sólo un Hombre y el Mar*), que estuvo olvidado y a mal traer en los últimos años... Blanco tiene mucho avanzado en el sendero de la maestría. (RAUL SILVA CASTRO).

En *Sólo un Hombre y el Mar* hay siempre presente un aire poético, una elemental nobleza, una inocencia que no se pierde y se sobrepone angélicamente a la anécdota... estos cuentos son universales... (JUAN TEJEDA).

Guillermo Blanco escribe en estilo descuidado; pero ello no es causa que pensemos... El fondo emocional no está presente en ninguna página (de *Sólo un Hombre y el Mar*); tampoco hay aquí preocupación social. (ARMANDO MENDEZ).

Los otros cuentos (de *Sólo un Hombre y el Mar*)... dejan ver demasiada retórica, un no estar todavía cuajados, demasiada imagen muy manida a la que se le nota lo libresco. (EUGENIO GUASTA).

Confesamos desde ya que los *cuentos* (como género) siempre nos han parecido *píldoras literarias*, temas frustrados, embriones... La obertura (de *Sólo un Hombre y el Mar*) subyuga, el lector se acomoda en su sillón y a las pocas páginas dormita por despecho: lo engañaron. (FRANCISCO DUSSUEL).

A D I O S A R U I B A R B O

MAÑANA A MAÑANA, casi al filo del alba, el chico llegaba a sentarse en la acera empedrada, frente al portón de la panadería. Adoptaba siempre la misma postura: cruzadas las piernas, las manos cruzadas delante de ellas, la vista fija en el callejón que conducía a las caballerizas. Sus ojos eran hondos, eran negros, miraban de una manera extrañamente intensa. Esperaban, con esa dulce, cristalina paciencia de los ojos de niño. A veces, la brisa del amanecer producía en su cuerpo un leve estremecimiento, a veces era el sol recién nacido el que le penetraba en quieta caricia. Todo él, sin embargo, se concentraba en la mirada —en las pupilas inmóviles, que no se apartaban del punto por donde asomarían los caballos— y sólo parecía tornar a la vida cuando se escuchaban desde dentro las voces de los conductores y restallaban las fustas, y sobre los adoquines comenzaba a resonar el eco marcial de las herraduras.

Luego aparecía el primer carro. Salía muy despacio, porque el callejón era angosto y al dueño le molestaba que los ejes rasparan el adobe de los muros. Los hombres lanzaban imprecaciones, más quizá por costumbre, por una especie de rito del gremio, que porque estuvieran en realidad airados.

Pero el chico no los oía, no los veía. Contemplaba a los caballos, no más. Los contemplaba con rostro amical, insinuada en sus labios no una sonrisa, sino la sombra, el soplo de una sonrisa. Si podía los tocaba. Les daba unas palmaditas fugaces en las paletas o en las ancas a medida que emergían a la calle. Susurraba sus nombres, igual que si fueran un secreto entre ellos y él:

—*Pintado... Canela... Penacho... Ruibarbo...*

Eran cuatro. Dos marchaban hacia un lado, dos hacia el lado opuesto. El muchacho también se marchaba cuando habían desaparecido. Se alejaba paso a paso, y sus piernas y su cuerpo se prolongaban a su espalda, en una sombra interminable, y era la sombra una imagen de su deseo de quedarse allí, junto al portón, aguardando. Se dirigía a la escuela, que estaba al oriente de la ciudad. La ciudad era pequeña, de no muchos habitantes. Tenía sólo diez o doce casas grandes, con oficinas, y unas pocas avenidas con pavimento de concreto. El resto era provinciano, antiguo: calzadas polvorientas, construcciones de un piso, techos de tejas y verjas de hierro forjado. Todavía algunos hombres y mujeres temían ir al centro y afrontar los escasos letreos luminosos, los dependientes pulcros, los automóviles. Algunos iban únicamente en el tiempo de Navidad.

El chico no iba casi nunca. De la escuela bajaba al río, del río a almorzar y luego de nuevo a la panadería.

Ahora era la tarde, las cuatro de la tarde, o las tres y media, y la sombra venía delante suyo, como si su impaciencia la hiciera adelantarse. Era la hora de la siesta. Los caballos reposaban, desuncidos, en sus pesebres. Hasta su lado llegaba él, con ese andar lento, que era una excusa, y se les aproximaba y volvía a hablarles:

—*Canela.*

—*Ruibarbo.*

—*Pintado.*

Ellos abrían apenas los grandes ojos, mansos y adormilados, y lo miraban apenas. Los dos más jóvenes parecían entenderle mejor, parecían recoger la cálida ternura, el trémolo de bondad que latía en su voz. Parecía que le escucharan, que le replicaran incluso, en cierta forma misteriosa. Los viejos no. Los viejos —para los que su afecto era, no obstante, más profundo— se limitaban a alzar los párpados y mostrarle sus pupilas desprovistas de visión, donde anidaba una indiferencia muy larga y muy ancha. Los dedos del chico se escurrían en pausada caricia por sus pelambres llenas de sudor. A él le agradaba el olor a sudor que le quedaba después en la piel. Le agradaba sentirlo, guardarlo en sus manos, dormirse en la noche aspirándolo.

—Manco, manco —murmuraba.

Los caballos jóvenes, sin hacer un movimiento, respondían. Los viejos no. Pero su piedad era para éstos, y le dolía que no la recogieran, que fuera tan poderoso su derrumbamiento, su aniquilamiento; que los hubieran vaciado tan íntegramente por dentro a fuerza de desamor. Que se hallaran secos, igual que se secan los charcos en el verano. Secos y opacos, colosalmente indiferentes, incapaces de recibir el cariño que él les traía, ya que no de darle el de ellos.

En sus belfos creía el niño descubrir un gesto amargo, de amargura en sí, sin tema; amargo no porque tuvieran nostalgia del agua de los arroyos o del pasto libre, lozano de los potreros, sino porque no sabían lo que era nostalgia. Amargo con una amargura difusa —espectro de amargura— que había ido quedándose en ellos a través de los días y los días y los días parejos, amorfos; de las horas parejas, sin minutos ni segundos, de las horas inmóviles, que dan lo mismo, que se acumulan y aplastan desprovistas de alternativas y de esperanzas y de sorpresas, que son una interminable siesta o un infinito trotar calle abajo y luego calle arriba,

por calles invariables, en un derrotero invariable, cansado, agotado: una suerte de vía crucis sin la cruz ni la grandeza del sacrificio. Nada. Sólo la nada, vasta, vasta.

—Manco...

El les perdonaba que fuesen así. Intuía, con la vaguedad precisa con que intuye la infancia, que eran incapaces de otra reacción, de cualquiera reacción, y que su apatía no era voluntaria, sino una incontrastable imposición de su existencia. No habrían podido odiarle, igual que no podían amarle. Si no vivían, si únicamente estaban —como plantas, como pozos ciegos, como árboles muertos—, ¿qué derecho había a exigirles?

Su mano se perdía morosamente en las ásperas pieles, sorteaba con cuidado las mataduras, hablaba un lenguaje de comprensión. De esa comprensión también vaga y precisa que no cabe en palabras y de la cual sólo es capaz el alma de un niño; que más que comprensión es identificación, es sentir el dolor en carne propia, cual si la fusta y el tedio y la estrechez fueran para él también, y él tampoco poseyera la libertad de buscar la sombra de los árboles o el quieto frescor de los esteros.

Lo conocían ya los hombres de la panadería, y lo dejaban quedarse allí.

—Entra, Potrillo —le decían al verlo en la puerta.

Y él entraba sin articular palabra, con la clara elocuencia de sus ojos no más, y se movía suavemente, sin ruido, y se ponía junto a sus amigos, a practicar ese íntimo rito suyo de comunión.

—Manco, manco...

En más de una oportunidad le ofrecieron subirlo sobre el lomo de alguno de los caballos.

—¿Quieres dar una vuelta, Potrillo?

—No.

—¿Tienes miedo?

—No.

—¿Entonces?

—No quiero.

—¡Ah, tienes miedo!

Lo dejaban. Y él no tenía miedo. Tenía una especie de vergüenza de que le propusieran eso, porque era humillante para las bestias, y era cruel. Era recordarles su servidumbre, mientras él no anhelaba sino la muda hermandad que le ligaba a ellos y los hacía un poco sus semejantes. Le gustaba, por eso, que le llamaran Potrillo. Por eso le gustaba el olor que en su epidermis dejaba el sudor de las ásperas pelambres.

Cuando se iba al río, se echaba boca abajo sobre una piedra enorme —siempre la misma— y se dedicaba a soñar despierto. Imaginaba una especie de invariable cuento de hadas: él era rico, muy rico, dueño de un reino con castillos de doradas puertas y palacios y lagos tranquilos, y en medio del mayor de los lagos había una isla ancha, lisa, cubierta toda de césped, y allí enviaba él a los caballos, los de todas las panaderías del reino, y les tenía arroyos y árboles y unos pesebres inmensos y hermosos, y nadie podía maltratarlos ni montarlos, porque él había impuesto pena de muerte a quien lo hiciera, y en un lugar de privilegio de la isla habitaban *Ruibarbo*, *Pintado*, *Canela* y *Penacho*, y a los ojos de *Canela* y *Ruibarbo* había tornado la visión, y eran unos ojos vivos, alegres, mansos siempre —claro—, pero brillantes de felicidad, plenos de paz, y él los observaba y les hablaba y ahora sí que le comprendían, y los dos se iban con él, andando, andando, bajo los olmos y las higueras, y se metían por unos vados pedregosos y entre las ramas que se trababan por sobre sus cabezas veían el cielo, con un sol perenne y tibio, que no daba calor, sino sólo infundía al cuerpo una sensación de gozosa tibieza, y cuando llegaba la noche —a veces— él dejaba sus asuntos de Estado para quedarse a dormir con sus amigos, acostado en el pasto, entre los cuerpos gigantescos, suaves,

amables, y al amanecer siguiente lo despertaban, cual clarines los relinchos de *Ruibarbo* y *Canela*, y abría los párpados y ante él se hallaba el mágico espectáculo de las crines y las largas colas flotando en el aire, mientras los animales galopaban por la llanura...

Un día, al salir al reparto el carro tirado por *Ruibarbo*, el anciano conductor dijo al chico:

—Despídete de él, Potrillo.

Su mirada honda preguntó por qué.

—El patrón lo vendió.

—¿A quién?

Quiso el hombre callar, pero la mirada del niño era demasiado poderosa para resistirla. Con voz ronca le explicó que lo llevarían al día siguiente al matadero, que harían charqui de él.

Al matadero. Se fue el muchacho pensativo, calle abajo. Su hermana había ido al matadero una vez y le contó cómo era, cómo un hombre que vestía un delantal sangriento se había acercado a un buey y le había clavado su enorme cuchillo, y el buey no murió al primer golpe y observaba con expresión bondadosa, sin rencor ni rebeldía, al verdugo. Parecía pedirle que acabara pronto. Mientras, la sangre fluía de la ancha herida y algo se apagaba a pausa en sus pupilas.

Llegó el chico al río. Una bandada de garzas se alzó, eglógica, sobre el cauce. Un perro le siguió a corta distancia durante un trecho. Mas él no percibía nada. En su mente no resonaba sino la palabra fatídica: el matadero, y ante su vista no había sino el delantal manchado de rojo, la hoja de metal, filosa, la quieta agonía que imaginaba a *Ruibarbo*.

Una lágrima, sola, rodó por su mejilla.

Era la hora de la escuela. No fue a la escuela. Permaneció la mañana entera tendido en su roca, no soñando como siempre, sino meditando, obsesionado, desesperado. Almorzó maquinalmente con la cabeza baja

y la garganta estrecha de angustia. Nadie en su casa lo notó. Era una casa pobre, donde había preocupaciones más graves que la suerte de un jamelgo.

En la tarde se encaminó a la panadería y se quedó hasta que ya estuvo obscuro junto al viejo *Ruibarbo*, murmurando su rito inútil:

—Manco, manco, *Ruibarbo*...

De pronto oyó que cerraban las puertas y colocaban trancas. Alguien se despedía:

—Hasta mañana, patrón.

—Hasta mañana. ¿Les pusiste agua a los caballos?

—Sí.

—¿A los cuatro?

—Bueno, al *Ruibarbo* no. Sería darles trabajo de más a los charqueadores.

Sonó una carcajada. El chico se estremeció. No hizo ningún movimiento. Esperaría a que se fueran, y daría de beber a su amigo.

Se escucharon pasos aún, voces que iban apagándose; después, un largo rato durante el cual no hubo ruido alguno, fuera del que producían los animales con su lento masticar del forraje. Se asomó al patio. Una luna blanquecina había salido ya y lo alumbraba todo vagamente. Se dirigió a la llave de agua con andar sigiloso, buscando los rincones. Al pasar frente al callejón de salida se le ocurrió una idea que hizo latir más aprisa su corazón: corrió jadeando junto a la entrada y comenzó a hurgar a tientas hasta que encontró la tranca, que pesaba mucho. La alzó a duras penas. Cuando lo hubo conseguido, el madero se vino al suelo con estrépito. Creyó que iba a llorar, mas se contuvo, porque tenía demasiado miedo. Se replegó sobre sí mismo, ovillándose.

Esperó.

Una ventana se abrió en el segundo piso y apareció

el panadero, que oteó en torno con mirar minucioso. Se volvió en seguida hacia adentro.

—No es nada, mujer —dijo—. Sería uno de los caballos, que ha estado intranquilo.

Luego cerró.

El chico permaneció quieto por interminables minutos. Una campana de reloj dio la hora, pero él no atinó a contar. Aún dio el reloj un cuarto antes de que se atreviera a cambiar de postura. Lleno de precauciones se levantó, fue hasta la caballeriza de *Ruibarbo*, desató la cuerda que lo ligaba a un poste y comenzó a conducirlo hasta el portón. El animal se resistió al principio, mas pronto lo siguió, a paso lento. Le parecía al niño que nunca habían resonado tanto las herraduras sobre los adoquines.

La espesa hoja de madera se abrió con voz de vieja, quejándose. No se atrevió a cerrarla.

En la calle no había nadie, ni encontraron a nadie en el trecho breve que distaba la panadería del río. Así alcanzaron al puente, a cuyo extremo opuesto el llano y los cerros se abrían libres, semejantes un poco al reino con que él soñaba, revestidos de magia por la claridad de la luna. Presa de emoción, quitó la cuerda del cuello de *Ruibarbo*, le dio unas palmadas de afecto y le susurró cálidamente:

—Adiós.

El caballo permaneció unos momentos inmóvil, cual si no entendiera. Después dio media vuelta y se fue trotando, trotando, hasta el portón de la panadería, por el que desapareció.

ARMANDO CASSIGOLI

Cassigoli (en *Confidencias y Otros Cuentos*) ha procedido con soltura y maestría; ha opuesto las condiciones sociales a los personajes; ha presentado aspectos típicos, fundamentales, sin caer en abstracciones. (JUAN DE LUIGI).

Cassigoli (en *Confidencias y Otros Cuentos*) va del drama a la risa con paso equilibrado, diestro, y escribe con una segura naturalidad que sólo se consigue generalmente tras prolongado ejercicio. (HERNÁN DEL SOLAR).

El relato (en *Confidencias y Otros Cuentos*) decae, las acciones no exhiben interés alguno. Los personajes no tienen interés humano; las acciones son incoloras. (EDUARDO ANGUITA).

Armando Cassigoli, militante efectivo del Partido Comunista de Chile, ficha destacada del Marxismo... (FRANCISCO DUS-SUEL).

UN RECITAL MEMORABLE

ESTE MEMORABLE, curioso y verídico acontecimiento, sucedió en Santiago, en la época presente y fue protagonizado por una pareja de inquietos jóvenes artistas, que —como ellos mismos decían— trataban de agitar el ambiente cultural de la patria “en pro de su desarrollo y difusión”.

Eliana Ispinosa, “Tres veces Viuda”, como la llamaban sus íntimos, era lo que en nuestro medio se llama una mujer despierta; poseía una exquisita sensibilidad y un carácter fuerte y voluntarioso, de esos difíciles de encontrar. Se casó en terceras nupcias con un fino y honesto joven réntista quién, profundamente enamorado y con gran admiración por su Eliana, la seguía en todos sus pasos como un fiel perrillo faldero.

Apenas casada, la pareja dedicóse por entero a hacer una intensa vida de creación y estudio: asistían a charlas y conferencias casi diariamente, no se perdían recital alguno, recorrían rápida y meticulosamente todas las exposiciones de pintura y grabado, e iban a los conciertos privados y públicos que se organizaban en la capital.

Además de este agotador itinerario de actividades cultas a que el matrimonio se sometía, Eliana era poetisa —no de las más malas ni tampoco de las que hacen

época—, y su marido se dedicaba a la filosofía, a la pintura sobre platos y a la genealogía, materia esta última en la que era gran conocedor.

Podemos asegurar que nuestra pareja parecía respirar los inquietantes aires de la felicidad: el uno sometido a la otra, y la otra sin poder vivir sin el uno. En fin, era un matrimonio como hay tantos, radicados intensamente en sí mismos, pero con la particularidad de hacer participar a los demás en sus respectivos y personales quehaceres.

*

Por aquel entonces, Eliana preparaba un recital de sus últimos poemas que, al decir de ella misma, causarían “escozor”, aún entre la gente inteligente.

Los preparativos para el recital de “Tres veces Viuda” comenzaron un mes antes de la fecha prevista.

Según Senén, el marido, debería procederse para el efecto con el mayor sigilo y meticulosidad. Las invitaciones tendrían que ser firmadas por alguien de cierto “peso”, y enviadas al mayor número de instituciones posibles. Por otra parte, el acto sería necesario efectuarlo en un lugar adecuado y con los detalles formales que las circunstancias requiriesen.

Eliana sin embargo, tenía otra opinión: era preciso que el recital se hiciera, en lo posible, al aire libre, en un ambiente vegetal, lleno de maceteros con arbustos y plantas decorativas. Además, el público debería estar constituido especialmente por gentes sencillas, tales como carpinteros, albañiles, zapateros... “mi buena gente pobre” (así les llamaba ella). Ahora bien, en cuanto al vestido con que se iba a presentar ante la concurrencia, no debía ser ostentoso; con una simple túnica, con un humilde sayal al estilo griego bastaba.

Evidentemente que Senén terminó por acatar estas buenas razones, y así se hizo.

En lo pertinente al acompañamiento musical, se pensó que éste podría imitar un sollozo en violín, preferentemente con compases de Chopin. Esto también así se hizo, o como lo veremos más adelante, se intentó hacer.

Como era necesario distribuir las invitaciones y el tiempo parecía correr con pasos de gigante, Eliana optó por ir ella misma a repartir las tarjetas que ya habían sido previamente firmadas por un funcionario de gobierno que decía tener gran pasión por el arte y la música. Para este efecto Eliana Ispinosa, "Tres veces Viuda" como le llamaban sus íntimos, salió una buena mañana premunida de Senén y de un grueso cartapacio.

Antes de elegir rumbo, Eliana se hizo el siguiente razonamiento: el pueblo va al mercado, luego, si yo voy al mercado encontraré al pueblo. Pensado y luego dicho en voz alta, se trasladaron a un barrio cercano a la Estación Mapocho.

Era una mañana excelente, con un poco de brisa y llena de sol; mediaba ya octubre; un enjambre de personas y vendedores iban y venían llevando canastos y bolsas llenas de provisiones multicolores. Los pregones de los abasteros, el ruido de las bocinas, los gritos sudorosos de los cargadores, los vestidos chillones mezclados con la fruta y las verduras, daban al mercado un sello abigarrado, pletórico de vida y de salud, "una verdadera orgía de olores y colores".

Eliana dilató voluptuosa las narices y respiró profundamente, cerrando los párpados. Senén hizo lo mismo. ¡Esto era vida! ¡Esto era emoción! ¡Esto era estar haciendo "la carrera de las letras"! Pero era necesario comenzar la labor. Entonces Eliana Ispinosa, "Tres veces Viuda", como le llamaban sus íntimos, se acercó a una vendedora de ají y le dijo, abriendo sus sombreados ojos grises:

—¡Señora, compañera, tome usted una invitación para mi recital!

La vendedora la observó con profunda extrañeza. Eliana aclaró conceptos: —Vea usted, yo soy poetisa y el jueves 14 de este mes daré un recital de mis poemas. . . tome, aquí tiene una entrada para que vaya, es gratis.

—¡Gracias, señorita! —balbuceó un tanto cortada la vendedora, sin comprender nada. Luego indagó con timidez: —¿Cuánto hay que pagar?

Eliana lanzó una sonrisa que quiso ser de comprensión.

—¡No, m'hija linda, no!— respondió, mientras le cogía el brazo dándole un ligero apretón.

La mujer se guardó apresuradamente el trozo de cartulina en el seno y recomenzó su pregón, con una voz distinta.

Seguida por el bueno de Senén con el cartapacio, Eliana se internó en el enjambre vociferante del mercado, y de la manera inicial fue repartiendo gran cantidad de invitaciones, entre otros, a unos cargadores que, luego de recibir las tarjetas, desarrollaron el siguiente diálogo:

—¡Bah!, ¿qué es “eso”?

—¡Tú dirás, qué es “esa”!

—¡No hombre, te pregunto qué es “eso”, ese papeli-
to que te dio la cabrita! . . .

—¡Qué sé yo! ¡No entiendo ni pío, tú sabes que yo
no le pego mucho a la letra!

—¡Pasa! ¡Yo te lo leeré!

—¿Qué dice?

—¡Puáh! ¡Pura propaganda, no más! ¡Pura propa-
ganda!

—¡Ah! . . .

Los afanosos Eliana y Senén siguieron tenazmente su tarea, felices, en la punta de los pies, entregando las invitaciones con voces cantarinas, casi con trinos.

—*¡Ars longa, vita brevis!* ¿No? —pensó Senén en voz alta. Eliana entornó los párpados tiñéndose de rubor.

No obstante la premura organizativa de la pareja, el día memorable llegó mucho antes de lo que "Tres veces Viuda" y el bueno de Senén se lo esperaban.

Poco fue lo que durmieron la noche de la víspera, pensando y repensando uno y mil detalles del acto artístico que habría de desarrollarse al día siguiente, y del cual Eliana sería la protagonista.

*

El recital —según rezaba en una cartulina puesta en un pequeño marco y escrita con severos caracteres góticos a tinta china—, debía empezar a las 18,15 horas, pero para prevenir una posible avalancha de público, el par de organizadores estuvo allí desde las cuatro de la tarde.

El local que habían elegido y conseguido para el efecto, y que pertenecía al Sindicato de Obreros de la Construcción, estaba en esos momentos repleto de gente, que, sentada y fumando, parecía esperar impacientemente algo.

A Eliana Ispinosa, "Tres veces Viuda", como le llamaban sus íntimos, se le encendieron las mejillas y se le abrieron desmesuradamente los ojos vivaces.

Sin detenerse a meditar, se lanzó a la carrera hacia el estrado desde donde saludó al público allí reunido.

Los hombres allí presentes, ante este tan inusitado espectáculo, aplaudieron y lanzaron chiflidos de halago a la dama.

—¡Que cante! —gritó una voz con desenfado desde los asientos posteriores.

—¡Baile, m'hijita! —aulló un segundo poniendo una cara de picardía.

Estallaron risas y comentarios entre la concurrencia.

Eliana se sintió confundida, presa del desconcierto.

Iba a balbucear algo, cuando subió al estrado, junto a ella, un gordo de grandes mostachos enfundado en una chomba gris de cuello subido, quien tomó la palabra y dijo:

—¡Compañeros: no pudimos conseguir el treinta y cinco por ciento; la huelga sigue!

Hubo un unánime murmullo de protesta, en seguida un rumor de pasos; y luego la sala se fue quedando completamente vacía.

Entonces el gordo de los mostachos se acercó a Eliana, que además de permanecer en aquel sitio no salía aún de su estupor, y le expresó:

—Señorita, ya pueden ustedes disponer de la sala. Quedan en su casa—. Dicho ésto, saludó y se marchó.

Eliana, asombrada, pensó con mucha tristeza: “¡Pobre Chile, tanta gente hay todavía que no comprende lo que es un recital!”

Desde pequeño al bueno de Senén le habían vaticinado “un cerebro bien puesto en su sitio”, de manera que realizando aquellas predicciones, cogió a su amada por los hombros en tanto le balbuceaba convincente y cariñoso: —¡Ten paciencia, palomita, ten paciencia! Todo se realizará exitosamente, pero a su debido tiempo. ¡a su de-bi-do tiem-po!

“Tres veces Viuda”, como quien abandona de su mente un pensamiento decepcionante, levantó la mirada hacia el techo y respondió: —¡Manos a la obra!

A los pocos instantes llegó a la puerta del local un camión, del que se bajó un hombre que pidió hablar con Senén.

Eliana indagó de qué se trataba; Senén con una risilla enigmática y pícara, dijo: —¡Secreto militar!

Del camión fue sacada una gran cantidad de maceteros con pinos, helechos, laureles y ramas de palmera y eucaliptos.

Según lo iba ordenando Senén, los maceteros fueron distribuidos estratégicamente por la sala.

—¡Ambiente vegetal! —trínó Senén. Eliana lo confirmó con una dulce sonrisa.

El tiempo transcurría angustiosamente lento, y nadie llegaba aún a aquella especie de invernadero.

Cerca de las cinco y media se presentó ante el organizador del recital el músico del acompañamiento. Llamó aparte a Senén y le dijo algunas palabras en voz baja. Senén abrió su billetera y le respondió de esta manera. El músico comenzó a retirarse. Iba ya llegando a la puerta cuando Senén le increpó: —¿No eran dos los músicos?

El músico respondió: —¡Sí, jefe, ahora nomás voy a buscar a mi compañero!

El tiempo siguió transcurriendo con más lentitud que al comienzo.

De pronto se hizo presente en la sala una viejecilla que saludando ceremoniosamente se acercó a Eliana.

—¡Señorita, por el amor de Dios! —preguntó—. ¿Es aquí acaso donde una se inscribe para recibir juguetes para la Pascua? Tengo tres nietecitos sin madre; en cuanto al padre... ¡mejor ni hablar!

“Tres veces Viuda” miró “comprensiva” a la vieja, y pensó que esto que le había dicho la mujer daba para el tema de un poema sobre niños abandonados a cargo de una mísera, pero solícita anciana.

A la pregunta de la vieja, Eliana respondió negativamente, pero le explicó que sin embargo, en pocos momentos más, allí se llevaría a efecto un recital de poemas con acompañamiento musical, y la invitó a quedarse.

La anciana sonriendo con una mezcla de temor y servilismo, indagó todavía si al final del recital irían a repartir algo.

—¡Sí! —respondió Eliana—. ¡Programas! —y le entregó uno, que sin leerlo la vieja dobló en varias partes, cuidadosamente y luego guardó entre sus ropas. En se-

guida, un tanto desconcertada y sin mucho convencimiento, se sentó a esperar.

Faltando algunos minutos para dar comienzo al acto, llegaron a la sala dos señoras muy elegantes con sombreros con velo, una mujer con apariencias de institutriz acompañadas de dos niñas muy bien peinadas, tres jóvenes de corbatas humita y humeantes pipas, una mujer gorda vestida con traje dominguero, un soldado con lentes sin marco, cuatro obreros, y un vejete barbón y grasiento que, sin sacarse la gorra, se sentó acompañado de un inmenso y sucio paquete de revistas.

Una sola mirada bastó a Senén para darse cuenta de que aquello ya significaba un auditorio, un público que acudía en demanda del mensaje que dan las bellas letras. Con este pensamiento se acercó a Eliana y la instó a que fuera a vestirse. Eliana así lo comprendió y desapareció detrás de una puerta.

Faltando escasos minutos para las seis y cuarto, llegaron cinco parientes de los organizadores, y un grupo reducido de obreros de la construcción que iban a su local sindical y que por curiosidad tomaron colocación en las butacas. Pese a este comienzo casi normal, parecía que un contratiempo iría a empañar la situación, ya que, tres minutos antes de dar comienzo al espectáculo, los músicos no hacían aún su esperada aparición.

Senén muy inquieto se paseaba de un lado para otro, sobándose las manos y tratando de arreglar imaginarios desperfectos en la ordenación de los grandes maceteros.

Faltando un minuto para que comenzara el acto, el par de músicos entró apresuradamente, acompañados de dos jóvenes melencolios que, a juzgar por la mirada vidriosa y un peculiar balanceo, parecían venir con los músicos desde un bar cercano.

—¡Gracias a Dios! —balbuceó Senén juntando las manos en actitud de orar y lanzando la vista al techo.

Acto seguido se aproximó a los músicos y los guió hasta el escenario.

No bien éstos subieron al estrado a afinar sus instrumentos, cuando, sin que mediara ninguna seña u orden de Senén, empezaron a tocar una canción de moda.

A pesar de todo, no hubo tanta expectación como era de esperar, quizás si cierto estupor apenas insinuado en algunos rostros, pero lo que produjo verdadera conmoción fue cuando Senén subió al escenario y les ordenó con gestos demasiado vehementes, que se callaran. Obedecieron. La música cesó.

Los albañiles y el viejo de las revistas lanzaron una pifia.

Los músicos guardaron sus instrumentos y heridos en lo más profundo de sus almas de artistas hicieron un ademán de marcharse.

Senén se abalanzó a convencerlos. El público empezó a protestar. Senén abrió nuevamente su billetera. Los músicos accedieron.

Con algún retraso se dio comienzo al recital.

Senén se paró ante la concurrencia y declaró abierto el acto. Los circunstantes, como es usual, aplaudieron. Los músicos iniciaron su repertorio con una melodía muy lenta y tenue que, de haber sido más rápida, podría haberse confundido con música circense.

En ese instante salió al proscenio Eliana, en túnica y de perfil. Desgraciadamente las ramas de un pino que había sido colocado en el escenario y que acentuaba aún más a la sala su apariencia de invernadero, le cogió la punta del tul, dejando ver por un momento parte de su muslo izquierdo. La música cesó; sonaron chiflidos entre la concurrencia; una anciana dio un grito y el viejo de las revistas chilló de placer.

Eliana se percató rápidamente de la situación, y siempre de perfil compuso su túnica.

Se reanudó la música y el silencio entre los concu-

rrentes. Eliana Ispinosa, "Tres veces Viuda", como le llamaban sus íntimos, siguió avanzando hasta el medio del escenario. De pronto, con brusquedad, se dio vuelta hacia el público y levantando los brazos a gran altura, gritó espectacularmente:

—¡No!

Varias personas dieron un salto en sus asientos; pero Eliana prosiguió:

.. *¡No! No apresuréis el paso por la vida,
sed como la gaviota errante.
No desprecies la savia de los besos,
¡acéptala al instante!*

Había comenzado el recital, en forma quizá un tanto desusada; sin embargo, la gente escuchó respetuosamente el largo poema que terminaba más o menos así:

*...que si siembras amor,
cosecharás delirio.*

Senén inició los aplausos. Algunos otros le imitaron. Senén al pensar en la aparición que Eliana hizo en el escenario reflexionó: "Pirandeliana".

Eliana siguió inmediatamente su segundo poema original. Los músicos entonaron con sus violines una melodía folklórica. Su poema decía así:

*Del viento al viento, como una luz vacía,
iba yo entre las noches y la playa, llamando y des-
[llamando
en el ofrecimiento del invierno la naranja extendida
de las ramas, y, entre la amanecida y los laureles,
lo que el más dulce ardor, como dentro de un sable
que vuela, nos entrega como una larga pluma.*

El poema era largo; no obstante ser original, tenía una sonoridad muy conocida. Concluía así:

*Dadme el arado, el viento, la dulzura.
Dadme la piel, las venas, los metales.
Allegadme los besos orientales.
Venid hacia mis ojos y mis brazos.
Cantad con mis pasiones en mi boca...*

Luego de concluído el verso, la gente se quedó un poco pensativa. Más de alguien trataba de buscar algo en la memoria.

Pasó largo rato antes de que alguno se decidiera a aplaudir, ya que los músicos por su cuenta y riesgo, habían seguido con un son popular en sordina.

Después de estos poemas siguieron nueve más, de los que no es necesario hacer mención, excepto que, a pesar de ser originales —y esto era lo extraño— sonaron a conocidos para muchos.

Vino en seguida un corto intermedio durante el cual los músicos volcaron en sus instrumentos todo su alcohólico sentimentalismo.

Al comenzar la segunda parte (había disminuído algo el público), Senén dijo un pequeño discurso en el que manifestaba que los artistas que él denominó “progresistas”, y por lo tanto “futuristas”, debían escribir sus poemas dedicados a la gente modesta y humilde, al “admirable roto chileno”. Desde los asientos traseros, dos jóvenes melenudos aplaudieron.

Ya con los ojos semicerrados, los músicos, presintiendo algo patriótico, empezaron una melodía parecida al *Adiós al Séptimo de Línea*.

En ese instante uno de los adolescentes de humeante pipa y corbata humita, al intentar salir de la sala, botó un macetero promoviendo gran estrépito.

Se interrumpió la música; Eliana, que venía saliendo, se detuvo, lela, en medio del escenario. Senén, desesperado y presuroso, corrió hacia el lugar de la catástrofe, en donde levantó el macetero, que al caerse había derramado gran cantidad de tierra por el piso. Con sus dedos Senén trató de recoger gran parte de la tierra, el resto lo sopló en distintas direcciones, aunque para ésto tuvo que ponerse en cuatro pies.

Todo volvió a normalizarse y Eliana inició la parte que ella denominó "política" de su obra. Había versos como el que sigue:

*Carretero, carretero, carretero de Traiguén.
Carretero sé certero en luchar contra el burgués.*

O bien como este otro:

*El pueblo es un Titán,
cuando va a la fábrica,
conteniendo lágrima,
a buscar su pan.*

O bien como aquel otro que decía así:

*Aunque soy humilde como una pastora,
hasta al socialismo, hasta al comunismo,
hasta al anarquismo y el militarismo,
de revoluciones les voy a enseñar.*

Aunque los músicos siguieron por su cuenta durante mucho rato, con la estrofa que viene se dio por concluido el recital:

*Cuando me decida, con mi compañero,
temblará de miedo todo Chile entero.*

Sin esperar que los empecinados violinistas callaran sus instrumentos, hubo muchos aplausos en la sala.

Un grupo que salió con prisa, botó nuevamente el macetero de la víspera.

Los jóvenes melenudos sacaron las ramas de palmeras, tan primorosamente ordenadas por Senén, y con ellas salieron a la calle, silbando en coro.

El vejete de las revistas corrió hacia el escenario y cogiendo a Eliana por el talle le espetó:

—¡La felicito!

Y como Eliana abriera los ojos con mucho asombro, volvió a repetir, sin soltarle el talle, por el contrario, apretádoselo más:

—¡La fe-li-ci-to!

Un músico siguió tocando, en tanto el otro se quedaba profundamente dormido.

Senén tenía una sonrisa así tan grande de ancha al despedirse de los concurrentes.

La sala se fue quedando vacía. Alguien escapó con otro de los maceteros.

Finalmente, la anciana del comienzo, que no se había movido de su sitio, se acercó a Senén y Eliana —que aún estaba en túnica— y les preguntó con mucha amabilidad:

—¿Y no van a repartir nada?...

JOSE DONOSO

José Donoso (en *Coronación*) se interesa por el espíritu de sus personajes y logra expresar con punzante acierto sus móviles íntimos, sigue el proceso de sus impulsos como si estuviera viéndolos y desciende hasta el matiz imperceptible con una certeza de vidente. (HERNÁN DÍAZ ARRIETA, *Alone*).

Coronación es una gran novela psicológica y de ambiente y con ella su autor se coloca de golpe y para siempre en la primera fila de los escritores nacionales de prosa. (RAUL SILVA CASTRO).

El mayor mérito de los cuentos (*Veraneo y Otros Cuentos*) de Donoso es que todos parecen fáciles, sencillos, al alcance de cualquier narrador de mediano oficio. No sería posible, sin embargo, quitarles ni una coma. Aún el más flojo de ellos representa una unidad, en la que ni siquiera los efectos son superfluos. (MARIO BENEDETTI).

Donoso usa y abusa en su novela (*Coronación*) de resortes truculentos, de situaciones absurdas que poseen menos valor que sus análisis de caracteres o detalles de ambiente social. (RICARDO LATCHAM).

Una vez terminada de leer la obra (*Coronación*) se tiene la impresión de haber ocupado el tiempo en algo que nos pareció más trascendental de lo que realmente era... Hay demasiado espacio para la descripción, en lugar de resolver ésta en la narración, es decir, en la vida. (JUAN DE LUIGI).

Relatos que, aunque ambientados en nuestro territorio, corresponden a un medio que evidentemente no es el de quien los describe... La pintura de los hechos y las reacciones psicológicas están hechas desde afuera. (GUILLERMO BLANCO).

LA PUERTA CERRADA

ADELA DE RENGIFO se quejaba frecuentemente de que a ella le habían tocado las peores calamidades de la vida: enviudar a los veinticinco años, ser pobre y verse obligada a trabajar para mantenerse con un poco de dignidad, y tener un hijito enfermizo, es decir, no enfermizo precisamente, sino que más bien enclenque, de esos niños que duermen el doble que los niños normales.

En realidad, desde que nació, Sebastián dormía muchísimo. Cerraba los ojos apenas su cabeza caía sobre la almohada bordada con tanto esmero por su madre, y ya, dentro de un segundo, estaba durmiendo como un ángel del cielo.

—¡Es tan bueno y tan tranquilo el pobrecito! —decía Adela a sus compañeras de oficina—. Ni siquiera llora ni despierta de noche, como casi todos los niños.

Adela y Sebastián vivían en dos cuartos que no eran malos a pesar de que las ventanas se abrían sobre un patio interior muy estrecho, en el segundo piso de una pensión un poco húmeda y bastante oscura. Cuando Adela partía a la oficina, en la mañana, la señora Mechita, dueña de la pensión, quedaba encargada de cuidar a Sebastián. Pero como el niño era tan tranquilo casi no había necesidad de preocuparse de él,

porque jamás molestaba con el bullicio y el recotín con que generalmente hacen la vida imposible los niños de cinco años. En cuanto la señora Mechita iniciaba los quehaceres domésticos matutinos, Sebastián se deslizaba hasta su propia habitación para tenderse en la cama y dormir a pierna suelta. La señora Mechita entraba a verlo, porque le daba "un no sé qué" que un niño de su edad prefiriera dormir a entretenerse con cosas más... bueno, más normales. Hasta que una tarde, decidiendo llamar la atención de Adela sobre esta peculiaridad de su hijo, la abordó como haciéndose la desentendida, y sin levantar la vista de la labor de crochet en que siempre tenía atareados sus dedos pecosos, le dijo:

—¡Qué bueno para dormir está el niño, Adelita por Dios! ¿No andará enfermo?

Adela, como si entreviera una censura, respondió muy tiesa:

—¿Y qué tiene de particular que duerma si se le antoja?

—Bueno, era por decirle no más... —replicó la señora Mechita, y al alejarse endureció su quijada de mastín, reflexionando que las viudas jóvenes son demasiado nerviosas y que en el futuro se guardaría de acoger a otra en su casa.

Como la observación de la señora Mechita subrayaba sus propias inquietudes, Adela no pudo dejar de tomarla en cuenta. Era indudable que Sebastián dormía demasiado. No es que pasara el día soñoliento ni amodorrado, sino que de pronto, porque sí, parecía estimar que resultaría agradable dormir un rato, y, sin más, lo hacía como quien se entrega a un pasatiempo entretenidísimo, tendido en su pequeña cama con barrotes de bronce, o sentado en cualquiera silla. Intranquila, su madre a veces solía mirarlo dormir. Esto apaciguaba sus temores, porque era seguro que nada malo podía

ocurrirle a un ser que dormía con ese rostro de embeleso, como si detrás de sus párpados transcurrieran escenas de una existencia encantada.

Pero por mucho que tratara de no agitarse, Adela no podía dejar de darse cuenta de que Sebastián era un niño distinto. ¿Cómo no sentirse incómoda? Indiferente y solitario, parecía no tener ninguna relación con lo que ocurría en torno suyo —ni con las personas, ni con las cosas, ni con el frío ni con el calor, ni con la lluvia insistente que en invierno salpicaba en el polvo acumulado en los vidrios de la claraboya del vestíbulo. Parecía, como la luna, que sólo la mitad de Sebastián se mostrara al mundo. Daba un poco de miedo. Los demás pensionistas eran amables con él, más que nada por agradar a Adela, que al fin y al cabo era muy señora a pesar de haber tenido tan mala suerte en la vida. Pero ella no se engañaba: sabía que nadie encontraba simpático a Sebastián. Y la pena le trizaba el alma a pesar de que era imposible no ver que tenían un poco de razón, porque era demasiado extraño que un niño de siete años durmiera tanto y que no le gustara hacer nada más. No es que se “quedara” dormido, de debilidad o de fatiga, sino que, eligiendo el momento, se “pusiera” a dormir, como los niños corrientes se “ponen” a jugar a las bolitas o se “ponen” a cantar. No le interesaban los amigos de su edad. Se aburría con libros, revistas y películas. No le gustaba jugar. Lo único que parecía desear era abandonarlo todo para ir a tenderse en su cama y “ponerse” a dormir.

Un día Adela le preguntó:

—¿Con qué sueñas, hijo?

—¿Sueño?

—Sí. ¿No ves visiones cuando duermes, como figuras o cuentos?

Sebastián acarició las manos de su madre al responder:

—No, parece que no... no me acuerdo...

Adela no pudo dejar de exasperarse con esta respuesta.

—¿Entonces para qué duermes tanto si no sacas nada? —le preguntó en tono cortante.

—Es que me gusta, mamá...

Al oír esto Adela se enojó de veras. Ella se veía obligada a trabajar y a sacrificarse para mantenerlo. Ella, joven y bien parecida aún, por respeto a su hijo, desdeñaba las proposiciones de los hombres que en la oficina intentaban cortejarla. Por él... por él... por él, mil renunciaciones, mil dolores, mientras él se daba el gusto de pasar el día durmiendo. Y dormía, porque le gustaba dormir, nada más. Lamentó que Sebastián se acostumbrara desde chico a hacer las cosas simplemente porque le gustaban —era una actitud peligrosa, casi inmoral. Al principio, debía confesarlo, Adela creyó intuir oscuramente alguna función misteriosa en el dormir de su hijo, como si esos sueños contuvieran un tesoro, algo que, a pesar de que ni él ni ella comprendieran, en el futuro podía llegar a revelarse como útil o muy importante. Esta vaga esperanza la había hecho callar con algo de temor. ¡Pero si se trataba sólo de una afición era una indecencia! ¡Ella también tenía sus gustos y hubiera querido poder dárselos!

—Bueno, mamá —dijo Sebastián, sobrecogido por el malhumor de su madre—. Entonces, si quiere, no duermo más, más que de noche...

El corazón de Adela se detuvo repentinamente, como a punto de caer en un pozo. Enmudeció, y después de un instante pudo preguntar con voz muy lenta y muy baja:

—¿Entonces es algo que haces cuando quieres, porque sí? ¿Puedes controlarte?

—Sí, mamá, duermo cuando quiero dormir.

Y al ver a su hijo de pie frente a ella, tan solo,

tan raro, entregado a eso que ni él ni ella eran capaces de comprender, mirándola con sus pobres ojos azules tan serios, sintió que el amor la colmaba, y de pronto no pudo dejar de abrazarlo y besarlo, y de apretarlo contra su cuerpo.

—No, no mi niño —le decía—. No, duerme todo lo que quieras...

Meditó amargamente que Sebastián era la viva imagen de su padre —buen mozo, sí, pero tal vez no demasiado inteligente. Por lo menos no tan inteligente como Carlos Zauze, el jefe de su sección en la oficina, que no la dejaba en paz con invitaciones y requiebros, que aunque respetuosas, eran tentadoramente insistentes. Porque nadie que tuviera algo... algo de valor adentro de la cabeza podía gozar con una cosa tan descolorida, tan insubstancial como dormir a deshoras. En fin, al año siguiente, cuando entrara al colegio, iba a ser fácil medir las capacidades mentales de su hijo.

En el colegio Sebastián fue, si no un alumno brillante, por lo menos un muchacho muy cumplidor de su deber. Dócil y tranquilo, a todos daba satisfacciones, pero nunca satisfacciones que lo pusieran en evidencia. Además, las daba impersonalmente, como para que la gente lo dejara en paz, y así no rozarse con sus compañeros y profesores. Nunca salía con amigos en los días de fiesta, y por la tarde, después de clases, cuando los niños, polvorientos y cansados, se detienen a comprar dulces y a hacer pequeñas barrabasadas antes de separarse, Sebastián se iba directamente a su casa, tomaba el té, hacía sus deberes, y así, ganado el derecho de hacer su voluntad, se acostaba a dormir como quien no está dispuesto a malgastar ni un segundo. Los sábados y domingos hacía lo mismo —dormía de sol a sol, consciente de que su conducta y sus calificaciones en el colegio impedirían que Adela se atreviera a decirle nada al respecto.

No sin sobresalto, Adela a veces iba a la habitación de su hijo para verlo dormir. Y la sacudía su viejo temor —temor y algo más grave, más inquietante aún: respeto. Porque en ese dormir adivinaba algo que la eludía, algo demasiado grande o demasiado sutil para dejarse capturar por la red un poco rígida y limitada de su imaginación. Lo más turbador era que Sebastián siempre sonreía en el sueño. Y no era la sonrisa común y apaciguadora del que sueña con casas y automóviles y lujos, y que se ve protegido por una madre bella y por un padre poderoso. No. Era muy distinto. Era como si el espíritu se le escapara del cuerpo para agazaparse en un mundo maravilloso y secreto alojado detrás de sus párpados. Todo él entero parecía guardado allí, adentro de su sueño, sin dejar nada afuera para confortar a su madre que lo observaba solitaria. Había... sí... una especie de intensidad salvaje que daba la impresión de que el soñar de Sebastián era algo completo en sí, poderosamente cerrado, que se bastaba a sí mismo sin necesitar para nada de la gente y de las cosas del mundo. A ella, claro, tampoco la necesitaba para nada —era un sombra que se podía excluir con gran facilidad de cualquiera riqueza. Verlo dormido era para Adela intuir cruelmente, confusamente, todo lo que ella jamás había sido y que jamás podría ser ni comprender. Y cuando Sebastián llegó a cumplir quince, dieciséis años, era como si hubiera dejado tan, tan atrás a su madre, que apenas la divisara, como punto insignificante un segundo antes de disolverse al final del camino.

A esta altura, Adela, que entraba en la cuarentena, no pudo seguir resistiéndose a las atenciones de Carlos Zauze, que la cortejaba con insistencia desde hacía tantos años. Era su última ocasión y tenía que aprovecharla, porque no podía seguir marchitándose en un frío cuarto de la pensión de la señora Mechita. Salió

a comer y a pasear con su admirador, fueron juntos a bailes y a los cines, y durante un tiempo Adela se sintió arrebatada por esta vida, por este entusiasmo nuevo. A los dos meses, Zauze le pidió que se casara con él, ella consintió feliz, e inmediatamente se hicieron amantes. Mientras su hijo soñaba vagas improbabilidades en el cuarto vecino, los sueños de Adela se poblaron con la sensación de un bigote negro acariciante y por el calor de unas piernas viriles junto a las suyas —ya no estaba sola, ya no estaba eliminada de la vida por la misteriosa indiferencia de su hijo. Pero, poco a poco, una vez realizado, el amor de Carlos Zauze se fue debilitando. Se habló cada vez menos de matrimonio. Hubo muchas lágrimas. Luego, y quizás debido a las lágrimas, se habló cada vez menos de amor, hasta que por último ya no se veían casi nunca, y fue claro que las intenciones del jefe comenzaron a dirigirse a otro lado —hacia la secretaria de la Sección Obras, dos pisos más abajo, una rubia joven pero demasiado llamativa según le informaron sus compañeras de trabajo.

Le costó mucho consolarse, pero nadie pudo decir que perdió su dignidad. Lo malo era que ya le había dicho a Sebastián que iba a casarse, que le daría un nuevo padre, y ahora se veía en el incómodo trance de comunicarle que la vida se había encargado de destruirle también esta última ilusión.

—¿No me dices nada? —le preguntó Adela, cuando se dio cuenta de que sus confidencias no conmovían a su hijo—. Deja de manosear esa alcuza, vas a mancharte la ropa con aceite. ¿Crees que no me cuesta plata comprarte ropa?

Hizo un puchero, y sonándose la nariz agregó:

—Lo que me pasa no te importa nada...

—Sí, mamá —respondió Sebastián—. ¿Cómo se le ocurre que no?

Adela lloriqueaba diciendo:

—No, no. Yo soy menos que nada para ti. Eres un egoísta, y yo ya estoy cansada de tener que trabajar y estar sola. Cómo estaré de vieja que ayer me mandé a hacer un par de anteojos, porque el oculista me dijo que tengo presbicia...

Al decir esto comenzó a sollozar.

—Mamá, por favor, no llore... tome, suénese. Lo de su trabajo ya lo hemos hablado: termino este año y me salgo del colegio para buscar un buen empleo. Quiero ponerme a ganar plata para ayudarla. Además ya voy a cumplir diecisiete años y quiero darme mis gustos...

Adela suspendió repentinamente su llanto, y mirándolo seca de rabia, exclamó:

—¡Pero si a ti lo único que te gusta es dormir como un tonto!

Al oír esto, Sebastián clavó a su madre con la mirada, y sin embargo era como si no la viera. A ella se le detuvo el corazón, porque en esa mirada vio el retrato de todo lo incomprendible e inasible en la vida de su hijo, y de nuevo se deshizo en sollozos. Sin embargo, entre lágrimas y lamentaciones, logró preguntarle por primera vez —si no le preguntaba ahora ya no le podía preguntar y era incapaz de seguir viviendo rodeada de tanta aridez, de tanta soledad— qué significaba que durmiera tanto.

—¿Cómo le voy a explicar, si ni yo mismo lo entiendo? —dijo él serenamente, mientras Adela, ya más tranquila, movió la pantalla de la lámpara de modo que la luz rosada bañara el rostro de su hijo, dejando el suyo en la penumbra.

—Es como... como si hubiera nacido con este don de dormir tanto y cuando quiero. Y quizás por esa facilidad que tengo es lo único que me gusta. Es como si todo lo demás fuera sombras que carecieran de importancia. Y sin embargo nunca he comprendido claramen-

te lo que me pasa. Para mí, toda la felicidad posible está en dormir —eso que parece tan pobre, tan absurdo, pero para lo cual nací y ha llegado a ser lo único que me importa. Tengo la sensación que sueño y soy feliz, que sueño con algo verdadero y mágico, con un mundo de luz que lo aclarará todo, no sólo para mí, sino que, a través de mí, para toda la gente. Pero al despertar siento algo como una puerta que se cerrara sobre lo soñado, clausurándolo, impidiéndome recordar lo que el sueño contenía —esa puerta no me permite traer a esta vida, a esta realidad que habitan los demás, la felicidad del mundo soñado. Yo necesito abrir esa puerta. Y por eso tengo que dormir mucho, mucho, hasta derribarla, hasta recordar la felicidad que contiene mi sueño. Quizás algún día lo lograré...

—Pero hijo, estás loco. Eso sólo lo logran los que se mueren...

—No mamá, morir no. Los muertos no sueñan. Para soñar hay que estar vivo, así es que tengo que seguir viviendo. No he entregado toda mi vida a dormir, pero a veces siento que debo hacerlo aunque no sepa qué voy a encontrar detrás de la puerta. Quizás descubra que haber dejado de vivir como los demás fue una equivocación, que tal vez no valía la pena saber lo que ocultaba la puerta. Pero no importa. El hecho de seguir un destino que yo siento auténtico me justifica y le da una razón a mi vida. Pienso en las vidas de los demás, y les tengo lástima, porque carecen de ese centro que yo tengo, porque no conocen el fervor que a mí me anima. Y si lo que hay detrás de esa puerta es lo que yo pienso... si hay luz, si hay eso que me permitirá comprender y, al comprender, explicar...

Al año siguiente Sebastián se empleó y su madre dejó de trabajar. Adela había envejecido mucho. Era como si ver a Sebastián la cansara terriblemente, como si pensar en él la exprimiera, dejándola seca. Conside-

raba que el destino había sido duro con ella, exigiéndole mucho y dándole muy poco en cambio. Se consolaba jugando al naípe con la señora Mechita, y hablando por teléfono de vez en cuando con sus antiguas compañeras de trabajo para que le contaran lo que sucedía en la oficina. Con su pequeña jubilación y con el sueldo de Sebastián les bastaba para ir tirando, y seguían habitando los mismos cuartos de la pensión, con macetas de helecho colocadas en el centro de immaculadas carpetas tejidas a crochet, y con olor a viejas cortinas de felpa apolillada.

En la oficina Sebastián hablaba poco con sus compañeros. Sentía que anudar una amistad, iniciar una relación que no fuera puramente formal, era traicionar su vocación para el sueño. Había crecido mucho y estaba bastante flaco, hecho de una materia cerosa, muy frágil y transparente, distinta de la carne. Esto le daba un aspecto tan interesante que las muchachas de la oficina, mientras se empolvaban la nariz o refaccionaban imaginarios desperfectos en sus peinados, lo miraban riéndose, lamentando que fuera tan joven. Tenía unos ojos azules muy raros, muy bonitos.

—Ojos de santo —comentaba una de las muchachas.

—O de artista —opinaba otra.

—No, ojos de gran amante —corregía la más atrevida.

Pero cuando Sebastián respondía a alguna de sus preguntas o a una broma, su modo de hacerlo era tan tranquilamente afable, tan sereno y limpio, que se sentían derrotadas, como si no viera en ellas más que cascarones vacíos. Dejaron de embromarlo, y Sebastián logró asumir un papel como de sombra eficiente, señalándoles con su silencio que él era de otra especie, que no tenía tiempo ni inclinación para tomar parte en esa clase de pasatiempos.

El jefe de la sección, Aquiles Marambio, que no

era más que diez años mayor que Sebastián, lo tomó bajo su protección. Como Marambio hablaba tanto y al hacerlo sólo le interesaba escucharse, no se daba cuenta de que Sebastián le oía sin prestar atención. Solía sentarlo a su lado para darle grandes peroratas:

—Tienes un futuro estupendo aquí en esta organización, Rengifo, porque yo, que conozco bien a la gente, me doy cuenta de que eres un tipo serio y capaz. Adivina cuántas máquinas de calcular nos mandaron de Norteamérica —unas máquinas modernas, preciosas, lo único que les falta es hablar. ¿No sabes? ¡Ciento ochenta! ¿Te imaginas todo lo que podemos hacer con ciento ochenta máquinas de calcular? Bueno, yo diría que se puede hacer casi todo... absolutamente todo. ¿No te parece?

Aquiles Marambio era pequeño y delgaducho, con bigotitos negros muy finos y anteojos con borde de oro. A pesar de sus acinturados trajes oscuros, se le comenzaba a notar una pequeña panza, y la doble barba ya desdibujaba su mentón agudo, tembloroso como el de un niño a punto de llorar si alguien contravenía sus órdenes o cometía alguna falta de pulcritud o de puntualidad.

En una ocasión, después de mucha insistencia de parte de su jefe, Sebastián aceptó una invitación para comer en su casa. Al sentarse a la mesa, Aquiles Marambio desplegó la servilleta, introduciendo dos de sus puntas en los bolsillos del chaleco, y se puso a esperar la cena, ponderándole a Sebastián los encantos de tener casa propia, mujer propia, radio y máquina lavadora propias. Su mujer, mientras tanto, sin despegar los labios, sostenía una sonrisa aprobatoria como quien sostiene un arma defensiva, porque era claro que su corazón no estaba en la mesa, sino que en la cocina, rogando al cielo que la cocinera no dejara quemarse el asado.

Después de muchos prolegómenos Aquiles carraspeó y dijo:

—Mira, Rengifo, hay algo de que tenía intención de hablarte...

—¿Sí?

—Sí —respondió Marambio y, después de un silencio continuó—: Mira, se trata de lo siguiente. En la oficina todos te aprecian, porque eres eficiente y caballeroso. Pero tú sabes que en una oficina lo principal es la unión, que todos seamos como una familia. Sin eso no hay eficiencia posible. La gente te tiene simpatía, pero no puedo ocultarte que están comenzando a perdértela. Te encuentran raro... orgulloso. Te convidan a fiestas y a paseos, te proponen ir a tomar una copa o a ver una película, y tú no has aceptado ni una sola vez. ¿Puedes decirme por qué?

—Es que salgo muy poco.

—¿Pero por qué? A tu edad debes salir y divertirte. Puedes estar jugándote tu futuro en una cosa tan insignificante. ¿Por qué sales tan poco?

—Mi madre es sola. Tengo que acompañarla.

—Esa no es razón. Seguro que si ella se diera cuenta de la importancia que tiene tu convivencia con tus compañeros de trabajo, no le importaría quedarse sola un par de noches al mes. Porque no es más. Te digo estas cosas como amigo y como hombre de experiencia...

—Bueno, es que además soy muy flojo. Me gusta mucho dormir. En realidad, prefiero dormir a pasear...

—No me vengas a decir que te pasas los sábados y los domingos durmiendo...

—Aunque parezca raro, sí. Soy muy dormilón.

Aquiles, cuyo rostro sufrió un repentino reventón de risa, se llevó la servilleta a los labios para proteger su boca llena de comida. Exclamó:

—¿Oíste, Sara, lo que dice este tonto? El gran entretenimiento de Rengifo es dormir. Es primera vez que

oigo una cosa así. No sale, ni le gustan las copas, ni anda con mujeres. Es casi un vicio...

—Sí, claro —asintió Sebastián, acompañando con una risita las carcajadas de su jefe.

—He oído hablar de muchos vicios, de mujeriegos y de cocainómanos y de borrachos y qué sé yo, pero te aseguro que es la primera vez que oigo decir que alguien tiene el vicio de dormir. ¡Eres loco, hombre! Si duermes todo el tiempo la vida te va a pasar de largo, y la vida hay que vivirla. Mírame a mí.

Sebastián se sintió tan incómodo y culpable que no tuvo más remedio que dar por lo menos una explicación vaga:

—Es que se me ocurre que durmiendo, en lo que sueño voy a descubrir algo importante, algo más importante que... bueno, que vivir...

—¿Y si te demoras toda la vida en averiguarlo y te mueres antes? Significa que perdiste tu vida durmiendo y que no sacaste nada.

—Se me ocurre que es tan maravilloso lo que voy a encontrar que estoy dispuesto a arriesgarme.

—¿Arriesgarte a despertar muerto una buena mañana, y que te tiren así, sin uso, a la basura? Ah, no, no, eso jamás. Es una locura. La vida hay que vivirla.

La conversación comenzó a flaquear. Por decir algo, Aquiles propuso:

—Te hago una apuesta a que te vas a morir sin ver nada.

Riendo, Sebastián replicó:

—Bueno, si gano yo, tú pagas mi funeral.

Aquiles estaba tan seguro de ganar que no titubeó en aceptar la apuesta.

—¿Y si ganas tú, qué quieres? —preguntó Sebastián.

Aquiles le palmoteó la espalda diciendo:

—Si gano yo, te mando a la fosa común. ¿Qué te parece?

—Bueno, muy bien.

Se dieron la mano para sellar la apuesta.

—¿Pero cómo vamos a saber quién ganó? —preguntó Aquiles, comenzando a dudar.

—Creo que mirarme la cara será suficiente para que sepas...

—Estás loco.

Ambos rieron. Y al despedirse de su protegido, Aquiles le aconsejó:

—Se me ocurre que lo que a ti te falta es energía, vitalidad. ¿Por qué no pruebas hacer ejercicios, como yo? Me compré unas pesas y unos elásticos, y además todas las mañanas hago flexiones. Quizás así tendrías energía para divertirte y salir con mujeres...

Era más o menos lo mismo que su madre le insinuaba tímidamente, desesperada porque su hijo rehusaba todo entretenimiento, incluso ir al cine. Y si alguna vez logró convencerlo de que la llevara, en la oscuridad de la sala Sebastián se quedaba dormido al instante. Adela había envejecido mucho, y cada día se debilitaban más sus ojos y sus oídos. Era como si lentamente todas sus facultades se fueran apagando, disolviéndose. ¡Había sufrido tanto! Sus sufrimientos eran el tema predilecto de sus conversaciones con la señora Mechita, cuyos dedos pecosos carecían ahora de su antigua destreza con el crochet, pero mostraba en cambio una creciente avidez para escuchar los pesares de los demás. En una ocasión Adela transmitió a su hijo, como dicho por la señora Mechita, lo que ella misma pensaba:

—La señora Mechita, que te quiere tanto porque te conoce casi desde que naciste, dice que a ella le parece que estás malgastando tu vida... que debías divertirte, salir a veranear por ejemplo. Dice que es necesario que reacciones, que dejes de dormir. Es como si estuvieras embrujado, dice ella, que cree en esas cosas...

Sebastián perdió la paciencia. Después de gritar un poco bajó la voz y dijo:

—Lo que más me da rabia es que me cuente estas cosas como si se las hubiera dicho la señora Mechita. ¿Por qué no me dice francamente que es lo que usted misma piensa? No quiero que esto se repita, mamá. Yo trabajo y cumplo con mucho gusto con mi deber de mantenerla, porque la quiero. Pero no acepto que nadie, ni usted, se meta en mi vida. Es dolor suficiente no recordar nada, nada, por mucho esfuerzo que haga, de la felicidad que queda oculta detrás de la puerta cuando despierto. A veces pienso que debo abandonarlo todo, exponerme a morir de hambre si fuera necesario, para tener tiempo para dormir y dormir y dormir y dormir... hasta que la puerta se abra. Tengo miedo de que la vida sea demasiado corta. Así es que si no tengo derecho a dormir las horas libres que mi trabajo me deja, entonces no vale la pena que siga viviendo...

—No vale la pena que sigas viviendo para hacer lo que haces —respondió Adela, saliendo de la pieza con un portazo. Se encerró en su cuarto para gemir en voz alta de modo que su hijo no pudiera dejar de oírla.

Sebastián reflexionó que tratar de explicarle las cosas a su madre era inútil. Era inútil explicar nada a nadie. Todo esto era tanto más grande que él mismo y que la gente, que arrastrándolo hacia un fin desconocido lo hacía con tal ímpetu que arrancaba sus raíces de la tierra y, asilándolo, lo incomunicaba. Mientras crecía su angustia por no ser capaz de recordar su felicidad, le parecía que todo su proceso se aceleraba. Antes, cuando era niño, dormía como quien se entretiene, como quien ha descubierto un juguete un poco misterioso, pero al fin y al cabo juguete, y por lo tanto inofensivo. En aquella época dormía porque le gustaba, o cuando tenía tiempo, o simplemente cuando quería ha-

cerlo. Pero ahora que saldaba sus cuentas con la humanidad manteniendo a su madre, trabajando y, hasta cierto punto, tomando parte en las actividades de los seres vivos, se sentía con pleno derecho a dormir seriamente, con toda conciencia de su propósito, arrastrado por la auténtica y cada vez más desgarradora necesidad de saber lo que sus sueños contenían. Lo que antes era un pasatiempo era ahora la razón de su existencia, y le entregaba todas sus horas libres, preso de una vehemente sed de sueño, como quien se expone a perder algo más importante que la vida misma si no aprovecha todas, absolutamente todas sus horas. Pero al despertar la puerta permanecía implacable, sellada, dejándole sólo un deslumbramiento, una ansiedad agotadora por conocer aquello que aclararía todo, permitiéndole a la vez, encontrarse con los demás seres.

De tanto cavilar, de tanto rumiar la dura suerte que en la vida le había tocado y de pensar en las pocas satisfacciones que le proporcionaba el destino inexplicable de su hijo, Adela fue palideciendo y enflaqueciendo, triste y sola en el fondo de su cuarto de la pensión. Comprobó definitivamente que ella no significaba nada para Sebastián —sólo otro objeto digno de vago cariño dentro del reino de los objetos. Era como si a costa de no tomarla en cuenta su hijo la hubiera borrado de la vida, privándola de contorno y de peso. Adela no sólo estaba casi sorda y muy cegatona, sino que también las piernas le dolían mucho al andar. Tosía bastante. Tosía casi todo el tiempo. Y un día tosió demasiado, y como no tuvo fuerza para llamar a nadie que pudiera ayudarla, murió como si finalmente se hubiera convencido de su propia falta de existencia.

Al regresar del funeral, Sebastián se quitó el sombrero y los guantes, dejándolos encima del mármol del peinador. Cerró los postigos de su cuarto, le pidió a la señora Mechita que le enviara comida dos veces al día

y se acostó a dormir ávidamente, como si el fallecimiento de su madre le hubiera desatado el último nudo que lo unía al mundo. Durmió tres días y tres noches —los tres días de permiso de luto que con cara compungida le otorgó Aquiles Marambio. Al despertar comprobó que la puerta permanecía cerrada aún y la luz oculta. Pero —y ésta era la maravillosa diferencia— sabía con certeza que algún día, aunque fuera muy lejano, iba a poder recordar entera esa parte de su vida que se ocultaba detrás de la puerta del sueño. Era cosa de ponerse a hacerlo, nada más. Esta nueva fe lo hizo vestirse, peinarse y salir de su casa en dirección a la oficina, sintiéndose liviano como nunca, fuertísimo, seguro. Se hizo anunciar a su jefe, que recibéndolo con un abrazo fraternal lo invitó a tomar asiento en el sillón más cómodo de su despacho. Rechazando el cigarrillo que Aquiles le ofrecía, Sebastián dijo:

—Vengo a presentar mi renuncia.

Aquiles Marambio se puso de pie de un salto. No comprendía una decisión tan repentina. ¿Por qué? ¿Con qué objeto? ¿De qué iba a vivir? ¿No se daba cuenta de que si permanecía dentro de la Organización se le presentaba un futuro envidiable? ¿Cómo podía ser tan inconsciente? Pero Sebastián se supo mantener firme en su propósito. Era como si no viera ni oyera a Aquiles.

Por fin, agotado de tanto discutir solo, el jefe miró a Sebastián y con tono insultante le preguntó:

—¿Y a qué te piensas dedicar? ¿A dormir todo el tiempo?

—Sí...

—¿Y para qué?

Marambio sujetaba su ira.

—No sé, tengo que hacerlo, tengo que saber...

Aquiles se levantó furioso y comenzó a gritar:

—¡No me vengas con tus paparruchas de visiones!
¡Lo que pasa es que eres un flojo, como todos ustedes

los que se creen espíritus selectos! ¿Por qué te crees con derecho a una vida privilegiada? No, no me vengas con historias, lo que tú quieres es pasarlo bien, no hacer nada, dormir y descansar. ¡Nada de visiones! Pero te advierto, te vas a morir y no vas a llegar a descubrir nada. Bueno... muy bien, entonces, ahora ándate. Ah, y quiero advertirte una cosa, para que te acuerdes: después no me vengas a rogar que te ayude. Nosotros terminamos aquí toda amistad. Yo no soy amigo de vagabundos profesionales. Y si quieres flojear y pasarlo bien tienes que pagar las consecuencias hasta el fin.

Herido, pero mirándolo serenamente, Sebastián le preguntó:

—¿Y la apuesta?

Aquiles se rio con desdén:

—¿Así es que tienes el coraje de seguir las bromas, aún ahora? Muy bien. Que esa apuesta permanezca como nuestra única relación. Pero no sabes el gusto que voy a tener de hacerte meter en la fosa común.

Al salir a la calle Sebastián respiró profundo, como si lo hiciera por primera vez. Ahora, por fin, era su propio dueño, sin sogas que lo ataran a nada ni a nadie —ahora iba a poder entregarle su vida entera al sueño, y con cada segundo más que durmiera se iría aproximando aquello, se haría más y más posible abrir la puerta. ¿Qué importaba que lo creyeran un inútil? ¿Qué era él en la vida real sino un pobre empleaducho en una firma de importadores, que vivía en una pensión con olor a cortinas apolilladas? El sueño, en cambio, a pesar de no verlo aún, le entregaría armas poderosas, grandes y bellas palabras, colores elocuentes, todo un sistema de claridades —cosas inmensas y ricas con las cuales él, Sebastián Rengifo, haría retroceder de alguna manera el límite de la oscuridad. Sí, ahora estaba seguro. A lo que antes le entregaba unos pocos momentos libres le entregaría su vida entera. Viviría

de modo que pudiera dormir el mayor número posible de horas, sin permitir que se interpusieran obligaciones de la llamada "vida real". Ya no tenía para qué darle categoría a lo que no era más que sombras —la comida, la vestimenta, el bienestar, las diversiones, la gente. Así, viviendo siempre cercano a la puerta estaría listo en cualquier momento en que se entreviera la luz.

La única manera de lograr este propósito era despojarse de todo. Y como jamás le había gustado la ciudad, sobre todo cuando la primavera, como ahora, se insinuaba, vendió los muebles, liquidó todas sus pertenencias, y despidiéndose para siempre de la señora Mechita —que anegada en lágrimas exclamaba: "¡Estás loco, hijo, estás loco!" —salió de la ciudad por un camino que conducía al norte.

El paisaje lo envolvió inmediatamente, suavizando su vigilia al presentarle un aire de sueño. Los sauces mecían sus cabezotas verdes junto a esteros lentos y oscuros, y el mismo viento que revolvía sus tristes mechales dotaba de un vocabulario distinto a cada planta, a cada rama, a cada hoja. Allá, toda una loma azul de eucaliptos tiernos. Los senderos de rica tierra castaña donde niños andrajosos jugaban con la infinitud de perros de los pobres, lo conducían hacia un tambo que con su aroma se anunciaba desde lejos, o hacia el brazo de humo que lo saludaba desde el techo de una choza oculta a medias entre los árboles. La corteza de cada árbol ostentaba el mapa de un tiempo y de una función distintos. Sebastián, en medio de todo esto, sintió que la distancia que antes separaba la "realidad diaria" de la otra realidad, de la más verdadera, se iba acortando, porque era como si todo este mundo exterior se incorporara, enriqueciéndola, a la realidad oculta del sueño.

Sebastián, fuerte y joven y contento con el verano que comenzaba, iba trabajando un tiempo aquí y otro

allá en las granjas y los campos. En un sitio ayudó al baño de las ovejas y le permitieron dormir en el 'corredor. Más allá tomó parte en la cosecha de los girasoles y después le encargaron que desenterrara papas de la tierra negra. Después seguía su camino, mientras los tordos, como pedradas, amenazaban la fragilidad azul del cielo. Con lo que ganaba en tres días de trabajo podía no hacer nada durante una semana; y ese tiempo lo dormía entero, concienzudamente, debajo de los duraznos pesados de fruta, o a campo abierto, o en algún pajar. El sol tostó sus facciones y sus brazos. Una luz tranquila bañaba sus ojos. A veces, cuando de tarde en tarde regresaba a la ciudad, solía divisar a Aquiles Marambio, que al ver a Sebastián desviaba la vista o cruzaba rápidamente la calzada para no tener que dirigirle la palabra, alzando, desde lejos un dedo enguantado como para censurarlo o para recordarle algo.

Poco a poco algo extraño le fue sucediendo a Sebastián: le resultaba imposible controlar su sueño. Ya no podía "ponerse" a dormir, libremente y cuando lo deseaba, como en el pasado, porque el sueño se apoderó de su voluntad, adquiriendo una independencia que lo regía con despotismo. Ahora, de pronto, el sueño lo acometía porque sí, al borde de un camino por ejemplo, y se veía obligado a encogerse allí mismo entre las sucias malezas para dormir. Inquieto, sentía que su sueño se rebalsaba de su sitio, inundando su vida entera. Caía dormido en cualquier parte, de día o de noche, con frío o bajo el sol, durante la lluvia o en las horas de trabajo, y al despertar crecía su desesperación ante el recuerdo que se negaba. Pero mientras más y más dormía, mientras más lo atormentaba saberse excluido de su propia felicidad, más fe sentía en que alguna vez iba a ver la puerta abierta de par en par, acogiéndolo. Era una cercanía prodigiosa lo que recordaba al despertar. Pero nada más.

Un día le entregaron una guadaña, prometiéndole que si cortaba todo el pasto de cierto potrero, y luego lo almacenaba en la bodega, le pagarían una linda suma de dinero. Con eso, pensó Sebastián, tendría para dormir un mes entero sin preocuparse de nada más, y lo que podía sucederle en todo un mes de sueño era incalculable. Con el torso desnudo y la guadaña al hombro vadeó el potrero de extremo a extremo. Las copas de las higueras eran líquidas y murmuradoras en el viento recién desatado, y en su espesa sombra azul, sobre el musgo, reposaban dos patos blancos como camisas recién lavadas que el viento hubiera dejado caer livianamente. Sebastián escuchó el alarido de los queltehues, miró las nubes lerdas en su carrera sobre los dedos de los álamos. Se dijo: "Tengo que apurarme. Tengo que cortar el pasto y almacenarlo pronto, porque esta noche habrá tormenta..."

Trabajó toda la tarde. Las nubes eran cada vez más opacas y más bajas. Sebastián segó el pasto con el ímpetu de quien lucha por salvarse en la tormenta de un mar vegetal. Cuando tuvo todo el pasto cortado se supo vencido. Miró el cielo. Ya caía el agua. Dentro de un momento el sueño se apoderaría irresistiblemente de él. Y se quedó dormido sobre el pasto cortado, la lluvia cayendo sobre su cuerpo y sobre la cosecha —sobre la cosecha de pasto que ya no tardaría en podrirse. Al despertar, sus patrones furiosos porque dejó que la cosecha se estropeará, rehusaron pagarle. Sebastián partió, caminando muchos días, porque de granja en granja se fue corriendo la voz de que no se podía contar con Sebastián.

Se le hizo difícil conseguir trabajo. En cada parte que le encargaban alguna faena, por ligera que fuera, le sucedía lo mismo: se quedaba dormido sin poder controlarse. Lo dejaban vigilando una olla y el guiso se quemaba; le pedían que cuidara a una criatura

y ésta se caía de la cuna; lo mandaban llevar una carreta llena de paja, y desde la cima, al comienzo del camino, picaneaba a los bueyes para dirigirlos, pero pronto se quedaba dormido y la carreta se extraviaba. La marca de los fracasados se grabó en su andar y en su voz y en los jirones de su ropa.

“Me estoy poniendo viejo...”, meditaba.

Hubiera sido fácil dejarse morir, lanzarse ante un camión en una carretera o saltar desde un puente. Pero Sebastián no estaba dispuesto a hacerlo, porque sólo si seguía viviendo podía seguir soñando. Se sentía cerca de una meta, pero muy cansado. Lo malo era que para vivir era necesario trabajar, y nadie quería darle trabajo. La gente se apartaba de él como si lo temieran o trajera mala suerte. Desesperado ya, una tarde fue a un Hospital de Psiquiatría para rogar que le enseñaran a controlar el sueño. Lo atendieron dos médicos jóvenes y serios, benignos como ángeles vestidos de blanco. Escucharon con paciencia la historia de Sebastián:

—Sí —dijo uno—, pero no es enfermedad...

—Aquí no podemos tratarlo —dijo el otro sonriendo con un poco de pena.

—Pero tengo miedo de morirme, doctor... —rogó Sebastián.

—Y si se pasa todo el día durmiendo, ¿no le da lo mismo estar muerto?

—No, no, me falta tan poco, doctor. La puerta ya se va a abrir...

—¿La puerta? ¿Qué puerta?

Los médicos se dieron cuenta de que Sebastián era una de esas personas un poquito desequilibradas, pero no tanto como para merecer un tratamiento intenso. Había demasiada gente verdaderamente enferma, y era necesario reservarse para éstos. Sin embargo, percibieron en Sebastián una especie de indefensión —no sabía dónde ir, qué hacer, y temía tanto morir antes que aquella

extraña puerta se abriera. Conmovidlos, los médicos le permitieron permanecer unos días en el hospital. Pero una noche, cuando hacían juntos la ronda de las salas, llegaron a la cama de Sebastián, y al ver su sonrisa, la beatitud que iluminaba su rostro, decidieron que era imposible seguir manteniendo en el hospital a alguien que dormía tan tranquilamente. Lo despidieron a la mañana siguiente. \

Sebastián sabía que el final estaba cerca. Ya no tenía nada en qué trabajar y vagaba por las calles y los caminos, de casa en casa y de granja en granja, mendigando. La debilidad lo invadió. Parecía un anciano. Nada en torno suyo le importaba, como si nada de lo que sucediera significara nada. Vivía en un mundo crepuscular, poblado de sombras, de ecos, de esperas. Se dejó crecer la barba y el pelo. Caminaba por las carreteras, por las vías férreas, por las calles y avenidas de la ciudad, y cuando el sueño lo tocaba se tendía a dormir en cualquier parte. Una vez un caballo se acercó a husmearle la cara, creyéndolo muerto. La gente se apartaba de él como si fuera un mago o un pervertido o un loco. Pero él seguía durmiendo confiado, porque cuando la puerta quedara abierta, toda la gente que ahora huía de él, lo reconocería.

A veces iba a la ciudad, porque allí resultaba más fácil conseguir alimento. En el mercado podía robar pan o un trozo de pescado frito. Pero generalmente lo reconocían, y alguna mujer sofocada bajo el peso de sus paquetes se encaraba con él, gritándole:

—¿No te da vergüenza, flojo dormilón? En vez de trabajar pides limosna y robas. Eres un asco para la humanidad. Debían echarte de la ciudad o meterte en la cárcel. Todavía no eres tan viejo como para no poder trabajar.

Pero no podía trabajar. El sueño se apoderaba inmediatamente de él, como indignado de que hiciera

cualquier cosa que lo apartara de su poder. Una vez lo sorprendieron robando y lo llevaron a la cárcel. Lo soltaron pronto, pero quedó marcado como delincuente, y aquellos que antes sonreían con algo de benevolencia ante su vicio de la vagancia cruzaban a la vereda de enfrente al verlo venir.

Llegó el invierno, otro invierno más, y con éste la certeza para Sebastián de que iba a morir. Ya no le quedaban fuerzas. Pero le parecía que si lograba vivir unas semanas más, unos días más, si encontraba qué comer y dónde refugiarse iba a poder dormir, iba finalmente a recordar, a entender, a hablar. Morir antes sería un fracaso. Pero la esperanza de Sebastián era recia, lo único en él que no vacilaba. Era el fin. Pero quizás también el triunfo.

Hacía mucho frío. Bajo los yertos árboles negros del parque en el amanecer, Sebastián a veces encontraba pájaros que con el frío habían muerto. Para tratar de revivirlos soplaba sobre sus plumas grises, que duras de escarcha no se agitaban. En la ciudad vivía bajo un puente, y rodeándose de perros piojosos para que lo calentaran, cubriéndose de diarios viejos para que el viento no pudiera penetrarlo, lograba dormir mucho, casi todo el tiempo. Sabía que ya, ya iba a recordar aquello, que ya, ya se iba a abrir la puerta. Era cosa de aferrarse a la vida unos días más, encontrar un poco de pan, protegerse un poco del hielo y de la escarcha. Era difícil. A veces pegaba la nariz a la ventana de alguna carnicería y se quedaba mirando el rojo caliente de los animales destripados que colgaban de los ganchos, y cuando alguien abría la puerta al salir, el olor espeso y sanguinolento calmaba un poco su hambre y su frío.

De pronto, un día tuvo una idea.

Iría a visitar a Aquiles Marambio, que no vivía lejos. Tal vez se conmoviera al ver su miseria. Tal vez,

olvidando lo dicho años antes, tantos, tantos años, le diera comida, lo abrigaría por algunos días —aunque las últimas veces que casualmente se cruzaron en la calle, Marambio no reconoció a Sebastián. Tal vez...

Sebastián se hizo un cucurucho de diarios para protegerse la cabeza, y lentamente atravesó la tarde fría, las calles y las sombras de las casas y de los árboles y de los faroles apagados, mirando de vez en cuando el cielo plomizo rayado por los cables, hasta llegar a la casa de Marambio. Sobre los techos, las nubes restañaban casi todo el rojo que del crepúsculo quedaba. La noche caía. Iba a nevar. Sebastián tocó el timbre de la casa de Aquiles Marambio. Le abrió la puerta una sirvienta vestida de negro con un delantalcito de muselina blanca.

—¿Podría hablar con Aquiles Marambio? —preguntó Sebastián.

—¿Con *don* Aquiles? —la sirvienta acentuó el *don*—. Está comiendo. Vaya por la puerta de atrás, por la otra calle; esta puerta es para las visitas. ¿Quién lo busca?

Pronunciar su nombre, Sebastián Rengifo, fue como abrir la portezuela de una jaula dejándolo escapar para siempre, como un pájaro. Aguardó en la puerta de atrás, en un callejón desierto donde el viento preso lloraba. Sebastián se caló más hondo su gorro triangular de papel de diario y anudó bien los trapos viejos que protegían sus pies. Sin rostro ya, sin nombre, se sentó en el umbral de la puerta a esperar.

La puerta se abrió por fin. Apareció Aquiles Marambio, bastante gordo con los años, llevando una amplia servilleta blanca anudada debajo de su papada abundosa.

—¿Quiere hablar conmigo? —preguntó.

—Si... ¿No se acuerda de mí?

Marambio limpió con la punta de la servilleta el

vaho que al salir al frío empañó sus anteojos. Detrás de él, en el segmento de habitación que la puerta mostraba, algunas personas reían en torno a una mesa servida.

—No me acuerdo. Apúrese, dígame lo que necesita, mire que hace frío y hay mucha grippe...

Una lágrima se heló en las pestañas de Sebastián.

—Si no me dice lo que necesita voy a cerrar...
--amenazó Marambio.

—No me conoce..... —balbuceó Sebastián.

—No, hombre, no lo conozco. ¿Cómo quiere que conozca a todos los vagos de la ciudad? Además, con esa barba y esa mugre...

—Venía a pedirlé que me diera qué comer y dónde vivir por unos días, señor. Me voy a morir, y no puedo hasta que la puerta quede abierta... por favor...

Una nube de reconocimiento ensombreció el rostro de Marambio.

—¿Hasta que qué? ¿Qué puerta?

—...la puerta y yo pueda ver...

—No, no, no. Váyase de aquí. No se va a morir. Todavía no es tan viejo como para que no encuentre trabajo. Usted quiso ser lo que es... váyase. Buenas noches. Yo no tengo nada que ver con usted.

Y cerró la puerta.

Sebastián se encogió como mejor pudo para dormir en el umbral.

Durante la noche se abrió el cielo, y las estréllas, parpadeando apenas, miraban precisas desde un cielo terriblemente negro y hondo, que dejó caer una dura escarcha. Y a la mañana siguiente, domingo, el cielo amaneció despejadísimo, azul y frágil y delgado como un volantín inmenso. El sol no calentaba las calles, pero su luz nítida señalaba todos los ángulos y los contornos.

Don Aquiles Marambio, su señora y sus dos hijitas

de seis y siete años, salieron temprano para ir a misa. Asistieron al Santo Sacrificio con toda unción, y regresaron lentamente por las asoleadas veredas, saludando a los conocidos, deteniéndose de vez en cuando para dar pataditas en el suelo, palmoteando para que se desentumecieran sus dedos. Unos pasos adelante de sus padres, María Patricia y María Isabel, casi del mismo tamaño, tocadas con gorros de piel blanca y con las manos metidas en manguitos de la misma piel, dejaban orgullosas que los que pasaban admiraran la corrección de su porte y el lujo de sus atuendos.

Al entrar por el callejón que llevaba a la puerta trasera de la casa, las plumas de vaho que tan serenamente se elevaban desde las bocas de las cuatro personas de la familia Marambio, se cortaron de pronto. Aquiles y su señora se detuvieron. Las niñas, con chillidos, buscaron refugio junto a las piernas de sus progenitores —porque allí, en el umbral de la casa, yacía una forma humana peluda y sucia, cubierta de diarios húmedos. Se acercaron. Marambio movió la forma con el pie.

—Está muerto... —murmuró.

La mujer se agachó para sacarle el gorro que le tapaba la cara. Marambio exclamó:

—No seas idiota. Déjalo así. ¿Para qué quieres verle la cara?

Pero la mujer ya lo había hecho, y el rostro del muerto, debajo de sus barbas y de su mugre, apareció transfigurado por una expresión de tal goce, de tal alegría y embeleso, que María Isabel, acercándose a él sin miedo, exclamó:

—Mira papito, qué lindo. Parece que hubiera visto...

—Cállate, no digas estupideces —exclamó Marambio, furioso.

—Parece que estuviera viendo...

Antes que María Patricia pudiera decir lo que pa-

recía que el muerto estuviera viendo, Marambio tomó a sus dos hijas violentamente y las empujó para que entraran a la casa. Ellas, de la mano, obedecieron sin los lloriqueos ni los pucheros de siempre cuando su padre las contrariaba, hablando de lo bonito que eran los muertos y preguntándose por qué la gente grande les tenía tanto miedo. Marambio llamó a la policía para comunicar que un vagabundo había amanecido muerto en el umbral de su puerta. Y como don Aquiles era un hombre de pro, y además con gran sentido cívico, dispuso que ya que el cadáver había amanecido en su puerta no podía permitir que lo echaran así no más a la fosa común. El se haría cargo de los gastos del funeral —no de primera, claro, eso sería absurdo, sino que de un buen funeral de tercera.

JORGE EDWARDS

La descripción es nítida (en *El Patio*), los rasgos, unos tras otros, dan en el blanco y el fragmento de vida surge evidentemente. (HERNÁN DÍAZ ARRIETA, *Alone*).

Si tuviéramos que sintetizar las calidades del cuento (*El Patio*) de Jorge Edwards, propondríamos las siguientes: la novedad de su ángulo de visión dentro de nuestra literatura; su capacidad para resumir en pocas frases o imágenes el hálito de un ambiente; la naturalidad y sencillez con que desenvuelve su breve trama; la veracidad de reacciones de sus personajes; la variedad; el don de terminar sus cuentos con brillantez; la facilidad de su prosa manando de una suave poesía o de un realismo irónico. (ROQUE E. SCARPA).

(*El Patio*) es un novedoso aporte que desgarrar la intimidad de viejos salones y capta la idiosincrasia de aristocráticas personalidades con menudo conocimiento de los detalles de su ambiente particular. (RICARDO LATCHAM).

Cuentos de deliberada instracendencia. (ALEJANDRO MAGNET).

Jorge Edwards (en *El Patio*) no quiere pelear y por eso agudiza la sutileza hasta convertirla en algo apenas palpable. ¿Falta valentía en los jóvenes escritores? (MARGARITA AGUIRRE).

Pecaría de insincero si no le hiciera notar (en *El Patio*) el desagrado con que he visto alguna escena maloliente. (PEDRO LIRA URQUIETA).

A L A D E R I V A

EN EL ATARDECER, don Alejandro se siente más liviano, más sereno, más en armonía consigo mismo. Abre la ventana y mira el cielo sobre los techos. El sol ha desaparecido hace un rato. La brisa fresca, entremezclada de rumores confusos, viene a ahuyentarle de la cabeza las ideas depresivas. Don Alejandro respira con profundidad, absorbo, intentando prolongar el instante agradable. Todo el día lo ha sofocado un hormigueo de vacilaciones, de preocupaciones absurdas. Los días anteriores ha sido igual. En verdad, a don Alejandro le cuesta recordar una época diferente. ¿Veinte años atrás, cuando vivía su mujer y él conservaba su dinero?... Lecturas apasionadas, viajes a Europa, discusiones interminables en que se reordenaba el engranaje descompuesto del universo. Pero ese tiempo se ha extinguido sin remedio. Don Alejandro cierra los ojos, angustiado por la evocación. Después de un rato, siente frío y se retira de la ventana. Empieza a vestirse lentamente para salir.

Le gusta el momento en que la obscuridad termina por vencer al día. La agitación de la gente y del tráfico, a la salida del trabajo, y el juego de las luces artificiales, que se destacan contra la sombra azulosa. Es una de las últimas tardes de noviembre. Pese a que las luces

se han encendido hace rato, la claridad, arriba de los edificios, parece obstinada en permanecer. Un fulgor ceniciento sobre las formas disparejas, grises.

Con esa hora crepuscular, la angustia se disuelve inexplicablemente. Como si de pronto le quitaran un peso enorme de encima. El resto de la tarde es un sueño; lo único real es ese instante de liberación, ese surgir de fuerzas frescas, que antes han permanecido agazapadas y que ahora desbordan hasta su última fibra. Don Alejandro se siente joven, una vez más.

Atraviesa una parte de la Alameda con cautela, sin despegar la vista de los automóviles detenidos en la esquina, frente a la luz roja. En la explanada central, ya fuera de peligro, se abandona con delicia a su estado de ánimo. Camina con energías inusitadas, haciendo que su bastón describa en el aire figuras caprichosas. No hace frío ni calor. Todo en el conjunto nocturno es estimulante: las luces de los edificios, los focos de los automóviles, los letreros luminosos rojos y verdes, el bullicio. . . Una sonrisa pugna por asomar a los labios de don Alejandro. Sin darse cuenta, agita su bastón con alocado entusiasmo.

El raballo de su ojo capta a tres muchachas que lo miran y aparentemente se ríen de él. "¡Ríanse nomás!" piensa don Alejandro, complacido. Vuelve la cabeza en dirección a las muchachas y ellas siguen su camino, curvándose bajo el efecto de la risa. Una le dirige una mirada burlona por encima del hombro. "Debo de haber estado riéndome solo", se dice don Alejandro, sonriente, mientras el bastón en su mano derecha adopta un movimiento más lento, más indefinido. Don Alejandro se detiene, momentáneamente pensativo. Adelante, la Alameda se extiende solitaria. Hay una casucha fea de madera, construída con algún fin provisorio y después olvidada. La imaginación de don Alejandro ha retenido el rostro de la muchacha que lo miró por encima del

hombro; don Alejandro cree haber visto que tenía bonitas pantorrillas, y bonitas caderas. Súbitamente, da media vuelta y camina en el rumbo de las muchachas. Sus energías rebosantes se manifiestan, de nuevo, en el revoloteo del bastón y en el rostro, que apenas contiene una franca explosión de risa. Va mirando las copas de los árboles, débilmente iluminadas por la luna —cerca del tronco, los árboles concentran la oscuridad nocturna—, y tararea despacio una canción de su juventud:

*¡Y el tipitín,
Y el tipitón,
Y el piececito,
Qu'es tan coquetón!*

Del resto de la canción no se acuerda, pero le basta repetir esa parte, y la atmósfera peculiar de su juventud, conjurada por un sinnúmero de asociaciones, lo cala hasta los huesos. Sensaciones contrarias —arrebato, inspiración, desesperación, melancolía— luchan en su pecho confusamente, durante algunos segundos.

Don Alejandro se detiene antes de atravesar una calle. Las muchachas, que acaban de atravesar, se han distanciado un poco. Las pantorrillas de la que había mirado son, efectivamente, blancas y redondas, blancas y redondas... Don Alejandro, conmovido, alza su bastón y casi golpea la ventanilla de un automóvil que pasa. La calle, después, se despeja, vuelve a quedar sumida en el silencio, y don Alejandro atraviesa con dignidad, echando atrás la cabeza. Las muchachas, ahora, van lejos. No son más que tres bultos que emergen de la sombra al pasar bajo un farol. Don Alejandro cree ver que tuercen hacia la izquierda y que desaparecen tras de los árboles, como si fueran a cruzar la Alameda.

—¡Buenas noches, don Alejandro, muy buenas noches!

Mira de soslayo y lucha torpemente por sacarse el sombrero, esbozando un saludo. Un hombre pequeño, pulcro, hace venias y sonríe melosamente, con aspecto de querer iniciar una conversación. Don Alejandro apura el paso. El tipo es un tonto que ha conocido en un club político, años atrás; de esos que andan eternamente tratando de colocarse... De modo insensible, don Alejandro deriva hacia la senda que han seguido las muchachas. Apura el paso, esperando que el señor no insista en hablarle, y al transcurrir un rato respira con alivio.

Se encuentra en una calle tranquila, bordeada por árboles polvorientos, fantasmales. Los tacones de las tres muchachas resuenan con nitidez en la vereda, a media cuadra de distancia. Han caído en la cuenta de que él camina detrás de ellas y conversan con indiferencia, sin darse por aludidas de su proximidad. A don Alejandro lo comienza a dominar cierta conciencia del ridículo. Un impulso mecánico le impide cambiar de rumbo, así que acorta el paso y adopta una expresión ausente, desprevenida. Sus ojos pardos siguen clavados, inertes, en las pantorrillas blancas. En ese momento las muchachas cruzan el umbral de la puerta de una casa.

Don Alejandro pasa despacio junto al umbral y descubre que las muchachas ya entraron. Sigue caminando, extrañamente desorientado. El impulso involuntario continúa empujándolo, pese a que sus piernas, agotadas, se resisten a obedecer. Trata de apoyar el cuerpo en el bastón, pero ahora el bastón, en vez de revolotear eufóricamente, pesa y constituye un estorbo. Don Alejandro escucha entonces un movimiento de pies ágiles, cerca del balcón de la casa, unas risas sofocadas, y un breve chaparrón de agua rebota con fuerza contra su sombrero, salpicándole el traje. Don Alejandro, torciendo con dificultad el cuello, observa el balcón. Una figura de mujer corpulenta y baja sale con lentitud de la

penumbra interior, apoya dos poderosos brazos morenos en la baranda y fija en él unos ojos que lanzan destellos desafiantes. Don Alejandro, enderezando el cuello, se coloca otra vez el sombrero y reanuda su camino, paso a paso.

En la esquina se divisa una fuente de soda abierta. La calle está más animada en ese sector. Una radio chillona distribuye su música a los cuatro vientos. Don Alejandro entra a la fuente de soda y un reloj, en lo alto de un aparador desvencijado, le advierte que se ha hecho tarde. "¡Qué le vamos a hacer!" piensa, suspirando y tomando asiento junto al mesón. Se saca el sombrero y vuelve a suspirar, mientras observa el fieltro amarillento y mojado: "Mejor será que descansemos un poco". Pide un *sandwich* de queso en pan de molde y mira con aprensión las manos grasientas del mesonero, que manipulean un queso duro, sepultado en un extremo del mostrador. Don Alejandro se palpa el estómago, sintiendo de antemano los efectos del queso. A su lado hay un joven pálido, huesudo, provisto de varios libros encuadernados e inusualmente sucios. Súbitamente poseído por una necesidad imperiosa de conversar con alguien, don Alejandro le pregunta al joven qué estudia.

—Leyes —contesta el joven, con una mirada de desconfianza.

—¡Leyés! —Don Alejandro mueve la cabeza—. ¡Muy bien! ¡Muy interesante! ¿Y qué le ha llamado más la atención en sus estudios?

El joven, rígido y huraño, no contesta. Don Alejandro entonces sondea las opiniones del joven sobre política y éste, tras un corto titubeo, se acomoda en el asiento y manifiesta su adhesión al socialismo y su desprecio absoluto por la clase burguesa. El joven acompaña estas palabras con una mirada de ostensible desdén. Alzando las cejas, don Alejandro guarda silencio.

El vidrio del mostrador refleja la blancura impecable de su camisa. Don Alejandro no sabe qué decir sobre los burgueses. El joven ha llevado la conversación a un terreno impracticable. Cuando el joven sale, don Alejandro se despide inclinando la cabeza y sonriendo con amabilidad.

En la casa, su hermana Inés ha comido y lo espera sentada severamente en el salón, bajo una lámpara.

—Se me hizo tarde —dice don Alejandro, que camina con vacilación y lleva la mano derecha sobre el vientre. El avance accidentado del queso por el estómago imprime a su rostro una mueca de disgusto.

Su hermana mueve la cabeza, sin decir palabra, y se dirige a su habitación. “Buena cosa”, murmura don Alejandro. Al entrar a su pieza, don Alejandro tararea una canción en voz baja. Está inmensamente cansado y siente en la boca el gusto rancio del *sandwich*. Debe hacer un supremo esfuerzo para sacarse los zapatos. “¡Buena cosa!”. Se hunde en las sábanas frescas, apaga la luz y queda con la vista fija en el cuadrado de la ventana, bañado por la luna. El cansancio relega los sucesos del día a un olvido profundo. Un día como cualquier otro, un día entre los días, inútil a la vez que irremplazable. Pero el vacío es mejor que el tráfago de las contrariedades cotidianas; las células adoloridas del cerebro de don Alejandro, ahora despojadas de toda idea, salvo la del cuadrado de luz lunar, se van relajando poco a poco.

MARIO ESPINOSA

Si sigue escribiendo, Mario Espinosa va a introducir en nuestro ambiente algunos contenidos nuevos y una perfección estilística de gran belleza. (ALFREDO LEFEVRE).

¿Qué será, quién será, andando el tiempo, Mario Espinosa? (HERNÁN DÍAZ ARRIETA, *Alone*).

El tono menor (de *Un Retrato de David*), la factura fácil, el dibujo sutil, se entremezclan con ambigüedades, caídas y descuidos de principiante. (RICARDO LATCHAM).

Gramaticalmente (en *Un Retrato de David*), hay varios gatzapos. (ELEAZAR HUERTA).

H. M.

Oh! my darling

We have missed you!

CANCIÓN IRLANDESA.

EL AÚN estaba quieto.

Hilda estiró los brazos y bostezó, risueñamente. Sólo el roce de su codo contra una cabellera la hizo recordar en qué lugar se hallaba y qué hacía allí. Lo miró con ternura. Volvió sus soñolientos ojos hacia la habitación: tenía cortinas floreadas, de buen gusto, podía decir que bien escogidas. Pensó que estaban acordes con los muebles modernos del departamento, este departamento que conocía tan bien, nada ostentoso, pero amoblado con *comfort*. Todo en él era satisfactorio. Lo sabía de memoria: desde el estante bar, hasta el ordenado *closet*, desde el saloncito de recibo hasta el impecable baño. La cocinilla, claro está, no servía sino para preparar el desayuno y algunos guisos livianos y fáciles, a pesar de tener todo lo indispensable de una casa puesta. Si alguien hubiese querido vivir allí, habría podido hacerlo con el mayor agrado.

Sintió entonces cierta inquietud al recordar su pobre departamento, donde, a esa hora, el niño dormiría todavía plácidamente.

No todas tienen la suerte de encontrar una buena empleada puertas afuera que sepa atender y comprender, al mismo tiempo, a un niño tan difícil como Ma-

rito. El pobre estaba últimamente con un fuerte ataque de tos.

Decidió apresurarse un poco. Se peinaría y se pondría la bata de levantarse antes de que él despertara.

Le tendría listo el desayuno.

Sin agitarse mucho, saltó de la cama.

Mala suerte: había pisado con el pie izquierdo.

El se reía de sus supersticiones. Pero, no tenía derecho. Es verdad que lo hacía de un modo encantador, con sonrisas, pero no tenía derecho.

Abrió la cigarrera y encendió un cigarrillo.

Sonrió para sí al mirar el estuche: los emblemas masónicos —la regla, el compás, esas hojas raras cuyo nombre nunca podía recordar, el triángulo— rodeaban las hermosas letras iniciales labradas, iniciales que, por coincidencia, eran las suyas: Hilda Mander. ¡Hay veces en que los nombres tienen menos importancia que las iniciales que los representan!

En cierta oportunidad ella le dijo una grosería a propósito de esas dos letras.

—No, mi pequeña —contestó él, gentilmente, sin enojarse—. Esas dos letras, por suerte, significan para mí algo mejor que eso. Shakespeare, un poeta inglés, lo dijo a través de uno de sus personajes: *Brutus is an honorable man. Honorable man.* Eso quiere decir: "Brutus es un hombre honorable".

Le dio risa.

—Claro que eso es exagerar la nota y darse importancia. Porque también podrían significar: honorable mujer, historia macabra, honrosa mención, tu propio nombre y, si no te parece mal, honesta mentira.

Entonces, ella rió de su mala intención.

—Eres un pícaro —le dijo—. Te ríes de mí porque eres muy culto y yo no terminé mis humanidades.

Ella pensaba que su cultura era casi tan perfecta

como su cuerpo. Era un adorno más para un hombre tan interesante como él.

—Un buen masón —aclaró— tiene que ser culto. No sólo porque así lo exige el conocimiento de la doctrina, sino que debe aprender una de las bases del sentido que el Gran Arquitecto ha dado a la naturaleza: el lugar que cada cual ocupa en sus designios.

Ella le hacía innumerables bromas referentes a las reuniones en las logias. A la masonería la llamaba “la viuda”.

—¿Llegaste tarde? Habrás estado con tu viuda.

Un amigo le proporcionó un catecismo masónico. Ella había estudiado algunos de los ritos.

—Supongo que te habrás paseado del brazo con ella entre las columnas, ¿no es cierto? ¡Qué ridículo! ¡Un hombre como tú con una mujer tan vieja!

—Bah —rió él—. ¿Acaso la misa o la apertura del Parlamento no son ridículas?

Entró al baño y echó a correr el agua caliente en la tina, casi en silencio.

Volvió a la habitación.

El aún estaba quieto.

De su bolso extrajo con sigilo su escobilla de pelo y su peineta de concha de tortuga.

Le dieron ganas de saltar a la cama y comenzar a brincar sobre ella para despertarlo, en broma. Una vez que se declaró enfermo un fin de semana, le quitó el bastón, lo puso fuera de su alcance y dio enormes saltos sobre el sommier, que crujía escandalosamente.

—Loca. Se va a caer. Se va a dar cuenta todo el vecindario.

—A mí qué me importa —le gritaba ella, con ataque de risa—. A mí qué me importa. No pasará nada. Lo más que puede suceder es que te vean salir desnudo, cojeando, perseguido a bastonazos por tu querida. La importante aquí soy yo.

Era tan simpático que no le importaba nada que le hicieran bromas acerca de su cojera, él, a quien todos lo miraban con tanto respeto.

Alcanzó a cogerla de una pierna —o, mejor dicho, ella se dejó tomar— y todo terminó en besos y sonrisas.

—Imagínate —bromeó él— que yo, nada menos que yo, me viera envuelto en un enredo policial.

Abrió la puerta de la cocinilla y encendió los dos platillos eléctricos.

Ella sabía muy bien que él era un hombre influyente, pero jamás le preocupó saber qué es lo que hacía. Debía tener tanta o más importancia como la que insinuaba, porque le molestaba hablar de sí mismo, excepto para hacer un chiste. De todas maneras, tenía que ser muy, pero muy importante, pues le había conseguido la nulidad de su matrimonio en menos de dos meses.

Volvió al baño y comenzó a peinarse. Quería que la encontrase muy bonita, muy bien peinada y tenerle listo el desayuno como a él le agradaba al momento de despertarse.

Mientras estaba frente al espejo, recordó su modo particular de hacer el amor. A ella no le inquietaba gran cosa eso, pero le encantaba atraerle en esa forma loca. Ella prefería verlo vestido, con sus camisas maravillosas, los puños y el cuello duros, bien peinado, el terno sin una mancha ni una arruga. Tenía buena apariencia y el bastón le daba una dignidad imponente de hombre antiguo, como de cuadro. Su papá seguramente había sido así.

Terminó de peinarse, cerró el grifo del agua caliente. Abrió la cocinilla y, silbando, preparó el café. De pronto se dio cuenta de que silbaba y de que lo despertaría de una manera hartamente vulgar. Esperó un instante y, mientras hervía el agua, preparó los huevos y el jamón, y las tostadas con mantequilla y dulce. El agua hirvió. Todo estaba listo. Dispuso la bandeja con un mantelito

y una servilleta bordada y fue en silencio al dormitorio.

El aún estaba quieto.

Su aristocrático perfil, su cutis perfecto, marfileño, resaltaban contra la almohada. Durante la noche, apenas si se había despeinado un poco.

Dejó la bandeja sobre el velador. Le dio un beso en la mejilla.

Comenzó a temblar.

Recogió apresuradamente el resto de su ropa, botó las colillas de sus cigarrillos en el silencioso, se puso el vestido abrochándose los botones equivocadamente. ¡Zás! Rompió las medias con sus gestos bruscos. ¿Qué le quedaba en la pieza? ¡Ah, sí!, los objetos de tocador. Los metió juntos en la cartera. Se disponía a salir cuando lo miró con recelo, de nuevo. El vestón estaba pulcramente colgado en una silla. Fue hacia él y sacó la billetera. Tomó todo el dinero que había dentro. Salió apresuradamente.

El ascensor demoraba una eternidad en llegar.

Bajó con otros pasajeros que la miraban de pies a cabeza. No se percató de su admiración.

Casi corrió por la acera.

Cuando hubo caminado una cuadra entera, se mordió un dedo hasta sangrar. Contuvo un grito. Llamó un taxi y le ordenó la dirección de su casa. Dentro del auto estalló en convulsivos sollozos.

El estaba muerto.

Cuando dieron las cinco de la tarde, la dueña del departamento consideró que debía pasar a mirar de todas maneras. Pocos momentos antes, le solicitaron un departamento para esa noche —esa noche de sábado de primavera— y no pudo decir ni sí ni no.

—En una hora más les contesto —respondió.

Debía revisar que todo estuviera limpio, en orden, con nueva ropa de cama.

Es verdad que él podría molestarse, pero jamás,

nunca, ni siquiera desde que lo había visto con esa muchacha tan jovencita y atractiva que le presentara, pasó más allá del mediodía sin llamarla y decirle:

—Gracias por todo. Si encuentra algo que no esté bien, me avisa.

Naturalmente, encontraba todo bien, siempre. Era un señor, de la cabeza a los pies. Pagaba lo que le pedían, sin discutir, y en todas las oportunidades dejaba una fuerte propina a la mucama de turno, aunque no la conociera. A ella no le agradaba conservar la misma: todas terminaban cometiendo indiscreciones que, a veces, podían ser muy molestas. Con él, no se producía problema alguno.

Golpeó tímidamente la puerta. Pero no escuchó nada.

Después, nuevamente, volvió a golpear.

Al parecer, en el interior, no había nadie. Era natural. Claro que resultaba extraño el que no hubiera llamado.

Resolvió tocar el timbre.

—Como usted no me llamó, pensé que podía estar enfermo —le diría.

No hubo respuesta.

Entonces sacó su llave y abrió. El departamento que ella conocía hasta en sus sombras, pues eligió por sí misma los muebles, parecía estar en la penumbra a través de la puerta entreabierta. Pero, avanzando un paso, vio que, en la cama, alguien dormía.

Reconoció de inmediato esa ropa plegada cuidadosamente en la silla.

Retrocedió de puntillas y cerró la puerta.

Al parecer, estaba solo.

Iba a bajar cuando se le ocurrió una idea. Volvería y se haría la tonta. Su galantería para con las mujeres no tenía límites.

Volvió sobre sus pasos. Abrió la puerta y llamó:

—¡Bah! ¿Usted está durmiendo solito a esta hora?
—dijo en voz alta.

El siguió quieto. No respondió.

Ella se acercó al baño y golpeó con los nudillos, empujando levemente la puerta para mirar hacia adentro. Estaba vacía. La tina estaba llena de agua, limpia, no usada.

De pronto, comprendió.

Miró al hombre, la cómoda, el velador, encima del cual había un desayuno sin tomar. Las mejillas, los dedos de las manos y de los pies se le helaron, por un instante, completamente. Se vería incluida en un enredo policial, irremediablemente.

La cocinilla estaba encendida. La apagó.

Encima de la mesilla de noche, al otro lado, vio una hermosa cigarrera dorada. De seguro, la dejó allí la muchacha, olvidada, al arrancarse. Tenía sus iniciales: "H. M." Una broma procaz le pasó por la mente. Se retrató y, con gesto rápido, la metió en su bolso. Valía mucho, de seguro. La buena muchacha la echaría de menos. Ella se la devolvería, si es que alguna vez se encontraban.

El seguía quieto. Su rostro tranquilo, apacible, no decía nada. Parecía dormir, simplemente.

Corrió a la puerta que dejara abierta de par en par. No se veía señal de violencia, por ninguna parte. Miró bien su cara: tenía color ceroso, más pálido que de costumbre. Bien podía no tener importancia el asunto, con todo.

Decidió llamar a su abogado.

Bajó, muy inquieta y fue al teléfono. Preguntó por él.

—Sí, con él. Estaba regando mi jardín. ¿Por qué no vienes a tomarte un trago conmigo? ¿Ah? Voy en seguida. No toques nada. Quédate dentro, pero no toques ninguna cosa. No te preocupes. ¿No hay violencia? ¿Ah?

¿Todo bien? Sosiégate. Espérame abajo. No. Llama a la policía. Sí, a ese que te presenté esa vez, ¿recuerdas? Así lo hizo.

—Por favor, que no haya escándalo —le rogó.

—Iré yo mismo. No llame a nadie más.

El detective llegó al cabo de un instante, en un coche gris.

—¿Está todo igual?

—Sí, excepto que apagué la cocinilla. Usted sabe. Puede producirse un incendio.

Subieron. El echó una mirada.

—Aquí no ha habido violencia, ni veneno, ni nada. El fiambre se quedó porque le falló el motor.

Se refería al corazón del muerto.

—Lo único que va a ser necesario es solicitar el permiso al juez para levantarlo. Sin eso no se puede hacer nada. ¿Qué calle es? Aquí corresponde al Primer Juzgado del Crimen. Mala suerte, señora. Es un hombre embromado. No lo conozco, porque nunca me ha tocado trabajar con él. No es mi sector, pero sé que hizo una campaña tremenda, poco tiempo atrás.

Ella se puso a tiritar.

—No se preocupe —dijo él afablemente—. ¿Usted estaba en otra parte, verdad? Además, el muerto bien puede haber sido un amigo suyo alojado acá. ¿Sabe cómo se llama?

Ella movió negativamente la cabeza y comenzó a llorar.

—Sí. Puedo probar que estaba con una amiga...

—¡Qué bueno!... —la interrumpió él—. Ahí tiene una coartada perfecta. No la molestarán. Por lo demás, es algo perfectamente honorable arrendar departamentos.

Ella le agradeció con la mirada su consoladora frase.

Fue al teléfono y consultó a la Brigada de Homicidio. Hizo, después, otra llamada.

—¿No está? ¿Dónde lo puedo encontrar? ¿Está jugando golf?

En ese instante llegó el abogado. La saludó.

—No te preocupes —le aconsejó con firmeza—. No pasará nada. Claro que me vine pensando que nos toca el juez del Primer Juzgado del Crimen. Lo conozco. Es un tipo seco, más rígido que la Justicia. ¿Lo llamaron ya?

—Sí. Anda jugando golf.

—¡La cosa se va a poner verde! —dijo el abogado. Todos rieron del juego de palabras.

El abogado miró al detective e insinuó:

—Echemos una miradita antes, por lo que pueda pasar.

Subieron.

Ella abrió la puerta con su llave. La otra estaba encima de la cómoda, dentro.

El detective se adelantó.

—Feo color tiene —afirmó—. Cuando Usía llegue ya tendrá colorcito. ¿Había alguna documentación?

—No —dijo ella sin vacilar.

El abogado lanzó de repente una fuerte exclamación. Rió solo.

—No va a ser necesario esperar al juez. El juez está aquí hace mucho rato. Es el muerto. No sabía que la Justicia, además de ser ciega, tiene mal corazón. Más vale sacarlo de aquí. Podría darle un disgusto a su mujer. Es un hombre honorable.

PABLO GARCIA

(*Los Muchachos y el Bar Pompeya*) es algo nuevo entre nosotros y, acaso, en nuestra literatura sudamericana. (LUIS MELENDEZ).

Es distinto a los demás cuentistas chilenos, pero se les acerca por un aire de época, por algo que puede sugerir la preocupación esencial de nuestro tiempo: la desesperanza. (RICARDO LATCHAM).

Cuando al final del libro (*Los Muchachos y el Bar Pompeya*), Josué exclama: "Algo hay aquí que yo no entiendo", estamos tentados de decirle: "No algo, sino mucho". (FRANCISCO DUSSUEL).

Nada ni nadie parece inspirar a García (en *Los Muchachos y el Bar Pompeya*), o a sus creaturas, el menor sentimiento de piedad o de altruismo. El claro propósito de García es destacar sólo cuanto hay de mezquino o ridículo en ellos. (YERKO MORETIC).

EXTRAÑA ES TU NOCHE, JOSUE

DE REPENTE ella dejó de repasar sus lecciones en el armonio. Fue cosa de que reemplazó el sonido que hacía el aire al soplar los tubos del armonio, por los también lentos, aunque no siempre acompañados ruidos que hacía al sollozar. Hipaba, graduando su sentimiento, tratando tal vez de llorar sin que Josué se diera cuenta, o sea, llorando a ratos, dejando a ratos de llorar, creyendo que el muchacho se había dado cuenta, y volviendo de nuevo a lo mismo, hasta que le entraba la inquietud de ser escuchada.

Josué estaba perplejo y algo desconcertado por el cambio de situaciones, pues, si bien es cierto despertaba todas las mañanas poseído de cierta melancolía, dominado por una congoja que nacía en los ejercicios que ella repasara puntualmente de seis a ocho de la mañana, ahora ese sollozar a tropezones lo situaba ante un hecho extraño que no conseguía dominar.

El no podía preguntar lo que ocurría a sus mayores, pues ésto se hubiera considerado una evidente falta de respeto, de manera que frente a cada circunstancia le era necesario estudiar los hechos, anotarlos en su mente, repasarlos, clasificarlos y luego analizarlos, hasta que los motivos íntimos que los habían originado resaltarán perfectamente claros.

“Es por El que llora” se dijo. “Es por su ausencia.

Así es como ella procede. Y por eso ha dejado de repasar los ejercicios, a pesar de que sabe que si se le entorpecen los dedos, no podrá colaborar en la misión a que El se siente destinado." Porque El siempre se había quedado de la ausencia de alguien que supiera ejecutar el instrumento, de tal manera que los himnos resplandecieran en toda su belleza, y no como ocurría ahora, que la desafinada voz solitaria de El no conseguía entusiasmar a la escasa y adormecida concurrencia de feligreses.

"Tal vez debería llorar yo también" se dijo el muchacho. "Quizás si Ella se consolara con eso." Pero luego, al analizar el motivo de mantenerlo a él ausente, alejado del llanto de ella, pensó que acaso no era ése su papel y que el asunto se torcía hacia otra complicación.

La verdad era que la ausencia no lo afectaba, o más bien dicho, lo afectaba, pero no negativamente sino expandiendo su espíritu, liberándolo de sobresaltos y de vivir en perpetua vigilancia, cuidando los menores detalles de su conducta.

El mundo era para él un ojo inmenso, y una inmensa mano, y una voz potente y tremenda. El muchacho se sentía pequeño, gusano insignificante ante la poderosa voluntad que regía la casa.

El se ve, parado sobre el muelle, mirando al bote que se aleja, mientras adentro va el Reverendo, agitando el pañuelo con la diestra y sujetando el sombrero con la otra mano, el sombrero de alas levantadas, que corona la negra vestimenta con su severa y rígida realidad.

Todavía pensaba Josué que algo pudiera ocurrir, entorpeciendo el viaje, frustrando la hermosa perspectiva de caminar, no sumergido en un pozo siniestro, sino sobre la tersa e inmensa superficie de un mundo que era comunión, solidaridad, vida.

Su rostro, que no está triste, sino simplemente hermético, serio, impenetrable, no reflejaba nada; era só-

lo una muralla, una roca dura, una fría y terrible máscara, sobre la que resbalaba la existencia como si fuera la quilla de un obstinado barco.

—¿Estás triste porque se fue el papá? —preguntó Ella.

—Sí, respondió el muchacho, y se puso en guardia, pues sabía que ella sin duda le escribiría a El y pondría en la carta sabe Dios qué cosas que luego el Reverendo buscaría interpretar, no para favorecer al muchacho sino para desentrañar en qué forma Lo Malo, El Mal, El Maligno o Satanás se manifestaban en el espíritu de Josué.

Tenía que ser preciso y frío, certero; pez de duras escamas, para que las miradas resbalaran sobre su presencia sin aferrarse a nada, sin dejar ninguna partícula esponjosa que permitiera poner pie en eso, y desde allí comenzar a cavar persistentemente adherido a ella, succionando respuestas, con la fría resolución de una gota de agua que por siglos golpea una partícula de roca.

La noche de ese día estaba dedicada a ensayo del Coro, de manera que hasta eso de las nueve estuvieron repasando el himno que se cantaría el domingo para realzar esta vez, no el sermón del Reverendo, sino la disertación desparramada y frágil que cacarearía desde el púlpito doña Patrocinia Méndez, primera Predicadora Local de la Capilla.

Después de las nueve, y como de costumbre, José Crespo, dueño de una peluquería y cigarrería situada al lado del local que hacía de iglesia, tosió, dijo buenas noches y se fue, seguido a poco, naturalmente, por Ester Oliva, con la cual sin duda se casaría llegada la hora.

Luego Josué y Ella partieron, mientras doña Patrocinia apagaba las luces y ponía candado a la puerta de calle.

Al llegar a la esquina de la *Pastelería Esperanza*,

les salió al paso un señor al cual pocas veces había visto Josué.

—Qué casualidad. Estoy esperando aquí a un amigo y me encuentro con usted.

Ella sonríe.

—Yo creo que espera a una amiga...

—A una amiga no. Es a un amigo.

El señor tose.

—¿Se fue el Reverendo? —pregunta.

—Sí —responde Ella, con un lejano temblor en la voz—. Partió esta tarde.

—¿Por cuánto tiempo?

—Posiblemente dos meses. Sólo el viaje le llevará un mes. Luego tiene la Conferencia Anual y quizás algunas jiras de propaganda.

—Podríamos servirnos algo aquí, ofrece el caballero. ¿No le gustaría tomar helados, don Josué?

—Podríamos pasar, pero ligerito —contestó Ella—, respondiendo por el muchacho.

Se sirvieron una copa de helados y pasteles. En seguida se marcharon a casa.

Desapareció la presencia austera y terrible del Reverendo y fue reemplazada por la del señor con quien se encontraron casualmente en la esquina de la pastelería.

Generalmente llegaba en la noche, y para el muchacho la cosa se aclaraba cuando el señor le preguntaba si quería tomar helados. Por cierto que él no respondía. Era Ella la que, como siempre y entre risas burlonas:

—¡No, no quiere! —exclamaba—. No le pasen dinero porque saldrá disparado.

Josué no salía disparado, pero salía; y paso sobre paso hacía el camino, golpeando la base de un lechero de medio litro contra la rodilla o el muslo derecho.

Llegaba a la pastelería, le echaban los helados en el lechero, los pagaba y, luego, paso sobre paso, volvía a casa.

Así, pues, la felicidad pareció llegar de golpe ya que, aparte la ausencia de El, ahora todas las noches había helados disponibles.

Cuando Josué estaba de regreso, los encontraba instalados en el diván, conversando tal vez de cosas livianas, o bien dándole vueltas a un asunto tan particular como éste:

—¿Por qué no se ha convertido usted? ¿Por qué rehuye al Señor?

—No lo he pensado todavía, pero ya lo haré.

—Hágalo. No espere el último momento.

—Sí. Ya que usted me lo dice, veré de resolverme cuánto antes.

“Está tratando de convertirlo”, pensaba Josué. “Está procurando colaborar en el trabajo del Reverendo.

Luego venía el quehacer doméstico, que trae consigo servir un buen bocado de algo. Después el muchacho se iba a acostar y se dormía al instante.

Esto se repitió durante algún tiempo, hasta que el caballero dejó de venir y Ella de repasar sus lecciones en el armonio, reemplazando los acordes de sus ejercicios por el controlado sollozar.

Así transcurrieron los días, y de nuevo una tarde fueron el muchacho y Ella a esperar al Reverendo, el cual, igual que al partir, apareció sujetándose con una mano el sombrero de alas duras, mientras con la otra hacía ondear el pañuelo en un gesto que, con ser tan frívolo, en manos de quien lo realizaba adquiría una solemnidad insospechada.

Josué tuvo un calambre en el estómago al verlo acercarse cada vez más al muelle, y de nuevo se sintió empequeñecido, diminuto, insecto miserable ante la inmensidad del mundo.

De pronto Ella lo empujó en brazos de El y el muchacho lo besó en la mejilla, aparentando reír, haciendo como que se sentía dichoso de volver a verlo.

El dijo, solemne: —Vengo con renovado brío para trabajar en el cumplimiento de mi ministerio. Tenemos una hermosa campaña por delante, con nuevos lemas y normas.

Llegaba entusiasmado y ágil, y por cierto, éstos no eran buenos indicios para Josué, pues donde primero se aplicarían los nuevos lemas y las normas, sería en el hogar. “Yo y mi casa serviremos al Señor”, clamaba el Reverendo, y este propósito era inapelable.

Cierto día apareció un petimetre de la parentela. Usaba sombrero de paja y bastón. Se encerró de inmediato con su hermano y conversaron hasta avanzadas horas de la noche.

Al día siguiente el petimetre volvió a casa ya obscureciéndose y llamó a Josué.

—¡Tenemos que matarlo! —exclamó—. Tenemos que matar a ese canalla.

Luego prorrumpió en algo que podrían ser alaridos o gemidos, o el ronco sollozar de una bestia herida, o simplemente los gritos de alguien que sólo procuraba impresionar a un muchacho de corta edad.

Al petimetre se le hinchaba una gruesa vena a la altura de las sienes, y tapándose los ojos con la mano izquierda gritaba:

—Qué deshonra, por Dios, qué deshonra.

Tal vez cansado de llorar, o porque ya tomara una resolución, se detuvo de pronto.

—Hay que matarlo —confirmó—. ¿No te parece?

El muchacho estaba estupefacto. La escena era extraordinaria y sin sentido. De todas maneras:

—Sí, hay que hacerlo —repitió.

—Y también a la víbora —dijo el petimetre.

—También a la víbora —confirmó el muchacho.

Otra vez dióse a llorar el petimetre, pero ahora escondido el rostro en ambas manos.

—Si tuviera un revólver —gimió—. Si yo tuviera un revólver.

Se encaró con el muchacho.

—¿No sabes tú quién tiene un revólver?

—¿Un revólver?

—Sí. Un arma.

—No. Pero si quiere, puedo preguntarle al Peter.

—¿Al Peter?

—Sí. Vive aquí al frente. Tiene un monopatín muy bonito.

El petimetre pareció fastidiarse.

—Anda a buscar un cuchillo —ordenó—. Y ni siquiera lo limpies.

Josué fue a la cocina.

“Piensa matar a alguien”, se dijo. “No sé por qué lo hará.”

Volvió con el cuchillo.

El petimetre lo empuñó fuertemente.

—Ahora correrá sangre —dijo—. Vengaré esta deshonra. Vamos.

El muchacho se sintió un personaje importante, mientras daba grandes zancadas para igualar los pasos del petimetre. Observó que su amigo estaba al frente y le dieron ganar de gritarle: “Eh, Peter, ven, apúrate. Van a matar a alguien con un cuchillo. El lo hará”. Pero el petimetre llevaba demasiada prisa y Josué no alcanzó a dar el aviso.

—Y tú, ¿con qué atacarás?

“Cierto, no he pensado en eso”, se dijo el muchacho”.

—Con una piedra —respondió—. O con un palo.

—Toma ese pedazo de botella. Con el filo puedes cortarle la venas al canalla.

El muchacho recogió el pedazo de vidrio.

—Trae.

El petimetre lo examinó.

—Con esto se puede degollar a alguien. Y lo haré.

Pero el asunto no pasó más allá y ambos volvieron a casa, aun cuando Josué siguió conservando la esperanza de que el petimetre mataría a alguien. Sin embargo, nada ocurrió y el petimetre, el sombrero y el bastón, desaparecieron de la casa.

Dos noches más tarde, Josué despertó sobresaltado. La oyó gemir a Ella, la oyó sollozar y El le ordenaba que se callara, que no hiciera ruido, pues podía despertarlo a él, a Josué.

Quedaron en silencio.

—Se ha despertado.

—No, está durmiendo —dijo Ella.

—Pero es que no respira como si durmiera —respondió El.

Josué volvió a respirar como si durmiera y El continuó en el asunto.

—Dónde fue, dónde fue que lo hiciste —susurró.

—Yo no he hecho nada —respondió Ella—. Todo es mentira.

—Sí. Sí lo hiciste. El hombre lo contó a quien quiso oírle y todo lo hicieron aquí en esta casa, mientras yo no estaba, mientras yo cumplía con mi ministerio.

Ahora El empezó a abofetearla y Ella —¡Ay!— gemía sordamente cada vez que El le daba un golpe.

—Dónde lo hicieron.

—¡Ay! No hemos hecho nada. No hemos hecho nada aquí.

—Sí lo hicieron. Aquí hicieron algo.

—¡Ay!

—Confiesa dónde lo hicieron.

—Nome aprietes ahí. No. ¡Ay! Ahí no. Cobarde. ¡Ay!

—Dónde lo hicieron.

—¡Ay! Ahí no. Ahí no. ¡Ay!

—Confiesa dónde lo hicieron. ¿Lo hicieron o no?

Confiesa.

—¡Ay! ¡Ay! . . . Sí, pero aquí no. No lo hicimos aquí.

—Dejó de respirar —susurró El—. Lo has despertado.

—No —respondió Ella—, está durmiendo. Está respirando como si durmiera.

—¿Y entonces?

—Parece que despertó.

—Y entonces, dónde ¿en el sofá?

—¡Ay! Sí, en el sofá.

—¿En el sofá? ¿Lo hicieron en el sofá?

—Sí, en el sofá. ¡Ay!

—Pero aquí también ¿no es cierto? También lo hicieron aquí.

—Sí, aquí también, pero en el suelo.

Así continuaron. El preguntando y Ella respondiendo. El dando golpes y Ella quejándose, mientras Josué respiraba como si durmiera.

Fue a la otra noche que aparecieron las mulas, y El y Ella y el arriero estuvieron cargándolas para, al parecer, un largo viaje.

Ella lloraba amargamente. Lo hacía ahora sin disimulo, como si ya fuera ajena a la casa, como si su responsabilidad en la casa hubiera ya desaparecido.

—Despídete del niño —dijo El—. Debes pedirle perdón, porque en su cama también lo hiciste.

La mujer avanzó hacia Josué, pero cayó de rodillas, llorando amargamente.

—No sé por qué lo hice —gimió—. No sé por qué ocurrió todo eso.

De pronto, El también se arrodilló al lado de Ella y lloró igual que Ella; gimió igual que Ella, llorando.

—No es posible —dijo El—. Dios mío, no es posible. Desde afuera silbó el arriero.

—Son las mulas —dijo Ella—. Es que las mulas ya están listas.

El se levantó.

—Nadie se irá de esta casa. Nadie ocupará esas mulas.

Ella siguió sollozando.

—Te perdonamos —gritó El—. Te perdonamos Josué y yo. ¿Quieres que la perdonemos?

—Sí —dijo el muchacho—. Sí la perdonamos.

Ella se levantó y abrazó al muchacho.

—Hijo mío —sollozó—. Hijo mío.

Otra vez silbó el arriero.

—¡A las mulas! —gritó ahora.

“Nadie se irá”, pensó el muchacho. “Ella volverá a sus ejercicios.”

Ella se secaba ahora las lágrimas. El salió a hablar con el arriero.

“Sin duda algo ha ocurrido”, reflexionó Josué. “Algo hay aquí que yo no entiendo.”

MARIA ELENA GERTNER

Agradará a todos los lectores (de *Islas en la Ciudad*) la forma despejada y certera, el diestro pulso para señalar los personajes con pocos rasgos, la gracia con que se mezclan diferentes grupos y la prontitud con que se cambia de registro para no cansar... (RAUL SILVA CASTRO).

No se diría que (*Islas en la ciudad*) es una obra primeriza por la hondura de la trama y la penetración psicológica, por la facultad evocadora y el arte descriptivo, por la riqueza y crudeza de léxico y la corrección del estilo, por la atinada técnica constructiva. (MANUEL ESCORZA, *M. del Val*).

Corresponde anotar (respecto a *Islas en la Ciudad*) la habilidad técnica, el perfecto desembarazo revelado por la escritora y su dominio de los procedimientos... Es un espectáculo teatral, una película estimulante, no apta para menores, pero aptísima para los demás que quieran divertirse. (HERNÁN DÍAZ ARRIETA, *Alone*).

Aquí (en *Islas en la Ciudad*) se exhibe un confuso material, extraído de una turbia realidad, pero falta la maestría del arte, la sabiduría del estilo... (RICARDO LATCHAM).

La publicación de una novela semejante (*Islas en la Ciudad*), en que prevalece la falsedad de situaciones y personajes, novela agresiva y descaradamente impúdica, desprovista de autocrítica o de reflexión y con claras caídas en una vulgaridad cenagosa y maloliente, no ofrecería nada de particular si no contara con el aplauso de algunos críticos y de cierto público que creen ver aquí, precisamente aquí, nada menos que la renovación de la novelística chilena. (YERKO MORETIC).

Los personajes (de *Islas en la Ciudad*) son muy chilenos y, si se ponen a hablar en inglés o sueco, parecerán tal vez suecos o ingleses. (HERNÁN DEL SOLAR).

UN JUEGO DE SALON

JAMÁS LOS VASCOS doblamos la rodilla ante el rey de España —afirmó don Ernesto, irguiendo su altiva figura, mientras descargaba una de sus gruesas manos en el hombro de aquel funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Después, lanzó una ruidosa carcajada. —¿Y esta niñita preciosa, quién es? —preguntó, contemplando a la muchacha que conversaba con su mujer.

—Amiga de Carmen Gloria —explicó misia Carmen—. Se conocieron en el fundo de los Pinto, en el verano, y estudia teatro.

—Será usted una magnífica actriz —vaticinó el caballero—. Y fíjese en que se lo dice un viejo . . . un viejo que ha visto demasiadas representaciones en su vida.

Misia Carmen sonrió con su dulzura habitual. Librándose de la futura comediante se acercó al grupo, junto a la chimenea, donde su yerno Pedro Pablo le espetaba al joven diputado Sergio Valdés un discurso en contra de los Demócratacristianos. Su mirada buscó la mirada de Sergio, y dejó de oír a Pedro Pablo.

Se hallaban reunidos en la espaciosa habitación que servía de biblioteca, saboreando sus cócteles. La familia Garmendia-Arizmendi recibía espléndidamente a sus invitados, incluso en aquellas reuniones informales de

los sábados. Además, superando sus antecedentes vascos, eran desprejuiciados, sumamente dados al arte, a los juegos de salón y a las discusiones respecto a asuntos extraídos de la Biblia.

—Ni católicos ni comunistas; ni con Dios ni con el diablo. Indefinidos, eso es lo que son —concluía, ahora, Pedro Pablo.

—¡Qué lateros! Prohíbeles que hablen de política, mamá —gritó Carmen Gloria, colgándose de un brazo de su marido—. El ambiente está completamente muerto... Hay que animarlo.

—Es culpa de la lluvia. Me deprime terriblemente la lluvia —confió una señora alta y morena, intentando justificar su voz y sus gestos trágicos.

Pero la lluvia se escurría distante, en el fondo del parque de los Garmendia-Arizmendi. Caía encima de los prados y de los artísticos dibujos florales, más allá de los pesados cortinajes, chocando con el murallón que separaba la casa de la calle, en el barrio alto.

—¿Y si bailáramos? —insinuó Sergio Valdés.

—Todavía es muy temprano—. Misia Carmen sabía que nadie iba a marcharse antes de medianoche.

—Oigan: yo les propongo algo mucho mejor —anunció Pedro Pablo, quien, agotado el tema político, solía convertirse en un anfitrión bien educado e ingenioso.

Rápidamente se disolvieron los diálogos aislados, y las quince o veinte personas se aunaron en los sitios próximos a la chimenea.

—A ver...

—¿Un juego nuevo?

—¿Entretenido?

—No muy nuevo —se disculpó el yerno de los Garmendia-Arizmendi—. En Norteamérica se puso de moda hace montones de años... en la época de la manía por Freud y el psicoanálisis. Se trata simplemente de... desnudarse en público.

—¿Te has vuelto loco, niño?

—Misia Carmen, hablo en sentido figurado. Me refiero a desnudarse espiritualmente.

—¡Ah!

—Sí. Relatando la peor acción que hayamos cometido en nuestra vida.

—Una vez... a los trece años... yo maté a un pollito —confesó la alumna de teatro.

—¿Tonta o hipócrita? —indagó Sergio Valdés en el oído de misia Carmen.

Ella soltó una risita de complicidad. —Estudia arte dramático y piensa especializarse en papeles de ingenua— cuchicheó.

—¿Dará lo mismo contar nuestros malos deseos? —aclaró alguien.

—No... ¿quién no ha sufrido un complejo de Edipo, por ejemplo? —rebatió el funcionario de Relaciones Exteriores—. Si bien es cierto que el mal deseo antecede a la mala acción, existe la voluntad que frena...

—¡Gracias a Dios! —interrumpió la señora de los gestos graves, y añadió con inesperado aire de picardía: —Suponiendo que... efectivamente, usted tenga esas intenciones para con su madre.

—Bueno ¿qué es lo que pretendemos? ¿Divertirnos probando nuestra fantasía o aburrirnos cayendo en una confesión general? —protestó Sergio Valdés—. Porque... si se trata de lo último recemos el Yo Pecador.

Don Ernesto Garmendia escrutó esos rostros en los que se adivinaba cierta mezcla de malicia y de temor:

—Probemos nuestra fantasía —asintió—. Imaginemos la peor acción, y narrémosla igual que si la hubiéramos cometido.

—¿Quién empieza? —apremió Pedro Pablo.

—Si ustedes no se oponen, yo puedo empezar —ofreció el caballero.

Hubo segundos de expectación. Don Ernesto chupó su cigarro; aspiró el humo lentamente:

—Yo cometí el crimen perfecto —dijo—. Maté a mi mujer. La maté porque me engañaba desde hacía cinco años.

Los finos dedos de misia Carmen estrujaron el pie de un candelabro que descansaba en la repisa de la chimenea.

—¡Qué disparate, Ernesto! —masculló.

—¡Ay, mamacita, no te metas! la mujer del cuento de mi papá es una mujer inventada —chilló Carmen Gloria.

—La verdad es que lo sospeché todo el primer día... cuando ellos se conocieron —prosiguió el señor Garmendia, sin notar aquel paréntesis—. Nosotros llevábamos veinte años de matrimonio, y mi mujer era de las que no se resignan a que los años pasen y a vivir al margen del amor. De ese amor novelesco... que no calza con la realidad.

—Pero... aunque en forma distinta... usted la quería ¿no es cierto? —comentó la estudiante de teatro.

—En forma distinta —repitió él—. Y continuó: —Solamente aquéllos que hayan cumplido muchos años de matrimonio, muchos años oyendo respirar a la misma mujer, observándola vestirse y desvestirse, reír, llorar, mentir, podrán apreciar esa manera distinta de querer. Desgraciadamente, ella no aceptaba ésto. La pobre era exageradamente sentimental y, a la vez, frívola; una rara mezcla de extravagancia y puerilidad, de sueños heroicos y pretensiones adolescentes. Probablemente, al mirarse en el espejo, no advertía ningún cambio especial. Apenas una que otra arruga, algunas canas en las que no valía la pena reparar. Nada que transformara, avisándole que el tiempo de las grandes pasiones llegaba a su término—. Hizo una breve pausa. Calmadamente siguió el relato:

—Yo fui quién le presentó al hombre que se convirtió en su amante. El iniciaba una carrera política brillante y, aparte de su talento, de su buena presencia, de una irresistible simpatía, sabía elegir amistades influyentes. Por mi lado, yo era bastante vanidoso. Y me agradaba la sensación de... poder, que otorga el sentirse ayudando a los otros.

—¿Y no pensó usted en que su mujer se enamoraría de un joven tan atractivo? —inquirió la señora morena, entornando los párpados.

—Sí. Lo pensé... Y ésa, precisamente, era la prueba definitiva. Puesto que ella había escapado de caer en amoríos o aventuras sentimentales casi por milagro, y no porque estuviera consciente de que ni su edad, ni su posición, ni su lealtad a mí se lo permitían. Ya he dicho que pertenecía a la raza de las mujeres que no se resignan a envejecer.

—Luego... ¿tú reconoces haberle tendido una especie de trampa al presentarle a ese hombre? —objetó Sergio Valdés. Pese a la diferencia de edades tuteaba al señor Garmendia. Y agregó, retornando a un tono intrascendente. Se me acabaron los cigarrillos... Pedro Pablo, convídame uno ¿quieres?

El marido de Carmen Gloria hizo circular una caja de plata. Al abrir la tapa resonó una musiquilla hueca e infantil que se mantuvo vibrando en el ambiente.

—Es un juego profundamente inmoral —expresó una voz femenina.

—¿Una trampa? Tal vez —Don Ernesto no perdía su aplomo—. Yo necesitaba saber a qué atenerme. La fidelidad casual no me bastaba. Y... ya ves que no me equivoqué. A poco andar...

—¿Por qué esperó usted cinco años para cometer el crimen? —puntualizó el funcionario del Ministerio—. Los celos generalmente se desatan de inmediato...

—Comprenda que yo quería a mi mujer —replicó

el señor Garmendia—, y antes de realizar el crimen ese cariño debió experimentar numerosas evoluciones. Uno no es un criminal nato, mi amigo. No decide asesinar así... de buenas a primeras. Hay principios, escrúpulos... Fue imprescindible que naciera el odio para tomar la resolución. Y el odio tardó cinco años en germinar. Sesenta meses... mil ochocientos veinticinco días, durante los cuales ella siguió, en apariencia, inmutable; segura de que hacía lo justo, ignorando por completo su falta. Si le hubiera descubierto una actitud de remordimiento, de duda, la menor vacilación, yo... —Abandonó la frase en una nota alta, y calló unos segundos. Los demás también callaban. De pronto, retomó el hilo de su historia:

—No sé con exactitud cuánto demoré en planear el crimen. Recuerdo sí que lo llevé a efecto un domingo cuya fecha no viene al caso precisar. Habíamos reservado entradas para el cine con anticipación y, previamente, yo tenía arreglado, detalle por detalle, con la otra persona que participaría activamente en mi plan. Este era el hijo de unos inquilinos del fundo. Un individuo desequilibrado, un loco pacífico, al que no me resultó difícil convencer. Sus antecedentes me eran increíblemente favorables: tres meses recluso en el manicomio, en repetidas oportunidades preso por delitos menores... en fin, el tipo indicado. Le pagué una suma de dinero más o menos elevada, y él ejecutó al pie de la letra mis instrucciones. Adquirió un revólver de ocasión, y aguardó a la salida del cinematógrafo. En la puerta, a poquísimos pasos de la calle, disparó a quemarropa sobre mi mujer.

Intensamente pálida, misia Carmen se apoyó en el zócalo de la chimenea.

—¿Qué pasó en seguida? —interrogó la señora morena, en un clásico ademán de súplica.

Don Ernesto se encogió de hombros:

—Muy sencillo. Saqué una pistola y disparé contra el asesino. Naturalmente... fui absuelto. Maté en defensa propia. Todo el público que salía del cinematógrafo era testigo.

Hubo unos segundos de asombro, en los que se escuchó la lluvia siempre lejana, el crepitar de los leños, quizás si el golpetear de una rama en el ventanal que daba al parque. Fue Carmen Gloria quien rompió el silencio:

—¡Genial, papá! ¡Genial! —aplaudió—. Prométenos que te dedicarás a escribir novelas policiales.

—Especial para una obra de teatro —decretó la futura actriz.

—Suegro, es usted un peligro público—. Entusiasmado, Pedro Pablo batía una coctelera.

—Creo haber leído ese caso en un archivo, cuando desempeñaba un cargo en el juzgado de... —alcanzó a decir el funcionario de Relaciones Exteriores.

Don Ernesto le rodeó con uno de sus brazos fuertes, musculosos. —Mi querido amigo, la historia no pretende ser inédita. No olvidemos que la imaginación es en gran parte producto de la memoria.

Acababan de conectar una electrola que lanzaba al aire un son afrocubano:

—¿Bailemos? —sugirió Pedro Pablo a la señora morena. Y se alejaron enlazados. Ella, muy seria, reconquistando sus trágicos ademanes; él, divertido.

Entretanto, Carmen Gloria devoraba los bocadillos distribuidos en diversas bandejas, y el resto de los invitados se dispersaba por la sala.

Los ojos de misia Carmen se clavaron en los de Sergio Valdés. A hurtadillas, rozó con las suyas, frías, una mano del hombre. Mañana es domingo —susurró—. Iremos al cine... hemos reservado las entradas con anticipación... Y ese tipo es realmente hijo de unos in-

quilinos del fundo... Lo sacamos anteayer del manicomio...

El sonrió: —Carmencita, los crímenes pasionales pasaron de moda.

—¿Pasaron...?

—Claro que sí. Tranquilízate. Hoy no existen esos problemas. Y si existen, se arreglan por intermedio de un abogado... ¿Quieres bailar?

Entonces ella lo observó como si recién le conociera. “Un muchacho encantador, despreocupado, escandalosamente joven”, reflexionó. Percibió la música, insistente, aguda, y aquel peso, aplastándole la cabeza, impidiéndole moverse. Borrosas, las otras parejas giraban al compás del ritmo. Dijo:

—No, gracias. Estoy muy cansada... Ya soy vieja, Sergio.

En un rincón, don Ernesto y el funcionario del Ministerio se trezaban nuevamente en un debate:

—Los linajes castellanos —insistía el funcionario. Y el señor Garmendia establecía:

—Jamás los vascos doblamos la rodilla ante el rey de España.

LUIS ALBERTO HEIREMANS

Sus libros de cuentos le mostraron como prosista imaginativo, sobrio, que echa a andar entre la realidad y el sueño, con un sentido muy exacto del equilibrio. (HERNÁN DE SOLAR).

Sus protagonistas (en *Los Niños Extraños*, cuentos) están raramente desmenuzados en sus reacciones psicológicas con la acuciosidad de un científico y la fantasía de un buen narrador. (RICARDO LATCHAM).

Se ve en las primeras páginas (de *Los Demás*, cuentos) que tiene tacto y uña de escritor, y en las postreras, debe reconocerse que se halla entre los maduros. (MARIO OSSES).

Heiremans es un escritor intelectual, destinado a ser comprendido por las minorías. (MARGARITA AGUIRRE).

El talento de un valor como Heiremans se ve amenazado por esta evasión constante de la realidad chilena, evasión que se está transformando en fenómeno común en los creadores de su generación. (ORLANDO RODRÍGUEZ).

El tema de *Es de Contarlo y no Creerlo* no logra cuajar en una forma teatral eficiente y aparece como indeciso, incierto... (ANTONIO ROMERA, *Critilo*).

M I G U E L I T O

Y MIGUELITO?

—No está.

—¿Salió?

No hubo respuesta.

—¿Y a qué hora volverá?

—¡Cómo voy a saberlo yo!

—El me llamó esta mañana. Dijo que quería verme.

¿Está enfermo?

—De porfía, de eso es de lo que está enfermo. Le dije que no saliera; pero salió no más.

—Voy a esperarlo.

—Usted sabrá.

Hacia años que conocía a Carmela, la empleada de los Grajales, por eso no me sorprendió su tono. Vivía de mal humor, hablando en monosílabos y protestando en voz baja. Ahora la vi alejarse a través del pasillo, rezongando siempre, hacia la cocina.

Me senté. El salón de los Grajales no era muy acogedor. Sobre todo ahora que casi nunca abrían los postigos de las ventanas que daban hacia la calle, de modo que la atmósfera era pesada. Aquí, hacía ya dos meses, habían velado a Rosario, la hermana de Miguelito, y todavía me pareció percibir en el aire el perfume de las coronas. Miré el lugar donde habían colocado el

ataúd y sólo descubrí el sofá oscuro y el famoso retrato de la señora Grajales. Me miraba sin verme, envuelta en tules y con el cuello largo y fino, tal cual había sido, una de las bellezas de su tiempo.

Yo no alcancé realmente a conocerla. Dos o tres veces la divisé por la avenida Bustamante, caminando con la altivez de una mujer acostumbrada a recibir homenajes. Me contaron que había enviudado a temprana edad y jamás volvió a casarse. Lo cierto es que se encerró con sus dos hijos, Rosario y Miguelito, en esta casa donde ahora me encontraba y hasta su muerte, ocurrida hace ya algunos años, sólo se le veía muy de tarde en tarde paseando por el barrio.

No muy lejos, las campanas de una iglesia dieron las ocho.

—¡Carmela! —llamé; pero nadie me contestó. Salí entonces a buscar a la mujer y cruzando varios corredores, bajé a la cocina.

—Carmela, voy a tener que irme. Tengo que visitar a otros enfermos.

—Bueno.

—Le dice a Miguelito que no pude esperarlo más y que pasaré mañana.

—Bueno.

Cuando me aprontaba a partir, se oyó alguien que corría escalera abajo. A los pocos segundos apareció Miguelito. Venía muy agitado, rojo, sudoroso y en sus ojos brillaba la picardía de alguien que acaba de cometer una maldad.

—Doctor, doctor, creí que nunca iba a llegar. Perdóneme. ¿Me perdona? Nunca he visto carros más lentos. Si son eternos... ¿Carmelita, todavía estás enojada? No seas mala. Tenía que ir a dejarle flores a Rosario. Hoy se cumplían dos meses...

Se interrumpió. Los ojos se le llenaron de lágrimas; pero hizo un esfuerzo y sonrió. Miró entonces a Car-

mela y con gesto brusco desató el nudo de su delantal. La mujer se dio vuelta hacia él, entre enojada y contenta, exclamó: "Deja, tonto" y volvió a sus quehaceres. Miguelito rió, una risa súbita, poco sincera, coqueta. Volvió a desatar el lazo. Adiviné que se trataba de un juego secreto.

—Vamos, Miguelito. Subamos a tu cuarto. Quiero examinarte luego, mira que tengo que ir a hacer otras visitas.

En el segundo piso, la pieza de Miguelito, que también había sido la de Rosario, ocupaba la totalidad del ala izquierda. Era un cuarto mucho más largo que ancho, casi un corredor, con las camas colocadas una tras la otra como los vagones de un ferrocarril. El lecho de Rosario aún estaba ahí y se lo hice notar.

—Ay, no, doctor, no puedo sacarlo. Me sentiría tan solo y usted sabe que la obscuridad me aterra. Por lo demás, Carmela está durmiendo aquí. Me ha estado acompañando desde que Rosario... desde que se nos fue —y levantó hacia mí su rostro:— ¿Me va a examinar?

Siempre me había impresionado ese rostro. Parecía el de un niño, o más bien, una máscara de niño colocada sobre un rostro de viejo.

—¿Qué edad tienes, Miguelito?

Titubeó. No le gustaba confesar su edad.

—Si usted sabe, doctor.

—No. No me acuerdo.

—Voy para los cincuenta y tres —y se apresuró a agregar— eso quiere decir que todavía no los he cumplido.

—¿Qué es lo que te ha pasado?

—Esta mañana desperté completamente ronco. Pero ahora parece que se me quitó. Usted mismo me ha dicho que esté alerta. Recuerda la bronquitis que tuve el invierno pasado cuando la pobre Rosario estaba tan

enferma, y luego el comienzo de neumonia, después del entierro, cuando me mojé los pies.

—Veamos esos bronquios. Desvístete.

—¿Por qué no me examina por encima no más, doctor?

—Miguelito, no vas a empezar a porfiar como todas las veces. Sácate de una vez por todas la ropa.

Un extraño pudor lo invadía. Bajó la vista, perdió la seguridad que hasta entonces tenía y con manos nerviosas empezó a desabrochar botones, a deshacer nudos, a quitarse una a una todas las prendas que lo cubrían. Por fin apareció el torso, muy delgado, con las costillas diseñadas bajo la piel lisa, casi infantil. No obstante si uno contemplaba con atención, descubría que esa piel había perdido su turgor, que súbitamente se hacía flácida y delataba la edad.

Cuando recién comenzaba a examinarlo, Carmela irrumpió en la pieza.

—¿Qué es eso que hay allá abajo?

—Por Dios, Carmela, golpea antes de entrar. ¿No ves que el doctor está examinándome?

—¿Qué es?

—¿Qué no lo viste?

—No le he dicho que no quiero gatos en la casa.

—Pero Carmela...

—¿De dónde lo sacó?

—Me lo regalaron.

—Claro, se lo regalaron. Como no que le voy a creer.

—Bueno, iba por el Portal y un hombre me lo ofreció. Un hombre que tiene la nariz brotada.

—Y se lo compró.

—Sí.

—Va a ir a devolverlo. No quiero gatos en esta casa.

—Pero si no es un gato, Carmela. Es una gata, una gatita, un amor.

—Mañana mismo va a ir a devolverlo.

—No, Carmela, no, no, no. Convénzala usted, doctor. Sea bueno. Que mal hay en tener un gato. Dícen que un animal acompaña y desde que Rosario... me siento tan solo.

—Carmela, yo creo que si Miguelito se compromete a cuidarlo él mismo...

—No quiero gatos en esta casa. A la señora nunca le gustó tener animales.

—Pero yo soy el que manda ahora —interrumpió Miguelito—. Yo soy el patrón.

Durante algunos segundos los vi erguirse el uno frente al otro. Las miradas se cruzaron: dura, impenetrable la de Carmela; voluntariosa la de Miguelito.

—Haga como quiera —y salió dando un portazo. Miguelito me miró con los ojos llenos de sonrisa, como si dijera: “Gané, siempre gano”.

Todos los males de Miguelito resultaron ser imaginarios. Lo hice vestirse, le prescribí unas gotas y me apronté a partir. Miguelito me acompañó hasta la puerta.

—Gracias, doctor, y muchas gracias por haberme ayudado a defender a Soledad.

—¿Soledad?

—Es como pienso ponerla a la gatita. Rosario y yo siempre dijimos que si alguna vez teníamos una hija nos gustaría llamarla Soledad. Claro que para eso uno de los dos habría tenido que casarse...

Cuando Miguelito principiaba a hablar, podía hacerlo durante horas. Lo interrumpí.

—Bueno, hasta muy pronto y cuida a Soledad. Y cuídate tú también.

—Se lo prometo, doctor. —hizo una venia—. Veinte gotas después de cada comida, sin hacer arcadas, como un niño obediente.

Acababa de despedirme del último cliente del día, cuando escuché voces en la antesala. Pocos minutos des-

pués la puerta se abrió descubriendo a Miguelito trabado en lucha cuerpo a cuerpo con Graciela, la enfermera.

—Tengo que verlo. Dos segunditos no más, dos segunditos. ¡Ah! Doctor, menos mal que no se ha ido. Dígale que me deje pasar.

—Déjelo entrar, Graciela.

La enfermera se detuvo, me miró como si estuviera masticando un limón y dijo:

—Como el doctor me ha ordenado que no reciba a nadie después de las horas de consulta.

—Está bien, Graciela. Puede irse.

—¡Qué monstruo! —exclamó Miguelito al cerrar la puerta—. Por poco me desangra a rasguños. Como puede vivir, doctor, con una furia como ésa.

—La escogió mi esposa, Miguelito. Una amiga venida a menos de mi suegra que necesitaba trabajar.

—Yo preferiría darle una pensión mensual. Pero en fin no he venido a hablar de ella. Se trata de lo siguiente, doctor: Carmela no quiere que la llame Soledad. Y usted tiene que ayudarme a convencerla. No quiere que la llame Soledad y no quiere hacerle de comer. La pobrecita tiene que comerlo todo crudo, porque yo nunca he sabido cocer ni una papa. Rosario había aprendido algo, no mucho, a ella sobre todo le interesaba el jardín, las flores y nuestro herbario, pero ¿qué le estaba diciendo? Ah, sí, no le cocina; pero ya no la ignora. Hasta le puso un cojincito en el canasto. El otro día cuando me di cuenta, le pregunté si ella lo había puesto ahí. Me contestó que qué cojín, que qué canasto, usted la conoce. Bueno, para resumir, esta mañana me oyó llamarla Soledad y se irguió como una furia. Igual que su enfermera. Me dijo que me prohibía llamarla así. Hasta me gritó, doctor...

Debo confesar que en un principio no comprendí muy bien de qué hablaba. Pero luego recordé la gata y

pude seguir el desarrollo de la historia. Mientras conversaba, se entretenía en lanzar pelotillas de algodón en el recipiente con yodo. Le arrebaté el frasco y lo guardé con el resto del instrumental.

—Me encanta su oficina, doctor —se detuvo frente al grabado tradicional: el médico que defiende a una mujer del abrazo de un esqueleto—. Me habría encantado ser médico. Hace cuatro o cinco años, para mi fiesta, Rosario me regaló un juego de doctor con jeringa y tubitos de remedios... y ese aparato que usted se pone para escuchar. ¿Totoscopio no lo llama?

—Estetoscopio.

—Eso es. Me habría encantado ser médico. Claro que me habría gustado ser tantas cosas —enmudeció durante un brevísimo instante y luego dándose vuelta, concluyó con toda simplicidad—. Y no fui nada.

Corrió hacia el armario donde yo acababa de guardar las pinzas y los bisturíes. Abrió las puertas de vidrio y se extasió ante el brillo de los metales.

—¿Qué vamos a hacer, doctor?

—¿Con qué?

—Con Carmela. Tengo que convencerla de que me deje llamar Soledad a la gata.

—Síguela llamando Soledad cuando no estés con Carmela. Poco a poco se irá acostumbrando. Hay que buscarle el lado a las cosas, Miguelito. Si se conserva la sangre fría, la batalla está ganada de antemano.

—¡Qué idea tan estupenda!

De un salto se irguió, tomó su sombrero, los guantes y corrió hacia la puerta. Una vez allí, se detuvo. Permaneció inmóvil durante algunos segundos y luego se volvió. Era otra persona. Ya no estaba nervioso y la máscara que cubría sus rasgos había desaparecido revelándose lo que era, un hombre de cincuenta y tres años.

—¿Qué te pasa, Miguel?

Me miró durante un largo rato y luego dijo:

—El único pecado es estar solo ¿verdad?

Un silencio definitivo cayó sobre la pieza. Permanecimos mudos el uno frente al otro. Y en ese momento comprendí lo que le sucedía. Bastó un segundo para aprehender esa vida súbitamente frustrada y sola.

—Me voy, doctor —la voz de Graciela que entreabría la puerta.

No respondí. Sin saber por qué, quise prolongar aquéllo. Pero ya algo se había roto y poco a poco la pieza se llenó de ruidos: el portazo que dio la enfermera al salir, un tranvía que pasaba por la calle, las débiles detonaciones del mechero, nosotros mismos, tosiendo, moviéndonos, súbitamente conscientes y como avergonzados.

—¿Qué?

Miguelito había vuelto a esconderse. Riendo con la falsedad de siempre, procedía a ponerse los guantes como lo habría hecho una solterona, Rosario por ejemplo.

—¿Cómo?

—Hablaste de la soledad.

—Soledad, la gatita, es el nombre que quiero ponerle.

—No. Te referías al hecho de estar solo.

—Ah. ¡Eso! Bueno, todos lo estamos ¿no es cierto, doctor? Mamá siempre lo decía: uno nace, vive y muere solo. Gracias a Dios, yo tengo —se corrigió— tuve a Rosario. Mientras estuvimos juntos, nunca me sentí solo. Pero ahora es distinto.

—¿Cómo así?

—Despierto en las mañanas y no sé qué hacer. Antes regábamos el jardín y en el invierno nos ocupábamos del herbario. ¿Usted conoce el herbario, doctor? Una vez un profesor vino a verlo... Y las tardes son tan largas ahora; pero las noches son peores. A Carmela no le gusta que le lea en voz alta, a Rosario le encan-

taba. Carmela dice que las noches son para dormir. Pero ya le he contado todas mis tragedias...

—¿Y tus parientes?

—Supongo que todavía quedarán algunos. Mamá peleó con todos y no los volvimos a ver.

—¿Y no tienes amigos?

—Rosario fue mi única amiga.

—¿Y Carmela?

—Ella es mi mamá. Como nos vio nacer, sólo sabe retornos. Pero ya es hora de que me vaya.

—Iré a verte muy pronto.

—Sí, sí, venga a verme.

—Esta semana, no, porque tengo mucho trabajo. Pero la próxima...

—Venga, venga a verme y le mostraré a Soledad.

—Y trata de no sentirte solo, Miguel.

—Ahora sí que es cierto que me voy. Hasta pronto, *au revoir* —hizo un guiño, estiró la nariz, esbozó casi un beso con los labios; pero aún no partía. Con la mano en la perilla de la puerta, volvió la cabeza y dijo

—Ay, doctor, nunca me llame Miguel. Yo soy Miguelito. Entonces sí desapareció.

A veces me pregunto si soy responsable por lo que sucedió. Tal vez si yo hubiera ido a verlo o si por lo menos le hubiese enviado una nota invitándolo a mi casa... No hay duda: algo podría haber hecho. Pero en cambio dejé pasar las semanas, los meses y simplemente lo olvidé.

Pero una mañana, cuando me aprontaba a partir al hospital, la empleada vino a decirme que un señor Grajales me esperaba en mi consulta.

Era Miguelito. Mucho más delgado, más nervioso. Daba la impresión de un hombre perseguido.

—¡Miguelito! ¡Qué gusto de verte! ¿Por qué te habías perdido?

—Usted había prometido ir a verme.

—Así es; pero tú sabes lo atareada que es la vida de un médico. Siéntate, por favor siéntate. ¿Qué se te ofrece?

Habló en voz baja, como si temiera que hubiese alguien escuchando tras la puerta:

—Doctor, tiene que ayudarme. No sé qué hacer, no sé a quién recurrir. Estoy desesperado, no puedo más...

—Hundió el rostro entre las manos. Lo vi morderse los nudillos, tratando de retener los sollozos—. No puedo más, no puedo más...

Me acerqué a él, lo tomé por los hombros y traté de apaciguarlo. Entonces él agarró mis manos y, dándose vuelta, se abrazó a mi sollozando como un niño. Poco a poco el llanto se calmó. Le traje un vaso de agua, se lo hice beber y cuando noté que la crisis pasaba, dije:

—Ahora cuéntame todo. Desde el comienzo.

Fue una larga historia entrecortada por aquellas inspiraciones rápidas con que el llanto concluye. A medida que avanzaba se hizo más coherente, más detallada, casi insoportable al final. Se trataba de lo siguiente: ¿Recordaba la última vez que había venido a verme? Bueno, desde entonces Carmela había cambiado. No sólo accedió a llamar Soledad a la gata sino que se interesó por ella. La cuidaba, le preparaba sus comidas, la mimaba. Y en cierta forma su existencia giraba en torno al animal.

—¿Pero no era eso lo que querías?

—Sí. Eso no me importa, doctor. No es eso sino ¿cómo explicarle? Es lo que le ha sucedido a Soledad.

—¿Qué?

—Se ha transformado. Cuando la traje a la casa era más grande que un gato de su misma edad; pero ahora ha seguido creciendo. Se ha transformado en... en un monstruo.

Cuando escuchó golpes en la puerta, abrió los ojos con pavor. Era Graciela.

—Déjenos solos, Graciela.

—¿Y no piensa ir al hospital? —parecía una madre que hubiese sorprendido a su hijo haciendo la cimarra.

—Sí, más tarde. Telefonée para decir que voy a atrasar un poco.

Cuando hubo salido, interrogué a Miguelito:

—¿Un monstruo?

—No sé cómo explicarle. Tendría que verla. Pero Carmela no deja que nadie se acerque a ella. Hay días en que a mí también me prohíbe entrar a la pieza donde está Soledad. Pero eso no me importa. Lo único que quiero es que se la lleven. No puedo seguir viviendo ahí, doctor. Ayer por ejemplo me acerqué a acariciarla y la sentí crecer bajo mi mano, así, de golpe. Es horroroso. No puede imaginarse el miedo que me dio. Apoyar la mano sobre algo vivo que súbitamente cambia de forma, se agranda, se hace *distinto*...

—¿Pero es verdad lo que me estás contando?

—Carmela no quiere echarla. No hay manera de convencerla. Cada vez que empiezo a hablar, a pedirle, a suplicarle, me da vuelta la espalda y se encierra en la pieza de Soledad con llave.

Las diez campanadas de una iglesia cercana interrumpieron nuestra conversación. En la fuente de soda frente a la casa descargaban cajones de cerveza y el entrechocar de las botellas llenó el silencio.

—¡Dios mío, las diez! Escúchame, Miguelito, tengo que irme al hospital. Esta tarde paso a verte a tu casa y allá conversamos.

—¡Ay, no! No podemos hablar allá. Carmela ni siquiera tiene que saber que yo vine a verlo.

—Entonces ven mañana, en la mañana, temprano.

Nos despedimos en la vereda. El camión cervecero trataba de partir. Lo contemplamos durante algunos se-

gundos, escuchamos el ruido del motor, los cambios y luego lo vimos alejarse por la calle. Sólo entonces Miguelito agarró mi mano, me miró en los ojos y suplicó:

—No se vaya a ir mañana, doctor. Por favor espéreme.

—Te prometo que te esperaré —dije y me sentí profundamente culpable por no haberlo ido a ver.

Esa tarde decidí ir a la casa de Miguelito, me cercioré de que él no estaba y le planté el problema a Carmela. Le dije que Miguelito sufría una depresión nerviosa, que debía cuidarlo, que tenía que desprenderse de aquel gato que parecía ser la causa de su mal.

—No. Soledad no se irá.

—Carmela, sé razonable. ¿Qué no ves que puede ser peligroso para Miguelito? Mañana mandaré a alguien para que se lleve al gato.

—No, doctor.

—Pero, Carmela, tú no mandas aquí.

Un rayo cruzó sus pupilas, pero la voz no varió.

—Si Soledad se va, yo también me voy y Miguelito se quedará solo. Ya se lo dije a él mismo. Se quedará solo.

Solo. De pronto la palabra creció en esa pieza, se hizo real, casi una presencia. Quise hablar para destruir la sensación.

—Pero ¿por qué? ¿Es cierto entonces lo que me contó Miguelito?

—¿Qué?

Le expliqué lo que me había dicho esa mañana. Carmela se mantuvo inmóvil; pero supe que dentro de ella sucedía algo.

—Claro que es mentira. Son cosas que inventa. La miré.

—¿Por qué no me dejas verlo?

—Está durmiendo — y sostuvo mi mirada.

Supe que era inútil insistir y, diciéndole que vol-

vería al día siguiente, abandoné la pieza, crucé el corredor, salí a la calle. Al cerrar la puerta, escuché la voz de Carmela:

—Soledad, Soledad. ¿Dónde te has metido, mi hijita?

A partir de entonces los hechos se precipitaron. Cuando crucé la avenida Bustamante, sentí caer las primeras gotas de lluvia. Dos horas más tarde, en mi biblioteca, escuchaba la tempestad arreciar sobre la ciudad.

Mi esposa entró a decirme que llamaban por teléfono y agregó:

—Si es un cliente, dile que no puedes ir, que estás enfermo, cualquier cosa. Está lloviendo muy fuerte.

Resultó ser Miguelito. La voz era angustiada.

—Estoy llamándolo desde el almacén de la esquina, doctor. Le dije a Carmela que tenía que llamarlo.

—¿Qué pasa?

—No quería que viniera solo, así es que me acompañó. Está en la otra pieza.

—Pero ¿qué es lo que pasa?

—Doctor —y fue casi un grito— tiene que venir inmediatamente. No sé cómo Carmela supo que yo había ido a verlo esta mañana. Está furiosa. Se lo ha dicho a Soledad, estoy seguro de que se lo ha contado. Si viera cómo me miró cuando volví, como si me fuera a devorar. No puedo soportarlo, doctor, no puedo...

Unos sollozos interrumpieron el monólogo. La voz se quebró y escuché el silencio muerto de un fono descolgado.

—¡Aló! ¡Aló! Miguelito, contéstame...

—Sí, doctor, aquí estoy. Prométame que vendrá. ¡Ah! Y traiga su revólver. Lo tengo todo planeado. Hay que matarla, es la única solución.

—Miguelito, cálmate.

—Por favor, doctor, traiga el revólver... sí, sí, doctor, dos pastillas antes de acostarme.

—Miguelito ¿qué pasa?

—Dos, sí, sí, no me olvidaré. Se lo diré a Carmela que está aquí, a mi lado, por si se me...

—Miguelito, déjame hablar con Carmela.

—No, doctor.

—Déjame hablar con ella.

—No se me olvidará. Buenas noches, doctor.

La comunicación se cortó. Permanecí junto al teléfono como si acabara de hablar con un fantasma. La lluvia vino a estrellarse contra los cristales de la ventana y el ruido me devolvió a la realidad: el salón iluminado y protegido, mi esposa ayudando a Ramoncito a hacer las tareas, el perro durmiendo en un rincón.

—Voy a tener que salir.

—¿Quién era?

—Miguelito Grajales.

—¿Ese loco que vive en Bustamante?

—Sí.

—Admiro la paciencia que tienes. Molestarte por cualquier histérico. Espera al menos que esté lloviendo menos fuerte.

—¿Tú crees?

—Buena, tú sabes lo que haces.

No fui. Regresé a la biblioteca, tomé el libro y comencé a leer. Dos o tres veces la voz angustiada de Miguelito volvió a asaltarme como un eco. "Iré cuando ya no llueva tan fuerte", me dije. Y debo haberme quedado dormido en el sillón.

Cerca de medianoche desperté con la sensación de que algo sucedía. Mi esposa entró anudándose el cinturón de su bata.

—Te buscan —exclamó con rabia—. Hace media hora que toca ese timbre.

Y volvió a salir. De inmediato pensé en Miguelito

y me sorprendí al encontrar a Carmela al pie de la escalera. Traía la expresión severa y un paraguas chorreando entre las manos.

—Doctor, tiene que venirse al tiro a la casa.

—¿Qué ha pasado?

—Un accidente, doctor. Miguelito...

—¿Qué?

—Se cayó escalera abajo. Tropezó en la alfombra y rodó para abajo.

Cuando llegamos a la casa, Miguelito ya había muerto. Estaba tendido sobre el lecho en su cuarto largo y angosto como un ataúd. Tenía las ropas desordenadas y el rostro rasguñado.

—¿Y esto? —pregunté.

Carmela no cesaba de ir y venir, ordenando juguetes, corriendo las cortinas, presa de una nerviosidad desconocida en ella. Cuando le hablé, se detuvo como un animal atrapado en una trampa.

—¿Qué, doctor?

—Estos rasguños.

—Se los debe haber hecho al caer —contestó sin titubear—. Yo no los había notado. Estaba en la cocina cuando sucedió el accidente y desde allí escuché el ruido.

—¿Rodó toda la escalera?

—Sí, debe haber tropezado en la alfombra que está deshilachada. Yo se lo había advertido; pero es tan porfiado.

—¿Y cómo volvió a subir hasta acá?

—Yo lo ayudé, doctor.

—¿Entonces no había perdido el conocimiento?

—No, doctor. Estaba mareado no más. El mismo me dijo que lo fuera a buscar a usted —de pronto me miró:— ¿Por qué me pregunta eso? No es nada grave lo que tiene, se le pasará luego ¿no es cierto?

—No, Carmela. Está muerto.

Retrocedió como si la hubiese herido.

Ya no llovía. Un gran silencio invadió el cuarto. La muerte se había instalado ahí adentro. Desde la pared, desde su retrato, Rosario miraba el cadáver de su hermano y le sonreía: el vínculo volvía a establecerse, estaban juntos una vez más.

Fue entonces cuando escuché el maullido. Más bien un grito que traspasó ese silencio y me clavó en mi sitio. Miré a Carmela. Ella me miró. Nada dijo, nada habría podido decir, porque por segunda vez volvió a oírse el gruñido.

—Es Soledad. Siempre se pone así cuando el tiempo está revuelto.

—Ven, Carmela. Vamos a otra pieza que quiero hablarte.

Salí al corredor y cuando quise abrir una de las puertas, Carmela la cerró de golpe diciendo:

—No, ahí no hay luz. Vamos al salón.

Bajamos.

—Carmela, voy a preguntarte algo muy importante, así es que tienes que contestarme la verdad. Dime ¿es cierto que Miguelito resbaló por la escalera?

—Claro que sí.

—¿Estás segura?

—Bueno, eso fue lo que él mismo me dijo cuando lo encontré.

—Carmela, estás segura de que ese gato...

—¿Qué?

—¿No lo atacó?

—¡Miren las cosas que se le ocurren! No me va a decir que todavía cree lo que le contó Miguelito.

No supe qué decir. Había empezado a llover nuevamente y, en cierta forma, el rumor reconfortaba.

—Carmela, te lo pedí esta tarde y ahora te lo pido de nuevo. Déjame ver a ese animal.

—No.

—¿Por qué?

—Porque se pone muy nerviosa con la lluvia. No le gusta ver a nadie.

Sin responder me dirigí a la escalera. Carmela corrió tras de mí, me sujetó por el brazo y gritó:

—No suba.

Me detuve. La supe dispuesta a todo y sentí miedo. Sentí un gusto amargo en la boca, un frío en la espalda y, en silencio, bajé los dos escalones que había alcanzado a subir. Sin agregar otra palabra salí a la calle y volví a mi casa.

Algunos meses más tarde divisé a Carmela en la calle. En un principio, trató de evitarme; pero el encuentro tenía que producirse.

—¿Cómo te ha ido, Carmela?

—Aquí andamos.

Había enflaquecido. La piel estaba tensa sobre sus rasgos y tenía un extraño cansancio en la mirada.

—¿Dónde estás viviendo ahora?

—Donde mismo. El niño había hecho testamento cuando murió la Rosarito y me dejó la casa.

—Pero te debes sentir muy sola en ese caserón.

—Una vieja como yo no necesita compañía.

Nos despedimos y la vi alejarse por la calle, casi como una sombra de lo que había sido.

Esa tarde, por curiosidad, pasé frente a la casa de los Grajales. Varios edificios modernos se alzaban en torno; pero la casa con columnas persistía ahí, una especie de isla anacrónica. El tiempo había causado estragos: dos columnas estaban trizadas y no tardarían en caer convertidas en polvo. Los cristales de las ventanas habían sido rotos y reemplazados por trozos de cartón o tablas. Un jardín salvaje venía a estrellarse contra los muros. Ya era demasiado tarde para reparar cosa alguna. Sólo cabía esperar que se derrumbara del todo para volver a construir sobre el terreno.

Algunos meses más tarde, un hecho vino a cerrar, como un círculo, la historia de esas vidas.

Una tarde que estaba de turno en la Posta de mi barrio, llegó una mujer que contó lo siguiente: ella vivía al término de la avenida Bustamante, cerca de una casa grande con columnas...

Cuando la camioneta se detuvo frente a la dirección que la mujer había indicado, comprobé sin sorpresa que se trataba de la casa de los Grajales. Me introduje por la misma ventana que había forzado la mujer y me dirigí a la cocina. Al avanzar por los corredores, me di cuenta que algo había sido liberado ahí adentro, algo que se adueñaba de la casa misma, una especie de muerte retenida durante demasiado tiempo.

Descubrí a Carmela sentada en un silla de paja junto a su cocina. Ya no respiraba. Fui a llamar a los mozos para que la transportaran a la Morgue. Mientras cumplían mis órdenes, recorrí la casa, habitación por habitación; pero no pude encontrar lo que buscaba. La gata había desaparecido, dejando eso sí una sensación de vacío irremediable, algo tremendo ante lo cual uno sólo deseaba retroceder. Y de pronto recordé la frase de Miguelito: El único pecado es estar solo ¿verdad?

Al día siguiente telefoné a la Morgue para saber de qué había muerto Carmela. Uno de mis amigos me dijo:

—Es sumamente curioso. Todavía no se han hecho exámenes prolijos; pero todos los órganos parecen estar sanos. Hasta la fecha lo único que se ha encontrado es la huella de unos dientes en el cuello, a nivel de la carótida, como si hubiese sido mordida.

Colgué. Quise volver rápidamente a mi casa, hablar, sentirme entre otros seres humanos, no estar solo. Tal como había dicho Miguelito, la soledad era el único pecado. El lo sabía y sin embargo la había dejado entrar. Ahora ya era demasiado tarde. Ambos habían sido devorados por la bestia.

ALEJANDRO JODOROWSKY

A NADIE LE importó cuando encontraron su pieza desierta. La dueña dijo: "El de la 13 ha desaparecido". Siguieron comiendo. Un pensionista volcó el arroz sobre su armadura. Mientras limpiaba, un mozo aprovechó para comentar: "Yo sabía que el tal Octavio iba a desaparecer; por eso no me preocupaba de asearle la pieza". Siguieron comiendo.

Octavio, en la Universidad, fue mal considerado por faltar a los cursos de Alquimia y Lanza; el profesorado llegó a despreciarlo; el Abad le negó el ingreso al Centro de Investigaciones Fonéticas y no merecía ser rechazado; era un buen estudiante aunque no de las materias que interesaban a los otros.

Había creado una teoría: "La Voz no surge de las cuerdas vocales ni del aire que las remece. Existe sin que nadie la produzca. Sólo que está prisionera en los músculos de la garganta y depende de la voluntad". "Quiero libertarla. Hacer que salga por cualquier parte del cuerpo: por un ojo, por una mano. Conseguido esto, independizarla de mi voluntad. Entonces sonará cuando y por donde ella quiera. Yo la oiré".

Abandonó la ciudad universitaria y arrendó un cuarto en una pensión. Como no se asomaba al corre-

dor, llegaron a olvidarlo. El mozo no lo atendía. Su cama se pobló de parásitos y tuvo que acostumbrarse a las privaciones: podía permanecer semanas masticando pan duro y bebiendo agua. Ni siquiera necesitaba dormir; afiebrado, velaba trabajando según sus métodos.

Después de mucho, cuando, como las ratas a un barco derruido, los bichos iban abandonándolo por no tener qué succionar en su piel seca, encontró lo que buscaba. Al roer aquella noche el pan y herirse con la corteza, emitió una exclamación que salió por una pierna. Enloqueció de júbilo, escapó desnudo a la calle... A nadie le importó. Siguieron comiendo.

Octavio, en cueros, no podía ir lejos. Los cubos de madera del pavimento se hinchaban absorbiendo lluvia. Las llaves colgadas ante el gremio de los maestros cerrajeros sonaban removidas por el viento del mar; al mismo tiempo se balanceaban los avisos neón de las bebidas gaseosas. Detrás de los vitrales las hijas, junto al teléfono, tocaban el laúd y lejos, las flores de los naranjos enanos perfumaban el aire revuelto de los extramuros mientras Octavio seguía, con los pies descalzos, caminando sin rumbo y hablando por todas partes de su cuerpo, incluyendo las secretas.

Pronto, la baja temperatura lo volteó. Cayó ante una puerta carcomida. Lo oyó maese Brumstein.

Maese Brumstein fabricaba a mano sus botines. En seguida los vendía a plazos. Nadie le pagaba más de la mitad del precio estipulado. Cuando iba a cobrar el saldo, se negaban, objetando que el calzado era de mala calidad. Si el zapatero insistía, le daban una botella de aguardiente y lo echaban a palos. El anciano regresaba a la zapatería; llorando, tragaba el alcohol y, ebrio, llamaba a su dios, Zipelbrúm, muñeco de madera con voz humana que un día iba a llegar para darle la felicidad.

Entonaba sus salmos cuando sintió golpear contra la puerta. “¿Quién interrumpe mi oración a esta hora? ¡Iré a ver!”. Vio a Octavio tendido. Sintió estremecimientos, comeción de ojos, zumbos de oídos. Con la lengua seca dijo: “¡Llégó Zipelbrúm!”... Octavio tenía la piel tan endurecida que fácilmente se le podía confundir con madera.

Maese Brumstein entró al desmayado, buscó un martillo, y clavó a Octavio en la pared, encendió tres velas delante de él y esperó.

Octavio al despertar creyó que soñaba. Se encontró clavado en una pieza oscura repleta de botellas vacías, trozos de cuero y hormas de yeso; con un viejo ebrio, de rodillas, que lloraba golpeándose el pecho con un zapato a medio hacer.

—“¿Quién eres?” —preguntó.

—“¡Tiene voz humana! ¡Habla sin mover la boca: es de madera! Zipelbrúm: yo sabía que alguna vez ibas a venir para traerme la felicidad”.

—“¿Qué felicidad esperas de mí?”.

—“¡Qué me paguen las deudas!... ¿Será éso? Si me las pagan tendré dinero. Si uno tiene dinero es pernicioso embriagarse. Vendrá el burgomaestre y me dará un sermón; vendrá un policía y me impondrá multas; vendrán los vecinos a pedirme que entre al club de los maestros abstemios; me harán la vida imposible y ya no podré beber ni cantar mis salmos... Cierto es que no hay necesidad de salmos pidiendo que vengas porque estás aquí. ¿Qué voy a cantar ahora? Esa era mi felicidad. Tú me tienes que decir cuál será la nueva”.

—“No sé qué pueda ser la felicidad para tí estando yo en tu pieza”.

—“¡O me dices o te golpeo!” —dijo maese Brumstein, sacando un látigo.

—“¡Créeme, no sé” —contestó Octavio asustado.

—“¡Zipelbrúm lo sabe todo!” —gritó el vieja y co-

menzó a azotarlo. Vapuleaba con tanta furia que Octavio empezó a quejarse a través de todos sus poros. Estos lamentos enardecieron más al zapatero, quien, bebiendo aguardiente y dando latigazos, amenazaba continuar golpeando durante horas.

*¡Ahora tengo qué hacer cuando bebo:
Azoto a mi señor Zipelbrúm!*

Este nuevo canto no era místico sino sensual.

Algo pasó en Octavio. Exhausto, había dejado de gritar y, sin embargo, la voz le sonaba a través de las vísceras.

—“¡Gracias, maese Brumstein! ¡La Voz se ha liberado de mi voluntad!”.

El zapatero estaba perplejo. Empezó a buscar. Al cabo de un tiempo se acercó al cuerpo de Octavio y apoyó una oreja. Sonrió. “El canto tiene que ser para mí”.

Tomó un cuchillo y hundiéndolo en el cuerpo de su dios, lo fue abriendo. Octavio quiso pedir: “Ahora que lo he logrado, no me la quites”, pero no tenía voz para decirlo. Ella vibraba libre, como un animal joven.

Abandonó el cadáver de su antiguo amo, recorrió el cuarto para después salir por la ventana y perderse hacia lo lejos.

Maese Brumstein la oyó alejarse. Bebió un último trago, desclavó los restos, los arrastró al fondo de la casa y trepándose por el cerco, dejó caer el cuerpo abierto en el patio de su vecino. Siete grandes perros se acercaron.

Maese Brumstein, mientras se disponía a dormir, exclamó:

—“¡No era Zipelbrúm!”.

ENRIQUE LAFOURCADE

Porque ya es tiempo de que lo digamos: Lafourcade, que siempre ha sido un buen escritor, en este libro (*Para Subir al Cielo*) escribe como los ángeles, con una gracia, una ligereza, una plasticidad, un movimiento, un don de pasar y no insistir, un demonio de ingenio sutil, certero, penetrante. Sólo por eso leerlo es una fiesta. (HERNÁN DÍAZ ARRIETA, *Afane*).

En la moderna novelística chilena, Enrique Lafourcade ocupa sitio preferente. (MANUEL VEGA).

Dictar juicios definitivos sobre el arte de un escritor como Lafourcade es absurdo. Se renueva constantemente y produce con abundancia. Su estilo se afirma y se afina. El mundo de sus lectores crece. Se le elogia y se le ataca. No necesita más para ser un novelista de actualidad (FERNANDO ALEGRÍA).

Es una lástima que (en *Para Subir al Cielo*) temas tan serios hayan sido planteados tan superficialmente y en forma tan irreverente... Los cánticos sagrados en bocas de prostitutas suenan a blasfemos... Si pretendió enlodar, lo ha conseguido. (FRANCISCO DUSSUEL).

Es justamente lo que falta en los héroes de Lafourcade (en *Para Subir al Cielo*), cogidos por el escorzo de un lenguaje atribuido, carecen de realidad interna, sólo poseen matices delicados provenientes del autor, de sus lecturas, de sus observaciones amaneradas y prejuiciosas. (LUIS MERINO REYES).

Como buen descendiente del folletínismo francés, no contento con hilvanar una historia inverosímil, agrega ese culto a la deformidad y al horror. Junto a lo arbitrario de este esteticismo impuesto extemporáneamente, no lo es menos el método adoptado por el autor, el cual no propone nada nuevo y personal por cuanto está adscrito al más rancio naturalismo fotográfico. (CLAUDIO GIACONI).

LA MUERTE DEL POETA

*La muerte, que no
puede vivir sin nosotros.*

ALAS TRES de la tarde Javier descendió de un coche de tercera clase, en la estación de ferrocarril de Cartagena. Tomó sus pesadas maletas y, no sin trabajo, avanzó con ellas fuera del recinto ferroviario. La locomotora y los seis vagones se estremecían y lanzaban resoplidos de satisfacción, luego del duro viaje. El sol del verano castigaba con fuerza, grato sólo a los nadadores que, abajo, en la Playa Chica, retozaban entre olas y espumas.

—¿Se las llevamos, patroncito?

Javier miró indignado al muchacho. ¡Cómo odiaba a estos corteros insolentes! El no era un nuevo rico para gastarse cincuenta pesos ó más en la conducción de su equipaje. Ni menos pensar en un taxi. Claro que no dejaba de ser molesto. No había avisado su viaje. Tendría que pagar su capricho. ¡En fin, qué se le iba a hacer! Era bueno para la salud. Desarrollaría músculos, una ambición que mantenía oculta muchos años. Encendió, pensativo, un cigarrillo colocándolo en su boquilla de ámbar. El viento de las colinas agitó las hojas verdes y lustrosas de los pitosporum y pinos. Flotaba en ese viento un fuerte y nauseabundo olor a pescado. Javier contempló, divertido, la copa de las coníferas, cubiertas de semillas. Tenía un ligero malestar,

un dolor en el cerebro. Hacía ya algún tiempo. La vista del mar lo haría huir. Se abotonó su traje de fina, aunque gastada, franela inglesa. Limpió con un pañuelo el polvo de sus zapatos y, con un suspiro, tomó sus valijas y echó a caminar desde lo alto del pueblo. Por fortuna, la primera parte del camino era en bajada. La primera parte del camino consistía en obstaculizar la fuga del cuerpo y las valijas. Javier daba pasos cuidadosos y un tanto ridículos, lo reconoció hidalgamente. Hizo un alto. No había, por cierto, avanzado mucho. A media cuadra humeaba la locomotora. Abajo, los nadadores, y más adentro, un velero contra el azul oscuro del mar. Un taxi vacío pasó en su proximidad. Negó violentamente con la cabeza. Gastar en taxi no era su costumbre. Había gentes capaces de tomar automóvil hasta para comprar cigarrillos. Gentes sin estilo, por cierto. El dispendio es falta de estilo. Se tocó la frente. El dolorcillo saltaba dentro de su cabeza. Tomaba impulso y daba un salto mortal. Valor. Aún quedaba un largo camino. Nada mejor para un largo camino que hacer un poema. Sí, justamente, era lo que necesitaba. Un verso simple, un verso de verano. Por ejemplo: "A pesar de mi dolor los nadadores"... ¡No! "A pesar de mi nador, los saladores"... ¡Sí, eso era! Estaba mejor, más libre. ¡Oh, la libertad de su espíritu! ¡Qué fina era! ¡Cuántas combinaciones había allí! ¡Cómo trabajan sus sentidos para recrear el mundo! Javier se detuvo, jadeando con fuerza. Ya no era el mismo de antes, sin duda. Una vez, cuando recién llegó a París, anduvo quince cuadras con sus valijas, silbando. Ahora, sus cincuenta años pesaban en su cuerpo. Sus cincuenta y ocho años, rectificó, con angustia. Es cierto que eran cincuenta y ocho años espléndidos, magníficos. Tenía todos los dientes. Una figura delgada, si bien algo de barriga. Cabellos firmes. Y un fervor, una alegría profunda de vivir. ¡Sí, eso último era esencial! ¡Oh, cómo

amaba la vida, llena de días de sol, de mujeres hermosas! ¡Cuántas muchachas hermosas existían en el mundo! El era generoso y brillante con ellas. Las deslumbraba con su ingenio. Y, luego, su fama, su prestigio inmenso, hacían el resto. Siempre necesitó tener una mujer bella a sus espaldas, un testigo de rostro perfecto y espíritu incondicional. Hizo un nuevo alto en el camino. En fin, ya había avanzado cuadra y media. Ya se aproximaba a su venerable casa. Sorprendería con su presencia. El era así, misterioso en sus desplazamientos. Un día allí, otro en París, otro en Londres. ¿Qué sería de Adelina? El rostro de Adelina detuvo momentáneamente el dolor de su nuca. “Adelina la de cejas finas”. “Adelina, de piel clara y sangre frágil”. ¿Cuáles eran sus sentimientos exactos hacia ella? ¿Si Adelina se fuera con otro? . . .

Unos perros andrajosos se abalanzaron contra el poeta, con el ánimo de agredirlo. Este se defendió sin eficacia.

—¡Largo, fuera de aquí! ¡Fuera!

Con la protección de sus maletas prosiguió el descenso. Tuvo que esforzarse para no resbalar. Descendía casi a la carrera, entre ladridos furibundos.

Dos muchachas de pantalones y grandes sombreros de tovera, que iban a los baños, le contemplaron, riéndose a gritos. Javier Corales dejó en tierra sus valijas y, con un ademán desenfadado, les dijo:

—¿Me ayudarían a llevar mis maletas?

Imaginaba que su sola apariencia iba a bastar. No era un hombre desagradable. Vestía bien, aunque trajes raídos. Quienquiera le observara no tardaba en descubrir a una persona decente; ese “algo” inconfundible de la “clase”; esa cualidad de la distinción natural. Sonrió a las muchachas. No parecían muy convencidas de socorrerlo.

—¿Saben? Soy Javier Corales.

—¡Ah! ¿Sí?

—Javier Corales, el poeta —insistió—. ¡Tienen que conocerlo!

Ellas continuaban su risa. Una era morena, delgada, de nariz prominente. La otra, casi obesa, de rostro entristecido por la fealdad, bajo la totora. Ambas, por cierto, lucían muy mal sus pantalones. La morena se encogió de hombros y continuó su marcha, seguida por su compañera.

—¡Javier Corales!

La morena se detuvo unos metros calle abajo.

—¡Sabes que es bien fresco el viejito! ¡Pedirnos que le llevemos las maletas!

Javier se estremeció al oírlas. Llamarlo así, a él. Dos mestizas descaradas, ordinarias, peores que dependientes de Fuente de Soda, abyectas, que ni siquiera habrían cursado humanidades; que ni siquiera leerían un verso, y que no habían tenido el honor de conocer su poesía. Naturalmente que su información era de otro orden: nómina de futbolistas, cantantes de tango, Pérez y Pérez, boxeadores, Jardiel Poncela, el Caballero Audaz y otros miserables por el estilo. Calificarlo a él de viejito. Le afectó el diminutivo. ¡Viejito! No las tendría para servir en su fundo. Ni como amantes de sus peones las tendría...

—¡Ni como amantes de mis...! —se calló, asombrado. Estaba solo.

El cielo del verano era blanco, sin nubes, contra el cual se recortaban las casas y uno que otro arbolillo. Un cielo hecho de un aire delgado, fino, como el orgullo de una colegiala, en el cual las mariposas sostenían sus alas rojas y amarillas con extrema dificultad. Javier bajó hasta el Plan, frente a la Playa Chica. Estaba empapado en traspiración y el dolor en la nuca era cada vez más intenso. Silbó un airecillo de Auvernia, una canción de pastores. ¡Qué contrariedad tan grande! Ese

dolor, el día, la falta de amigos atentos. ¡Y con lo que gastaba por atenderlos! Así era todo en este mundo. ¡Cuántas botellas de sus mejores vinos no habían bebido sus amigos! Esa multitud de poetas, pintores, músicos, que llenaban a todas horas las viejas casas del fundo; esa pequeña corte que comía a costa suya, que pensaba a costa suya; esos satélites, esos fieles obsequios, no eran, ahora, capaces de esperarle, de adivinar sus viajes, de advertirlo. ¡Oh, qué injusto ese momento para él! Si las granujas hubiesen sabido quién era Javier Coales. Si eso, Cartagena fuese Cannes, nadie le habría permitido arrastrar sus maletas. Horrible país, horribles montañas, horrible Canción Nacional, horribles seres, océano insoportable. ¡Viejito! ¡Cuánta malignidad encerraban esas palabras! Nadie se atrevería a pensar que Picasso era un viejito. Menos, de Cocteau. A pesar de que ambos tenían varios años más que él. A pesar de esa apariencia tan ordinaria de Picasso. Ciertamente que él no se comparaba con ese españolillo de Málaga. No admitía comparaciones, sino con señaladas personas. Eluard, tal vez. Eluard con su tipo de aristócrata inglés. Pero, el resto. . . ¡Oh, qué gentes tan ordinarias, incapaces de llevar bien el *smoking*! ¡Sin brillo en los salones! Seres que no sabían comer ostras con los dedos; que no conocían el arte de cortejar a las ancianas con discretas alusiones a flores, trajes, costumbres ya perdidas.

Javier silbaba ahora con furia. La terraza de piedra de la playa, espesa de fotógrafos, buhoneros, vendedores de turrón y refrescos, niños, mendigos. De tanto en tanto pasaba un bañista moreno, flaco, contrahecho, con un traje de baño que colgaba de sus posaderas sin carnes.

—¿Una fotografía, señor?

Javier aparentó no oír la pregunta.

—Tres postales por cien pesos. . .

Javier secó su rostro con un pañuelo blanco de batista italiana. Crecían allí unos opulentos pitosporum que daban una viva sombra. Semioculto entre el follaje, procuró recuperar la calma y distinción.

—¿Le sacamos las tres, patrón?

Javier no pudo, esta vez, contenerse:

—No soy patrón suyo, señor.

—¡Chis! ¡la fachita que se da el futre!

Javier apretó las manos, indignado. Durante algunos momentos la cólera lo puso tembloroso. Luego, recordó la canción de pastores de Auvernia, y volvió a silbala suavemente. Le consolaba esa música en donde el espíritu flotaba como una nube, en modificación perpetua, en movimiento alado. Los fotógrafos eran tan ruines, una raza miserable, condenada a la extinción. Sumergidos en sus cámaras obscuras. Eran exactamente lo opuesto a la canción. La suprema bajeza humana y la más alta muestra del refinamiento. Algunos paseantes le contemplaron no sin ironía. Javier, entre las hojas del pitosporum, silbaba para tranquilizarse. Tenía el rostro púrpura, las manos heladas. No estaba bien, hubo de reconocer con honradez. Eran esos días del verano. Cartagena se transformaba en un lugar asqueroso. Estos balnearios populares, todos parecidos. Mujeres de clase media, dependientas mantenidas por ciclistas, ciclistas mantenidos por homosexuales, ancianas reumáticas, hebreos amancebados, estudiantes pobres, ciegos, todo lo peor de una sociedad civilizada se daba cita allí. Todo lo peor acosaba a Javier. La mayoría abyecta contra la minoría pura y fina. El fotógrafo opuesto a la nube que flotaba en el azul. Se sintió extrañamente desvalido, en su propio país. El era ciudadano del mundo. Por lo demás, ese balneario no existiría si su abuelo no hubiese vendido —abuelo débil— parte del fundo. Su abuelo que temblaba entero y creía en el progreso. Su fundo, las legendarias tierras de la familia Corales.

Era en su propia casa en donde se hallaba extranjero. Si al menos estuviesen allí algunos amigos, de los grandes: Hans Harp, por ejemplo. O Aragón. ¡Cómo se divertiría con Aragón! ¡Cómo iría por las terrazas burlándose sutil del prójimo, entregados al lujo de la risa! En cambio, allí, oh, lo sabía bien. En las casas del fundo. La poesía criolla, los analfabetos... La gente que apenas hablaba idiomas, que ni siquiera habían dado Bachillerato... Los poetas menores, los poetas de la noche, de pecho caliente, la miserable y estéril bohemia "del pan con queso" sudamericana, mal informados, con veinte o treinta años de retraso. Los permitía en las casas del fundo por un particular sentimiento de piedad hacia el gremio. Total, nunca tendrían una posibilidad semejante. Una buena casa, gente decente, sábanas limpias. Ingenio. Marchaban a una orden suya. El era dueño y señor de esos poetas. "¡A ver! ¡Escriban sobre el mar! ¡Hablen del mar! ¡Borren! ¡Con la lengua, mientras toco mi pito! ¡Borren sus tablillas! ¡Salgan inclinados lamiendo sus versos sobre el mar!" Era la época en que la obrita de Camus— ese ordinario y esquemático argelino— circulaba clandestinamente y esas bromas suyas tenían gran éxito y parecían afortunadas creaciones.

Entrecerró los ojos. La luz de las tres y media de la tarde era fuerte. Las olas rompían con violencia contra la playa amarilla grisácea. "¡Oh, el mar! Las olas desdichadas, indecisas, olas de quita y pon, de ven, corre y dile. Las olas, grandes trotaconventos, bajan junto al sacerdote dormido, horadan su cráneo de gaviota, las olas sorprenden al ruiñeñor ardiendo a gritos, a cántaros, bajo la mesa del ahogado. ¡Oh, rostro en sombra del mar! Más allá de las aguas del atún, ¿qué escondes? ¿Para qué haces tanta perla inútil, tanta ola, tanto color inútil? ¿Murió el obispo encerrado en su tumba de vidrio? Ellas prefieren el aire, las olas, el destino recién

adquirido, la eternidad cambiante. Las olas dan todo por un vuelo nuevo, por un cuerpo que flote en el espacio, las olas, como el anillo en el dedo de un condenado...”

Se sobresaltó. Había terminado el encantamiento en su cerebro. El acto de crear. ¡Qué posibilidades tenía él! ¡Qué inmensa fábrica de juguetes era! Y eso así, espontáneamente. . . Y que conste: a las tres y media de la tarde. ¡Qué sería dentro de ciertas condiciones de confort! ¡Qué sería, con lápiz y papel, lentamente, paladeando voluptoso cada combinación! “Como el anillo en el dedo de un condenado” . . . ¡Condenada tarde! Javier. ¡Javier! Repitió en voz baja su nombre: Javier Corales. . . ¡Qué gran hombre! ¡Qué inmenso nigromantel! ¡Qué infinito espíritu! ¡Qué fuerza desencadenada y encadenada! Aguila y Prometeo. “El hombre y lo que lo devora” . . . ¡Javier Corales! ¡Javier Corales!

Las últimas palabras las pronunció casi gritando. Algunos niños estaban agrupados junto al árbol, donde el poeta invocaba su propio nombre.

—¿Por qué gritas?

—¿No sabes nadar?

—¡Sí! ¡Sé nadar! —afirmó, arrogante.

—¿Por qué estás tan colorado?

—Soy naturalmente pálido —aseguró a los niños, colocándose una mano en la cintura, con un movimiento elegante.

—¿Vendes algo? —interrogó otro, más pequeño, señalando las maletas.

—Soy poeta. Regalo poesía. . .

Uno de los muchachillos corrió desalado hacia una silla de descanso:

—¡Mamá! ¡Dice que es un poeta!

—¡Poeta! ¡Poeta!

—¡Sí, poeta! Y de los mejores —chilló Javier, irguiéndose.

—¡Poeta! ¡Poeta!

La madre, una obesa de rostro triste, se aproximó. También ella quería ver al poeta.

—Señora, ¿tendría la bondad de hacer callar a estos niños?

—¿Pa'qué los molesta?

—¡Poeta! ¡Poeta!

El fotógrafo se incorporó al grupo.

—¡Chis! Todavía está el futre.

—Son mal educados. . .

—¡Usted será el mal educado! ¡Qué se mete con mis chiquillos! ¡Estos vendedores ambulantes que no dejan a nadie en paz!

—Señora, no permito que me falte al respeto. ¡Habla con un caballero!

—¡Chis! ¡Las patas del futre! . . . ¡Un caballero!

Javier tomó sus valijas y echó a correr, cuanto el peso de éstas lo permitían, por la dilatada terraza, entre los bañistas, las vendedoras de turrón, seguido por los niños que reían a más y mejor.

En el extremo opuesto, frente al Hotel Francia, se detuvo un instante. Había corrido como en sus mejores tiempos. Cierto que no era hora para tales ejercicios. Debería beber algo. Tenía una sed muy grande. Entró al bar del hotel.

—¿Qué se sirve?

El *barman* era un eslavo gigantesco, de ojos celestes, cara picada de viruelas.

—Deme un vaso de agua —ordenó, altanero, Javier. El eslavo hizo un gesto de impaciencia.

—Que esté bien fresca —agregó, con cierto temor de que le faltaran nuevamente al respeto. Pero esos nórdicos son extraordinarios, exquisitos. Y Javier pudo beber su agua con entera tranquilidad. El dolor de la nuca era cada vez más fuerte. “He hecho mal en no tomar un taxi. En fin, no lo voy a pedir ahora, cuando me encuentro mucho más cerca. Sólo falta ascender la

cuesta y, luego, unas seis o siete cuadras planas hasta las casas del fundo". Hizo un ademán como para sacarse el sombrero, pero recordó que no lo llevaba. Le disgustaba el sombrero. Sin él parecía bastante más joven. Demostraba al mundo que no era calvo.

—¡Muchas gracias! —dijo, con cortesía, dudando si dar o no una pequeña propina. Decidió no darla.

El eslavo le vio salir, con sus dos valijas, vacilante, con un paso de enfermo.

Javier silbaba otra vez la canción de pastores, mientras subía la pendiente. Casi cincuenta metros de escarpada calle. El esfuerzo era inmenso. Traspiraba a chorros. Tenía el aliento corto. Y el sol era brutal, caliente, pesado, un martillo enloquecido rompiendo los juguetes. "La pastora, entre las tiernas hierbas, cantaba con su poderosa voz salvaje. Iniciaba el cántico con un grito agudo, un gemido, un gesto de adiós. Estaba allí, dentro, gimiendo, diciendo adiós a las bellas cosas de la vida, adiós a los juegos, al mar. Cantaba adentro de su cerebro, entre rumores de aguas, dando saltos mortales, fuerte, cada vez más fuerte. Le envolvía el gemido de Auvernia. Le aplastaba el corazón. Todo daba vueltas en rededor de él. La canción de pastores le hacía caer. . . caer. . ."

Los primeros en divisarle fueron un hombrecillo que atendía la bomba de bencina y el fotógrafo. Javier rodó algunos metros por el asfalto, envuelto en sus valijas. Una se abrió, derramando sus ropas. Quedó tendido de espaldas, entre sus camisas, sus corbatas de seda, con los ojos abiertos, el cabello en desorden, el cuerpo roto, como una marioneta en reposo. En sus labios había una extraña sonrisa, blanca, limpia.

Una multitud rodeó prontamente el cuerpo. Veraneantes, niños, el fotógrafo, el *barman* eslavo. Todos gritaban y hacían comentarios.

—¡Hay que llamar un carabinero!

—¡Sí, hay que llamarlo! El futre está que las entregan...

—¡Niños! ¡Niños! Dejen eso —ordenó vanamente una señora, a tres granujas que arrancaban con un traje de Javier.

—Está enfermo. Ayúdenme —pidió el hombrecito de la bomba.

Le arrastraron entre todos. Javier no dejaba de reírse. Trajeron una silla de mimbre. Pero no hubo manera de acomodarlo allí. Estaba crispado, temblando entero. Todo el lado derecho rígido, y el izquierdo, tembloroso. Podía sentarse con la pierna y el brazo izquierdo, pero su lado derecho se encontraba inmóvil, duro. Medio cuerpo de piedra y medio de sangre. Unos sacerdotes que bajaban a la playa se aproximaron al grupo.

—¿Un atropello?

—No. Subía con sus maletas y, de pronto, cayó dando vueltas...

Un cura colorín, examinó con destreza casi profesional: pulso, corazón, boca. Javier estaba pálido, frío. Se negó a abrir la boca.

—Es lo que pensaba —murmuró el colorín—. Hemiplegia.

—¿Hemiplegia? —gritó una mujer, apartándose aterrada. Sin duda creyó en una enfermedad contagiosa.

—Hay que avisar a sus parientes. ¿Alguien le conoce?

—Es un futre bien parao en la hilacha —rezongó el fotógrafo.

Lentamente todos, perdido el interés al saber que no estaba muerto, sino paralizado, se marcharon. Quedaron allí los buitres. Rodeaban al inmóvil, el cual, con su brazo derecho, eludía los picotones. Javier quería gritar, gritaba... Pero su garganta no emitía sonido alguno.

—Aquí hay algo —dijo el colorín, mostrando una libreta de notas—. Es Javier Corales y vive en...

—¡Javier Corales! ¿El poeta? ¿Será posible?... Yo sé donde vive.

Los sacerdotes fueron por un taxi, y metiendo a duras penas el semicadáver de Javier, le condujeron hacia las casas del fundo.

Javier perdió su sonrisa poco a poco. Una súbita conciencia iba reemplazándola. Sus sensaciones iniciales fueron de agrado. El dolor a la nuca había desaparecido, o, más bien, se trocaba en otro suave. "Parece que tuviese el cerebro lleno de agua. Pobre pastora dando saltos mortales en el agua. ¿O sangre?". Se crispó entero. ¿Qué tenía? ¿Qué le había sucedido? Miró mudamente a los sacerdotes. ¿Qué tengo? ¿Qué me pasa? —trataba de decirles mediante gestos. Los sacerdotes se encogían de hombros y sonreían tiernamente. Javier advirtió el seto macrocarpa, el largo camino bordeado de naranjos, la antigua casa de arcos españoles, pintada a la cal. ¡Oh, qué dura prueba le esperaba! ¡Cómo iba a mostrarse él, el dueño del mundo! ¡Javier Corales, el espléndido, en ese lamentable estado! Y ante Adelina. Ante Adelina la de las mejillas finas. Ante el doctor Espejo, el que no tiene reflejos; y, naturalmente que estarían sus poetas. Alberto, Pincky, Augusto, y, además, el sabio Von Kramer. ¡Oh, qué difícil! Y, todavía, esos horribles sacerdotes. Por ningún motivo aceptaría que le ayudasen los sacerdotes, especialmente el colorín.

El automóvil se detuvo frente a la casa. El colorín saltó, ágil. Tomó los pies de Javier, quién se resistía. Otro enlutado le alzó por los hombros. Javier temblaba de rabia. "Las mujeres aman a estos inválidos", empezó a recitar. ¡Ay, qué no le fuera a ver Adelina! ¡Oh, Dios, que no le viera hasta estar dignamente instalado en el lecho!

—¿Accidente?

Paulus Von Kramer se aproximó. Con gestos profesionales examinó a Javier. —Hemiplegia izquierda— diagnosticó fríamente—. Hay que moverlo con cuidado.

Javier respiró, casi contento. Un simple derrame. ¡Oh, su curación era asunto de días!

Ya en el dormitorio fresco, oloroso a cera, entre almohadones de pluma, Javier fue nuevamente examinado por el sabio Paulus. La noticia se extendía. Los poetas merodeaban por los corredores; algunos penetraron en el dormitorio.

—¿Puedes hablar? —interrogó, con un grito agudo Pincky, inclinándose sobre el enfermo.

Javier movió imperceptiblemente la cabeza. Estaba condenado al silencio. Pidió con gestos torpes lápiz y papel. “Un espejo” —garabateó. Fueron por él. Javier pudo mirar su rostro grisáceo, más gris aún en esa luna antigua, familiar, en donde viera su rostro de niño, y luego, de adolescente, luna promotora de arrugas. Ahora había allí un anciano de boca crispada. ¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba, en esa transparencia inmóvil, Javier Corales? ¿Qué fue de tanto galán?... ¡Oh, cómo dolía! El mago unía la sangre, agregaba un beso, una paloma despellejada; agregaba una pizca de Cimarrosa, el oboe dulce y melancólico, boliviano. Licuaba su sangre. Miró atento el espejo. Pero —es claro— hay sangres que se escapan sin dejar rastros.

Siempre le asustaron los espejos, esa puerta abierta a la eternidad, al misterio. Ya no era el mismo. ¿Qué fue de Javier, el arrogante, el altanero, que paseaba por el Boulevard Saint-Germain? Las cenas opíparas en el Royal, en la Brasserie Lipps, con Borés, Jacques Villon, Eluard, Preve Andreret, Breton. Las tiernas *midinettes* de la rue Saint-Denis, en fila, a elección, con sus boas y sus proas. Los quesos magníficos, los azules de Toulouse. Las modistillas de muslos potentes. Los grandes vinos

rojos. Las colegialas que hacían el amor con tanta dulzura, sin soltar sus bolsones. Los mendigos que recitaban a Rimbaud. El sol en el Luxemburgo, entre los castaños. El viejo Paul Lietaud con sus violetas. La casa de madame Wassiliewsky. El griego aquél que le cambiaba espinacas cocidas por odas. Las noches pasadas de claro en claro, de rojo en rojo, deambulando por las orillas del río, en el verano. El bosquecillo de Chartres, donde recogía fresas con la hija del Alcalde, que olía a limón. Allí perdió ese libro de tan bella pasta. ¿Era un Jarry? Y la admirable *rue* de la Gaieté, con sus *music-halls* de marineros. Los rusos blancos, la noruega que se desnudaba interminablemente, como una cebolla. El tzingaro loco que apuñaló al acróbata por un "quítame allá esas pajas". Los insultos a André Gide. El duelo con Apollinaire. Las veladas en la Ile de Saint Louis, con los anarquistas, fumando marihuana. Y la inglesa, a la que llevó por la *rue* de Nevers con propósitos inconfesables. . . ¡Ay, y la *rue* de Visconti, donde se ahorcó su amigo, casi junto a la casa de Racine! El franco rodó de sus dedos al agua del río. Aquella noche. ¡Oh, nunca la hubo parecida! La mendiga ridícula que vendía flores en el Pont de Beaux Arts. Un niño noctámbulo, con un globo de color. Los castaños con sus corimbo oliendo a sexo. Potente, fuerte. Duro, capaz de mirar el amanecer cara a cara, de enfrentarlo con sus propias armas, apenas resguardado por su bufanda de vicuña. Audaz, primavera. . . ¡Cuántas fueron, Dios! ¿Cuántas veces trajo la corriente pétalos de duraznos, pañuelos, o algún enamorado hidrópico?"

"La muchacha le dio la moneda. Hermosa, gentil. —*Pour la fortune*— le había dicho. Acodado en el parapeto la vio hundirse como un pez. Era una francesita de Alsacia, Alsacia la rubia, "famosa por sus hijas y por sus hojas". Vivió con ella algunos meses, lo que duraron sus ahorros. Después, se la llevó Eluard. "*Vous êtes poète? Vous*

*avez vu ça? Un poète si beau? ¿Era bello? Una tarde de otoño, en el Cementerio de Montparnasse. ¿Fue Pica-bia? Ridículo homenaje a Baudelaire. Todos tan asquerosamente jóvenes. La voz plana del irlandés mientras leía sus versos. Y la cena en La Closerie des Lilas. Una embriaguez magnífica. Hipaban pernod puro. Rodamos por las escaleras de una estación de Metro, sí señores. Vimos salir el sol en La Butte, en Mont-Martre, entre acacias. Y aquel tiempo elegante, en Champs-Élysées, con abrigo de pieles y bastón flexible. Luego, ciertos viajes a Bretaña, con pintores. Esos días en La Granja, con la modelo. Una noche hablando de brujas, con MacOrlan; sus regresos súbitos a Chile. Los escándalos en la prensa. No había dudas de que se debía a él, a Javier Corales, el renacimiento de la poesía en este país. Sus célebres polémicas con los poetas Reyes y Carlos Díaz. ¡Qué mundo tan extraño, éste, de Sudamérica! ¡En qué manos estaba la literatura, la pintura, todo! Gentes tan ordinarias, tan simples, sin distinción natural, sin *charme*. Rey del mundo. Diecisiete años. *On n'est pas sérieux*. Los paseos a la Normandía en el viejo automóvil. Una tarde de primavera en La Loire. Volvían los gansos salvajes con sus hígados repletos de semillas, volando al ras del agua. Había jacintos debajo de la cesta de picnic. El escribía fácilmente. A veces, dos o más libros por año. Todos provocaban la estupefacción y el escándalo. ¡Qué audacia la suya! Siempre espectacular. Siempre enfureciendo a los hombres tranquilos, a los burgueses. Tuvo permanentemente armada su propia farsa, elegante, heroica a ratos. El arte, el amor. La vida. La música de *l'Opera de quatre sous*. El viejo organillero... *l'argent, chose précieuse...* Su vida, bien vista, había sido una cosa semejante, algo narrado por un mendigo, algo que parecía no pertenecerle, así era de perfecta y plena..."*

—Hay que vigilarle el cogazón —rezongó el sabio

Von Kramer, mientras sonreía y acariciaba su blanca barbita—. El cogazón... ¡Las vías gespigatogias! El poeta está en manos de la Tciencia! —monologaba Paulus, paseándose majestuosamente por el vestíbulo.

—¿Le parece grave, doctor Kramer?

—*Ja.*

—¿Cuánto tiempo?

—Un día. Menos. Depende del corazón. Un proceso rápido...

—¡Doctor Kramer! ¡Doctor Kramer!

Se dio vueltas. Alberto se aproximó, excitado.

—¿Sabe usted cuál es la última teoría sobre el movimiento del océano? ¿Lo que produce las olas?... Acabo de leerlo en una Revista Científica editada en Rumania... ¿Sabe?

Paulus Von Kramer negó.

—Son los peces, doctor Kramer. El movimiento de las aletas dorsales natatorias de los peces. Los miles de peces que pueblan el mar... Hay mediciones exactas, doctor... ¿No le parece extraordinario?...

Kramer se retorció la barba, pensativo. Se alejó sin responder, hacia el dormitorio del enfermo.

—Yo opino que deberíamos decírselo —exclamó Filoteo, un poeta obeso, de mirada bovina, trasero gordo, conteniendo la risa—. El siempre tuvo horror al engaño. ¿A qué engañarlo?

—Los peces... —insistió Alberto, dando saltos como los de un bailarín.

—Javier debe saberlo...

Paulus Von Kramer había interrumpido violentamente la reunión. Tomó a Alberto, un poeta huesudo, afilado, pequeño, y lo remeció con fuerzas:

—¿Cómo es posible? ¡Cómo puede ser posible! —gritaba, exaltado.

—¡Calma, Profesor! ¡Tranquilo! —chilló Alberto, asustado.

—¿Qué pasa?

—¡No puede ser que unos animalitos tan pequeños como los peces produzcan las tempestades, las catástrofes!... ¡Eso no es científico! ¡No es científico! —gritaba, remeciendo a Alberto, mientras Pincky, Filoteo, Augusto, se estremecían de la risa.

En la gran casa, por sus corredores, salían y entraban los criados. Los poetas, sobre sillas de reposo se burlaban cordialmente del sabio alemán. Al cabo, se tranquilizó. Alberto le dijo que él estimaba que las olas tenían otra causa.

—¿Quién se lo dice, profesor? —interrogó Filoteo.

—¿Cómo?

—¿Quién le dice a Javier?...

Von Kramer se encogió de hombros. Esos eran problemas de otro orden que el científico. Problemas sentimentales, poéticos. ¡La poesía! ¡El también la había leído, hace años! ¡Schiller!... ¡La poesía! ¡Schiller!...

Señaló el mar, abajo, entre el follaje de las coníferas.

—¡La poesía! ¡Schiller dijo: *el cielo esta atzul, y el mag está ahí* —recitó con voz ronca, mientras los poetas se golpeaban el vientre, gritando su alegría.

—¡Alguien debe decírselo! —insistió Filoteo.

Paulus, pasado su raptó lírico, movió la cabeza. Hechos concretos, no sentimentalismos. El derrame iba en aumento. Javier no duraría mucho. Acababa de dejarle frente a un espejo, temblando entero. ¡Estos poetas excéntricos que morían frente a los espejos! Lo examinaría de nuevo. Un caso interesante. Le fascinaba sorprender la muerte de esos espíritus ágiles. Los artistas tenían un cerebro débil, mal conformado. Excesiva irrigación.

—Viene inmediatamente. ¡La familia, por supuesto! Se les avisó por teléfono... Ojalá no se enteren los periodistas... Son tan molestos.

- ¿Los periodistas? ¿Molestos? ¿Crees?...
- ¿Y Adelina? ¿Qué pasa con Adelina?
- Preparar café. Lo vamos a necesitar, ... todos...

El espejo cayó de las manos de Javier. La boca se abrió contra su voluntad. El agua saltaba dentro de su cerebro. Ola tras ola le rompían la cabeza. Todo empezó por esa idea suya de regresar. Había un fotógrafo, recordó, sin precisión. Había gentes que le acosaban en un día de sol. Y los sacerdotes, miles de clérigos colorines expulsándolo del mundo. ¿Del mundo? ¿Entonces, se iba a morir? ¿El, el dueño del mundo? "Fui arrojado de mi casa, de bruces, a la eternidad, por unos sacerdotes de pelo de zapallo"... ¿Se iba a morir? "¿Se me ha venido la noche encima?"

-Javier... Soy yo... Soy...

"Por unos sacerdotes", trató de gritar. No tenía que pensar demasiado. Era un dolor terrible. ¡Oh, cómo odiaba el dolor!... Sintió que alguien, suavemente —no veía bien, ahora— le recorría la espalda, la nuca, el pecho.

-¿Cómo lo encuentra, doctor Blanco?

-No puedo pronunciarlo aún. Harían falta radiografías. Pero, ¿cómo lo movemos?

-Podríamos traer equipo portátil.

-Sí, pidámoslo a Santiago. Va muy rápido.

-Temo que llegarían tarde...

-Un esfuerzo violento, sin duda... No me explico.

-Le habían prohibido que hiciese cualquier trabajo pesado...

-¡Javier! ¡Javier! ¡Despierta! ¡Soy yo, Alberto, el poeta! ¡Alberto!

Javier oía apenas las voces... Reconoció la de Alberto. "Cuando un amigo se mete a la cama, todos sentimos el secreto deseo de verlo morir"... ¿Baudelaire? ¿Quién era?... "Un secreto deseo"...

—El doctor Kramer asegura que no vivirá mucho...

—¡Poeta! ¡Por favor! ¡Más despacio! No puede hablar, pero oye, ¿no es cierto?

Alberto se sorprendió. Su voz era algo fuerte, sin dudas. Adelina estaba muy bonita y furiosa. Sus iris celestes, húmedos de lágrimas, con un resplandor febril. “Adelina, mejillas finas”. “Un día notaría a Alberto, cuando Corales haya muerto”.

Toda esa tarde llegó gente. La noticia se había esparcido. Javier Corales recogido agónico en Cartagena. Escritores, políticos, periodistas, científicos, amigos y enemigos del poeta, ambulaban por los patios, entre los naranjos, fumando, nerviosos. Un gran duelo era inminente. Algunos, ya estaban vestidos de colores oscuros, recatados. Alberto explicaba la estructura de la Antología que él iba a hacer: —“Sus mejores páginas. Verso y prosa. Con un criterio histórico y, a la vez, selectivo. Le daré unidad a su obra. Corales, a pesar de sus grandes virtudes metafóricas y conceptuales, que soy el primero en acatar, nunca tuvo unidad metafísica profunda, *pathos*, plan espiritual. Siempre fue un improvisador. Un juglar de la poesía, un trapecionista de la imaginación, a treinta metros de altura. Sin red. Yo voy a mostrarlo en otro perfil”...

—Habrá que rendirle un homenaje, cuando...

—¡Oh, qué mal gusto!...

Filoteo reía tapándose la boca. Tenía dos malos dientes. También él planeaba algo, una conferencia, una charla radial, qué sabía... Ya vería cuando llegara el momento...

—Los poetas debemos estar juntos, en esta hora...

—Junto a las poetisas...

—¡Oh, hasta cuándo!...

Alberto detestaba particularmente a esos jóvenes poetas, hermosos, con cabezas griegas, vagamente homo-

sexuales, sin obra alguna, solemnes, ridículos. Adelina se aproximó al grupo, con su mirada dura:

—Salí un instante. Me ahogaba allá adentro. Hay tanta gente... Junta de médicos...

—Dicen que ya no reconoce a nadie.

—Eres valiente, Adelina —murmuró Alberto, con voz débil. Le intimidaba la mujer.

—Vamos Steiner. Hay que preparar todo...

• Alberto vagó por patios y pasadizos. Había juncos, un matorral de camelias. El cielo era ya azul oscuro. El sol caía sobre el mar. Javier, su amigo... ¿Qué se sentía cuando un amigo?... Correría donde Javier: ¡Mira! ¡Mira lo que descubrí, Javier!... Un mundo de relaciones, de sorpresas, de experiencia mágica, cerrado. Ido. Siguió el vuelo de unas abejas que merodeaban, en el crepúsculo, con su último polen, entre docas y cardenales. Desde allí podía observar a Javier. Un sol opaco, de un amarillo rojizo. Tras el filodendro de hojas de cuero, advertía el cuerpo de su amigo, y sus rayos. Una yema de huevo hundiéndose, un damasco maduro que partía a la eternidad, juguetería rota, vidrio frágil, hacia otros mundos, a iluminar nuevos planetas, con su incendio permanente.

Con el sol caería todo el verano, la vida buena...

—Doctor Blanco... ¡por favor! Haga salir a la gente... ¿No le parece?

—"...y el egipcio cavó el cerebro del Rey. Arrojó su contenido a la multitud. Monedas de oro, termómetros, encajes"...

—¿Trajeron el oxígeno?

—"...porque, entonces, Javier no podía soportar a Elliot"...

—No dejé entrar a los fotógrafos. ¿Hice bien?

—Ha vivido siempre como un loco. La culpa ha si-

do de ustedes, que le acosaban, que le exigían ingenio, brillo...

—Se ha quedado dormido. Cuando lo vi, pensé en una nueva broma de Javier. En medio de los sacerdotes, parecía... parecía...

—Estaba detenido. Sus últimos poemas no eran lo que él creía. Siempre sostuvo que...

—Filoteo es un imbécil. El vino le hace hablar así...

—Javier era déspota...

—¿Era? Bueno, me parece que todavía no se ha...

Los poetas concluían de cenar, congregados en la Biblioteca. Habían bebido copiosamente. Alberto, ebrio, dio en cantar una copla obscena. De vez en cuando llegaba una blanca enfermera a pedir silencio.

—¡El peso de la noche! ¡Ja, ja!

—Noble y elegante. Eso era nuestro amigo. Pincky no puede entender estas cosas porque nunca será noble y elegante. Un gran espíritu, una conciencia lúcida, un corazón...

—¡De oro! —chilló Steiner, interrumpiendo. Augusto lo miró, furioso.

—Voy por más vino—. Alberto se incorporó, tambaleándose. —Voy y vuelvo. En un momento... Hay mucho, mucho vino en las bodegas—. Extendió el índice derecho hacia la habitación del enfermo. —Era un pícaro... No nos daba vino... ¡Mantén una conspiración permanente contra la alegría! ¡Traeré cien botellas! ¡Un barrilito! Muchos secretos... Destriparemos un barril...

—...porque, según los sabios romanos, el movimiento de las aletas de los peces —susurró Pincky, insistiendo.

—¡La ciencia no ha muegto! ¡Eso que dice no es científico!...

—Doctor Kramer. Usted no me entiende. La poesía salvará al mundo, a la especie humana...

—¿Salvaglo de qué?

—... permitirá a los seres una libertad absoluta. La magia elevada a la categoría de conducta. Serán encantadores, profetas. En ellos el heroísmo parecerá una costumbre...

—No entiendo qué quiege decig...

—La poesía matará a los ancianos y enfermos, *Herr Doktor*. Derrumbará el peso y la medida...

—El ama tanto la música de Scarlatti, tú sabes. Y la de los vihuelistas españoles del siglo XVI. Una vez lo encontré en Londres, por *Bond Street*, buscando una cachemira... ¿Y qué te imaginas que me dijo?

—... nunca se llevaron bien con Picasso...

—... Sí, eso ocurrió un poco antes. Fue cuando obtuvo la Legión de Honor. Caballero...

—... Será la mejor Antología que se ha hecho...

Javier respiraba con angustia. Sentía qué difícil era atrapar el aire. Algo interpuesto entre ese aire y los pulmones. Caía en el sueño y al minuto estaba despierto, entre rostros, manos casi familiares, voces dispersas. El organillero tocaba aún la vieja canción. Daba vueltas y tocaba. ¿Iba a morir? ¿El Rey? ¿Justamente ahora que estaba por aparecer la edición de sus obras completas? ¿Que le traducían a cinco idiomas? ¿En qué ya circulaban tres libros de exégesis sobre su poesía? ¿En qué era reeditado en París? Sin haber concluido su Epistemopoeética... ¿Se iba a ir con él, a la eternidad, su Epistemopoeética?... ¡Su teoría máxima! La ciencia y la poesía de la mano. ¿A quién contarle ahora sus descubrimientos? "*Dos poesías iguales a una tercera, son iguales entre sí*"; la primera voz lírica del continente. Un plazo más para que la ciencia y la poesía... *Dos poesías paralelas no se tocan sino en el infinito*. ¡Epistemopoeética! *Dos poesías opuestas, de igual intensidad, se anulan. Entre dos puntos dados la línea más corta es la poesía...*

¿Para qué había hecho todo eso si ahora iba a morir? “¿Fueron sino devaneos? ¿Qué fueron, sino cenizas de las eras?...” Nunca escribiría, ya. Fábrica clausurada. Esos pobres versos del camino, en la playa, serían los últimos. Se apagaría la luz. Se irían los recuerdos, uno tras otro. Morirían primero sus paseos, ciertas tardes, la visión de unas hojas que arrastraba la corriente río abajo, mientras comían pan y queso con un griego y Jeanette. O una música de piano oída al pasar, en horas de calor, en medio de la noche... Al otro lado no habría música ni poesía. En la eternidad no crecen flores. Había existido de un modo grande, de una manera única. Dejó una firme huella sobre los hombres. Los aplasté. Puse mi marca sobre ellos. No lo olvidarían. Sus poetas, marcados al fuego, lo mantendrían vivo, permanente. Durante años los he alimentado. ¡Ahora les toca! Javier saboreaba la idea de su muerte, los discursos, las anécdotas, los libros de crítica, los niños recitando en las Escuelas. Avenida Javier Corales. El premio póstumo del Gobierno. El dolor de los seres que le habían amado. Debería ser un dolor a la altura de la circunstancia. Epistemopoético. Otra ola estalló al fondo. La mujer que vigilaba corderos saltó de nuevo, en el aire. “Pastora, pastora, ¿qué buscas, pastora?”... Alzó levemente los párpados. Un rostro barbudo, bondadoso. ¿Dios? ¡Cómo! ¿Tan pronto?

—¿Quiéges oxígeno?

Era la voz de Paulus, del *Herr doktor* Paulus. Javier comprendió de inmediato. Aterrado y jactancioso, repuso con voz débil:

—¡Viviré mil años!

—No podrás respirar, Javier. Acepta un poco de oxígeno.

Veía la delgada goma en sus narices, las pinzas transparentes. Ahora las olas llegaban de a dos, de a tres... La auvernesa giraba en el aire. Meterse con gen-

te de Auvernia. ¡Sólo a él se le ocurría! ¡País de carboneros!...

—¡Mil años! —insistió, pronunciando con dificultad las palabras. El organillo giraba vertiginosamente. ¡Epistemopoética! ¡Se iba sin dejarla escrita! ¡Habría cambiado el mundo! *Toda poesía es idéntica a sí; una poesía no puede ser y no ser, a la vez; el peso de la poesía es igual a la materia que desaloja; de dos poesías contradictorias, si una es verdadera, la otra será necesariamente falsa; toda poesía en movimiento rectilíneo uniformemente acelerado tenderá a...* El organillo trataba de hacerse oír, agudo...

—Esto va mejor. ¿Lo oyeron? Dijo algunas palabras. Ya puede hablar... ¡Puedes hablar, Javier!

El doctor Paulus negó, rotundo.

—¡Se tegmina!

Con un ademán seguro cogió la muñeca helada del poeta.

—¡Suelte otro poco de oxígeno!

—¡Doctor Blanco! ¡Morales! ¡Pronto! ¡Hagan algo!

—¡A ver! ¡El alcanfor! La jeringa... Rápido...

Paulus Von Kramer se retiró del lecho. No era partidario de estimulantes cardíacos.

—¡Es un organismo roto! ¡Debe mogig!...

—¡Por favor!

—... es un hecho científico... Cuando se gомpe un organillo se detiene todo... ¡todo! —concluyó, cruel.

De la habitación vecina llegaba el rumor de oraciones mezcladas con sollozos. Algunas mujeres se habían desmayado.

—¡Acepta un sacerdote, Javier!

Javier negó, dulcemente. Su rostro blanco y fino entre las almohadas. Entre sus párpados, los ojos encendidos, la mirada del poeta iba volándosele, huyendo...

—¡Rápido! ¡Llaman al padre Olivares!

Von Kramer, reclinado en el lecho, junto a Javier, escuchaba con su estetoscopio, el rumor del corazón enfermo, embellecido para el viaje, sobre el cuerpo de Javier, junto a sus ojos de antracita, a su nariz de obsidiana, a su mentón de hielo puro, a su suave risa cortés, desdeñosa, elegante. Un corazón débil, rápido, obstinado, recomenzando cuando parecía detenido (No estaba seguro, aún). Suave, lento, suave. Un corazón lleno de valor... s-u-a-v-e..., pero, al cual, ya nada ayudaba...

—¡La quinta botella! Que nos proteja la santa, señora en su azucena...

—¡Salud! ¡Salud, señores!... ¡Salud! ¡Salud!

Alberto reía con violencia, tendido sobre la alfombra, frente al fuego de la chimenea. Era algo más de medianoche. Filoteo saltaba como un energúmeno, en cuatro pies, ladrando.

—Alzar el espíritu hacia su propia verdad. ¡Palabras de Hegel! ¡Hacia su propia verdad!

—Iré por más vino. ¡Beber! La vida es hermosa... ¿No creen que la vida es hermosa?

—Muera Pincky... ¡Muera el que todo lo confunde! ¡Condenada!

—Freud ha previsto... Ese deseo de aullar indica...

—Se calla el judío asqueroso... ¡Estítico!

—Que Dios nos proteja... Que nos entregue su capacidad indudable, su facilidad para las matemáticas...

Alberto sollozaba, de regreso de la bodega, con sus brazos colmados de botellas de vino.

—¡Qué nos permita ser héroes! ¡Ahora! ¡Ahora!

—¡Qué nos haga libres —gritó Pincky, sin entusiasmo.

Filoteo se alzó cuan gordo era, en medio de la Biblioteca, iluminado por las llamas. Sus ojos, capotudos, brillaban en su rostro cubierto de sudor. De su boca

blanda fluía un hilo de saliva viscosa, que bailaba suspendida en el aire. Una baba ahorcada. Una baba de cristal, flexible, un cristal de lágrimas, amplio en sus reflejos...

—¡Ba! ¡Ba!...

—¡Dios no es lo que ustedes creen! —aseguró con voz ronca, mientras se apretaba colérico las manos—. No nos dejará ser héroes... Somos sucios... Estamos marcados... No podremos ser héroes, nunca...

—¡Mueran los pájaros! —exclamó de pronto Alberto, con una voz estropajosa—. Alzó un cuerpo pardusco en su mano—. Lo encontré en la bodega... Aplastado por la santa... A-p-l-a-s-t-a-d-o... ¡Sí, señores!...

—¡Un ratón!

—¡Un ruiseñor!

—... que ni hilan ni tejen...

—¡Muera todo lo que vuela por el aire por su propia voluntad!

Los poetas saltaban como posesos, lanzándose el cadáver-gorrión en un juego cruel y vano. Habían bebido excesivamente. Sobre la gruesa alfombra se encontraban, caían unos en brazos de otros, como amigos que no se hubiesen visto por largo tiempo. Tropezaban en las botellas vacías. Juraban, coléricos. Se llamaban por tiernos diminutivos... Citaban a filósofos. Alborotaban a más y mejor.

De súbito, una alta figura emergió en la penumbra de la habitación. Un hombre huesudo, de noble cabeza, piel amarilla, mirada de águila:

—¡Pueden igse!

Paulus Von Kramer indicó la puerta, con un gesto como el de Dios al expulsar a Adán y Eva del Paraíso. Los poetas se levantaron, desconcertados. ¿Qué había sucedido? ¿Qué hicieron ellos?... *Un beau pays de Cognac* —rezongó, entredientes, Augusto...

—¡Javieg Corales ha muegto! ¡Dijo que vivigía mi años!

Filoteo se colocó el abrigo, trabajosamente. Alberto, Pincky, Steiner, Augusto, se paseaban temblando de frío por los corredores de la casa. El cielo estaba estrellado. Se oían grillos entre las plantaciones de maíz; en las colinas lejanas, el grito de los buhos.

Pincky encendió un cigarro:

—¡Psch! ¡No viven mil años!

JAIME LASO

El tiempo muerto, el tiempo abolido, son parte del ritmo de *El Cepo*. Quedará, pues, como un sólido documento de un gran sector de la sociedad chilena. (RICARDO LATCHAM).

Jaime Laso (en *El Cepo*) no ha creído que una buena novela se escribe sólo con personajes extraordinarios, brillantes, inteligentes, poderosos, sabe que gente incolora, tímida, asombrada de sus calladas rebeldías, dispuesta a sobarle distraídamente el lomo a la existencia, como a gato que no maúlla y dormita para no aburrirse, es tan estimulante como la mejor para un novelista dueño de su talento. (HERNÁN DEL SOLAR).

Esta obra (*El Cepo*) suscita admiración por su madurez, por su sinceridad incoercible, en una palabra, por su inteligencia. (CLAUDIO GIACONI).

Jaime Laso ha incorporado su obra (*El Cepo*) a las ya numerosas expresiones literarias que están ofreciendo de la vida una visión pesimista, deformada unilateral y profundamente corrosiva en sus alcances escépticos y hasta cínicos. (YERKO MORETIC).

¿Hasta cuándo se va a aceptar que sigan escribiendo groserías sin justificación artística suficiente? Es el innato mal gusto nacional el que aflora con frecuencia en viejos y nuevos. Es el amor a lo feo y chabacano. (ALFREDO LEFEVRE).

La impresión general (de *El Cepo*) resulta penosa y el efecto es de eficacia indiscutible... (HERNÁN DÍAZ ARRIETA, *Alo-ne*).

EL HOMBRE QUE NO SUPO DECIR NO

SU NACIMIENTO fue algo que no pudo evitar. Mas, debe admitirse un hecho: son pocos los que pueden evitar su propio nacimiento.

Tampoco pudo evitar, que antes de ser, su padre fuese ejecutor de la justicia. Todos se ocupan de algo para vivir. En esa misma forma fue que no pudo discutir el color oscuro de su piel. El hombre moreno, el hombre que no supo decir "no", por estos motivos no fue un niño feliz.

Y cuando los años transcurrieron haciendo crecer su cuerpo, y entregaron mayores músculos a sus brazos, fue aún más desgraciado. Su padre lo llamó y le dijo:

—Alguien de mi familia debe continuar la tradición. Yo estoy viejo, y no tengo ya las fuerzas suficientes para decapitar limpiamente una cabeza. La otra vez hube de rematar al ajusticiado en el suelo; mi brazo no tiene el vigor de mis años mozos. Tú eres joven y fuerte; por el honor de la familia debes ser verdugo.

El joven miraba con respetuoso temor a su padre. Por su mente corrió un hilillo de rebeldía. Pensó que el oficio de verdugo no le agradaba, y aún más, le repugnaba; pero decir "no" a su padre, era terrible. Quizás qué consecuencias podía acarrear el furor del viejo.

Sin mirarlo a los ojos —porque el hombre que no

supo decir no, nunca entregaba la mirada suave de sus ojos oscuros a nadie—, dijo a su padre que sí. El sería el continuador de la tradición familiar. El viejo, satisfecho, comenzó un paseo por el corredor, manteniendo sus brazos a la espalda. Pensaba en su padre y en su abuelo. Consideró que había cumplido con la vida.

Su hijo, desapareció silenciosamente.

Al hacerse cargo del puesto dejado por su padre, al hombre oscuro le entregaron un hacha afilada. Su mango estaba barnizado, lustroso por los años que el viejo había empuñado la herramienta. Su abuelo también contribuyó a ese pulimiento. Tomó el hacha con sus manos suaves, y comenzó su tarea. Le dió repugnancia, pero hubo de continuar, pues pensó en la ira de su padre si suspendía la labor. Al comienzo fue torpe. Debía aplicar varios golpes para que la cabeza rodara en el canasto. Otro sufrimiento fue ponerse esa capucha negra que cubría su rostro. La encontró inútil. También le molestaba a sus ojos: los bordes de los pequeños agujeros penetraban en su mirada oscura. Veía todo negro, pero continuaba. Sus manos suaves y delicadas, pronto se endurecieron. Su dedo anular cobijó un pequeño callo, que con el tiempo fue robusteciéndose. Mas, su alma nunca se endureció. Soñaba con el ocio y la soledad. Lejos de esos hombres físicamente iguales, pero tan distintos a él. Por sus sueños jamás cruzaba una imagen de mujer, porque les temía. Ellas pedían tantas cosas, y él no podía negarse ante una mujer llorosa. Quizás las relacionaba con su madre: ésta siempre le solicitaba las cosas llorando. Así, por ejemplo, después que su padre habló con él para transmitirle el cargo de verdugo, y desahogó su rebeldía en la madre, ella le había suplicado llorando hacer lo que el esposo pedía. En definitiva, las mujeres eran un peligro.

Sin embargo, conoció a muchas; pero hubo una

que se enamoró del hombre moreno. Ella no sabía que él era verdugo, y éste siempre le ocultaba aquello. Pero ella lo amaba por sobre su oficio. Tanto lo amaba, que fue ella quien le declaró su amor. Si no lo hubiese hecho, los años habrían transcurrido y nunca el hombre moreno habría tomado tal determinación, pues huía de ella. El era casi feliz, en su casi soledad, en su casi libertad. Esperaba sin impacencias que su padre muriera para ser feliz, tener soledad y libertad. Su ternura, pues también el hombre oscuro la tenía, la derramaba en un gato negro, igual a él, que por las noches le robaba el lecho. Y él no podía decir no, porque le daba pena y temía herir a los demás, aunque fuese un gato negro.

Un atardecer sombrío, la mujer que lo amaba, le suplicó llorando desposarse con ella. El hombre oscuro no pudo huir, miró para todos lados, y quizás pensó que su madre podría acudir en su ayuda. Pero su madre no apareció.

Y por temor de ofender a la niña de los ojos verdes —la mujer que lo amaba—, por temor de herir su delicadeza femenina, dijo que sí. Se casaron, y el hombre no era feliz. Siempre pensaba en que la muerte podría ayudarlo. Ella haría el favor de llevarse a su esposa, que él no amaba, puesto que amaba la soledad; también se llevaría a su padre, que ya estaba mucho tiempo en el mundo y nada tenía que hacer en él, y así, el hombre moreno, sería feliz. A la grupa de esta esperanza vivía, mientras las cabezas de los ajusticiados rodaban en el cesto, y él contenía sus arcadas.

Un amanecer melancólico, después de haber cumplido con su trabajo, y de regreso a casa, encontró a su esposa con un pequeño hombrecito, oscuro también, que mamaba con desesperación. Ella le manifestó ser hijo suyo. (El gato negro ya no existía; su esposa— seguramente impulsada por los celos—, tiempo atrás había ordenado decapitarlo). Y en este niño moreno, seme-

jante a él, depositó la ternura errante de su gato negro. El niño creció y jugaba después con su padre, pidiéndole lo subiera sobre sus espaldas e hiciera un caballito. El hombre oscuro movía negativamente la cabeza, pero luego de insistir el niño, decía que sí.

Siempre sus deseos de ser feliz, de tener soledad y libertad le torturaban. Pero no con la angustia de sus años juveniles; además, su soledad, se la representaba con el niño, y el hombre no se daba cuenta de que ya no sería soledad.

Al fin su padre murió. Heredó varias cosas de él. Entre ellas, un capuchón negro; no tenía agujeros para los ojos. En una tarjeta, su padre le explicaba que ese capuchón era para ser feliz. Si en alguna ocasión sentíase desgraciado, se lo encasquetase. Varias veces lo hizo, y sólo vio oscuridad. Después, el hombre moreno, lanzó la capucha inservible en un rincón polvoriento.

Un día se miró al espejo, y por primera vez no esquivó la mirada. Vio la imagen de su padre, pero era él mismo. No se había dado cuenta cómo habíase deslizado la vida y sus cabellos estaban nevados. Sus ojos opacos ya no emitían el suave mirar de antaño y su cuerpo tenía las espaldas cargadas. Al hacer una mueca de disgusto, vio su boca desdentada. Desde ese momento no volvió a soñar con la felicidad, ni la soledad, ni la libertad. Era un hombre deshecho. Era un viejo. Entonces buscó el capuchón de su padre y comprendió su significado. Se lo calaba horas enteras y era feliz.

Hasta que una vez, llamó a su hijo, ya hombre, y le habló:

—Hijo mío, es triste lo que voy a pedirte, pero deberás hacerlo. Yo estoy viejo, sin fuerzas; mi brazo no tiene el vigor de antaño. Por el honor y la tradición familiar, heredarás el cargo y tomarás el hacha que he empuñado durante años, y también tus antepasados. Serás verdugo.

Y el hijo aceptó.

Pasaron algunos días, y el viejo que no supo decir no, estaba en su escritorio con el capuchón puesto. En esos momentos era feliz, cuando golpearon su hombro. Sacóse la capucha y vio a la Muerte. Esta le dijo: "Ven". Pero el hombre oscuro tuvo la misma rebeldía de muchacho y pensó hacer caso omiso del pedido. Pero también pensó que de no hacerlo, la Muerte podía ofenderse y él no deseaba herirla. Entonces el hombre que no supo decir no, dijo "sí"...

ENRIQUE LIHN

Revela (en *Poemas de este Tiempo y de Otro*) una capacidad vivencial nada común y una fuerte preocupación por resolver los problemas expresivos. Por alguno de sus temas se le ve cerca de Nicanor Parra. La diferencia está en la contención emotiva, en los medios que emplea para sugerir estados de densidad, en el uso del verso libre que él lleva con frecuencia, pero también con elegancia, hasta el versículo; en la problemática, aquí más restricta, aunque no menos intensa. (PEDRO LASTRA).

En su último libro (*Poemas de este Tiempo y de Otro*) hay poemas como *La Vejez de Narciso*, de excelente calidad y en los cuales se ve brotar una dicción propia. (JORGE ELLIOTT).

La realidad y fantasía (entendamos que estas palabras no son, desde luego, muy precisas) se han enredado en una maraña en la que no se ve bien si la confusión corresponde a una falta de perspectiva de la realidad del mundo, o a una inexperiencia vital del escritor. Este camino puede conducir fácilmente a la simple prosa poética, término híbrido muy difícil de manejar. (MIGUEL ARTECHE).

Pareciera que Enrique Lihn estuviese empeñado en probar con su obra (*Poemas de este Tiempo y de Otro*) la identidad de los contrarios. Representa un antagonismo irreconciliable: el intento de racionalizar lo irracional, la convivencia simultánea del *ser* y el *no ser*. Aventura peligrosa que lleva a Lihn a una desintegración espiritual, a un anti-intelectualismo que pretende vitalizar usando los mismos medios que impugna. (CLAUDIO GIACONI).

A G U A D E A R R O Z

SUBIO A LA carrera los tres primeros pisos del edificio que lo absorbía con un dejo de hostilidad, como un arrendatario indeseable y luego, a semejanza de esos ágiles pasajeros que finalmente se resignan a perder el tren, enumeró los últimos tramos de la escalera con un lento paso evasivo. Sólo eran las once y media de la mañana, buena hora para un día domingo, pero no para él, ese día único.

La puerta lo recibió fríamente infranqueable; un número de metal, el otro garabateado a mano. Todas sus dudas se agolparon contra ella. El timbre estaba seguramente malo. ¿Golpearía, o haría uso incorrecto de "su" llave?

La abrió por último como si fuera la suya una visita policial: allanamiento. Se sentía su propio detective privado en plena actividad vergonzante. Dos personas en una. Eficacia probada. Pero el total de su envilecimiento era mayor que la suma de sus partes.

—¿Usted?...

En sueños, la identidad de la segunda persona no prueba que no sea una tercera. Es menester interrogarla. También en la realidad cuando se despierta de una pesadilla...

—Yo... —y por un momento mintió al decirlo, para ganar tiempo.

Por un momento fue como si ambos se encontraran en la misma situación. Ni semejante, ni equivalente: idéntica. No había nadie en la pieza de recibo. Norma acababa de subir por otra escala, de abrir y cerrar, violenta y cautelosa, otra puerta de entrada. Una ciudad desdoblada, como frente a un espejo, era el escenario más vasto de esa escena simétrica.

—Lo estaba esperando.

Sus impresiones volvieron de golpe a su curso normal.

Se miraron a fondo, para no verse. Una mirada divisoria. De polo a polo.

En la habitación reinaba un orden conventual: el orden de Norma. Sobraba el orden en medio de toda esa pobreza orgullosamente impecable, casi cómica, como lo es una dignidad exagerada. En esa cama se habrían podido guardar tantos secretos como en una tumba; las manchas de humedad en las murallas formaban parte del decorado y todos los objetos, antes inútiles, perturbadores, “desaparecían” cada uno en su justo sitio, reducidos a su tamaño natural. Sólo sus libros continuaban en el desorden en que los dejara. Hacían grupo aparte en sedicioso, lamentable aislamiento.

En cuanto a su mujer, se restablecía con avidez del matrimonio, pálidamente aún pero ya rebosante de una salud futura. Era una planta de invernadero expuesta al sol que todo lo alumbra, al fin y al cabo. Una planta carnosa, compacta, resistente. ¿No había envenenado ella misma la atmósfera porque le resultaba irrespirable?

“Atención —se increpó, mientras se desembarazaba del abrigo minuciosamente, en cámara lenta—, no se trata de volver sobre una vieja historia podrida a rescatar al inocente y condenar al culpable. Somos personas adultas, no ya los protagonistas de ese folletín. Y

esto debe ser lo natural. Que ya la releve de su turno, una vez a la semana y ella aproveche la ocasión para visitar largamente, no importa a quién. Su presencia aquí puede irritarme". Ah, bien sabía ella, cómo hacerlo. Saltaba a la vista que era libre para elegir sus amistades.

—Pensé que preferiría estar solo con ella y cómo...

—Bien pensado. No pido explicaciones. Gracias.

La agredía de palabra, pero el tono de la voz neutralizaba sus expresiones. Una canción con la letra cambiada.

Norma volvió de la cocinilla con un escrito en la mano. Otro de sus famosos escritos.

—Son las instrucciones.

—Ya lo veo.

—¿Me entenderá la letra?

Se la había entendido demasiado bien. Cada vez que en la exasperación de la incomunicabilidad oral, se "aclaraban" mutuamente por escrito, con una lógica tanto más absurda cuanto más rigurosa. Ella era particularmente afecta a tal género de correspondencia:

"Lo sé, lo he visto todo claro anoche, donde esa amiga suya sin la cual usted no puede vivir..." O bien:

"Fuí una tonta. Creí que por lo menos me respetaba usted como a una persona cualquiera. Lo esperé toda la tarde, para despedirme".

—¿Qué dice aquí?

—Cucharadita. Una cucharadita y media de azúcar.

Por lo demás, escribía con letra de imprenta y espaciaba las líneas de una irreprochable rectitud y subrayaba los párrafos importantes una o dos veces, según el caso, y era enternecedor ese prurito de claridad obsesiva como el de un niño extraviado que explica su dirección a los mayores o el de un poseso en trance de revelaciones o el de un agonizante desconocido en una

casa de huéspedes. Como el de... nadie escapa a ese momento —único para cada cual— en el que se es reintegrado vertiginosamente al seno de su propio abismo y se toca el fondo de la intransferible, innumerable soledad del ser. No hay ya modo de romper el tórrido silencio aplastante, ni palabras ni gestos lo bastante explícitos. Perdidos todos, unos al lado de otros, en una inmensidad de pequeños abismos.

El texto era de una oficiosidad tan exagerada que se lo habría podido leer entre líneas: un documento psicológico. Pero a él lo conmovía otra circunstancia: la tinta de un verde ingrato, ácido, recalcitrante, inagotable, que ella se obstinaba en usar.

—¿Está claro?

Lo sorprendió esa voz viva. Los recuerdos no hablan.

—Creo que sí —buscaba dónde fijar la vista—. Es un manual perfecto —se iba a permitir una ironía—, podrías publicarlo—. La fijó más allá de ella.

—Usted sabe lo delicada que es una guagua.

—Gracias. Pero no es la primera vez que...

—Fíjese bien, por favor. Hay algunos cambios. Ahora tiene seis meses.

—Sí, sí. Sé leer. Agua de arroz. Puedes irte tranquila.

Norma no se movía de su sitio, se desprendía de él con dificultad. Ambos actuaban como en el interior de un acuario, sin ninguna fluidez.

—Hay vino. Una botella en la cocina. Y un poco de pisco si usted quiere.

Por fin se decidía a ofenderlo con franqueza. Endureció el rostro para ocultarlo y la miró a la cara, vacía como la suya de cualquiera expresión.

Eran dos ciegos, el uno al acecho del otro, en un silencio vibrante.

“Encima de todo es un borracho”, agregaba ella

cuando se quejaba de él entre sus conocidos más y más numerosos.

Había dicho vino y pisco alargando las "ies", como en una clase de pronunciación.

Y luego, bebía raras veces, nunca sola. Se limitaba a tolerar los vicios ajenos y a compartírselos discretamente llegado el caso, reservándose el derecho a condenarlos después, como si en cierto modo no los hubiera fomentado. Al menos, era la conducta que había observado con él. Una trampa para el incauto oficiante que cree haber iniciado en su rito al asistente ideal, en el mejor de los medios posibles, cuando en realidad se presta a un experimento en la pieza de su futura esposa. A los hombres hay que conocerlos en la intimidad de sus debilidades. Para analizarlo, Norma lo había dejado diluirse en una solución de humores espirituosos.

En cualquier caso, la existencia de esas botellas allí delataba la asiduidad de un amigo de la casa. Su vacante, la habían colmado hasta los bordes. Y era exactamente lo que Norma le estaba diciendo, con el rostro en blanco.

—Hay vino, una botella en la cocina. Y un poco de pisco, si usted quiere.

Por el espacio de un momento se vio a sí mismo de pie —se había sentado al borde de la cama— con la mano alzada sobre ese eclipse de cara y se escuchó expresiones soeces como si alguien gritase a lo lejos, a destiempo. Oasis. Un juego de la imaginación, violento. Realmente, todo seguía en calma, con creciente naturalidad. El silencio runruneaba. Sí, también eso era lo natural. Que se lo reemplazara a fondo. Lo natural. La medida misma de la naturalidad. Su punto de concentración.

Salvado.

—Es un ofrecimiento. Lo tendré en cuenta. Gracias. No se había traicionado y ya no tenía nada que traicionar.

—Bueno...

Era tan absurda que, a lo mejor, le tendía la mano.

—Bueno.

—...vuelvo a las ocho...

Casi, casi se la había tendido.

—Conforme.

Después de todo, no estaban de más unos vasos de vino.

Norma huyó hacia la puerta como si se hubiera declarado un incendio o temblara.

*

La niña no lo iba a reconocer con seguridad, pero acaso podía desconocerlo o simplemente extrañar a su madre y ver en él nada más que el vacío opaco, nebuloso, concentrándose en torno suyo, amenazante quizá, como todo lo indeterminado: el remedo usurpador de otra persona, la verdadera. Porque no tenía aún necesidad de hacer recuerdo alguno ni de sí misma, ni de nadie, ni de nada; o más bien, antes que innecesario era peligroso que lo hiciera, sí, una monstruosidad de su parte esperar de ella una señal de reconocimiento; sumamente peligroso que en esa cabecita —bastaba para contenerla el hueco de las manos— se abriera interiormente una fisura y madurara y se corrompiera en un punto, dando lugar a la piadosa, melancólica operación de la memoria, resumidero de ese otro mundo en el que éste termina por convertirse en último término.

Así y todo no se resignaba a ser un extraño, a parecerlo. Por lo menos, la niña —qué idea absurda— no advertiría al despertar que él estaba allí, *de visita*, aun cuando lo viera por primera vez. Nunca sabría —pero,

¿cómo iba a *saber* esto o lo otro?— que había sido ése un día domingo, como si las guaguas no vegetaran delicadamente en un perpetuo domingo innominado, inmemorial, irrecuperable.

De modo que procedió a caracterizarse de sí mismo, a encubrir y alterar su aspecto dominical, a semejanza de esos artistas de circo demasiado pobres, cuya elegancia, por desarrapados que sean, siempre será superior a la que lucen en público, bajo una luz parpadeante.

El era, más bien, el tony del circo.

Y su hija, una de esas damas imponderables que asisten alguna vez irónicamente a un espectáculo grotesco.

A esos extremos de sentimentalismo barato podía llegar, también él. Y no sólo fantasiosamente. Pero eso no era lo peor. ¿De qué extraña mezcla de sentimientos obtenía el amor paternal, químicamente puro?

Buscaba las zapatillas en el *closet*, creando allí un caos a su imagen y semejanza.

Porque en esa escena inimaginable pero real, de una torpeza definitiva, no había actuado él con autenticidad. Ciertamente es que estaba algo bebido. Pero, ¿cuándo no estaba predispuesto a estarlo?

El caos se extendía ahora al cuarto de baño. Tampoco allí estaban las zapatillas.

Se disputaban con Norma a la guagua. En un momento en que a él le parecía lógico llevársela consigo.

Y en un momento de ofuscación mayor se la habían disputado... físicamente. Oh, nada más que una ligerísima sacudida al pasar de unos brazos a otros, la transmisión de un golpe en una mano, no enteramente reprimido, esa especie de ruido que se hace cuando se habla tácitamente a gritos, como si el cuerpo se cargara de energía centrífuga. Pero la guagua había soltado un

llanto de segundos, más elocuente que cualquier sermón al respecto.

Las zapatillas.

Entonces, había renunciado a "su" derecho.

Hasta los doce años —recordó— los niños de una pareja separada pertenecen legalmente a la madre —expresiones sarcásticas— a menos que...

Y él no era sino el padre de la criatura. *Sólo* el padre. Pero todos los límites se rompen alguna vez y "ello" vuelve a estar allí, en lugar de uno, como en el séptimo día de la creación. La posibilidad del hombre antece-diéndolo furiosamente. Ni siquiera un animal. Algo más bestial aún que una pequeña fiera lúcida, agazapada en el barro. El barro mismo incorporándose lúcidamente erizado de miedo y de crueldad. Sin edad, ni sexo, ni condición, ni nada.

Un espectáculo deprimente.

No había renunciado al derecho de hacer una escena absurda de ésas que es posible sorprender cuando se espían distraídamente las ventanas del edificio vecino. Pero cuyo sentido *debe* escapársenos. La vista resbala por ese cuadro y busca otro de un significado inequívoco: una mujer que se desnuda frente al espejo de tocador.

Cómo duermen, qué minuciosamente duermen los recién nacidos. Un sueño en blanco donde empieza a formarse un remedo de imagen, como la nata en el tazón de leche. Profundo, pero sensible al menor ruido, como si la luz misma lo hiciera. Un sueño visible casi, que se puede tocar a distancia. Plegándose y desplegándose.

Y qué soledad era la suya ahora. Más absoluta y pasiva y sensible. Le parecía irradiarla: una señal de santidad: el signo de una gran desgracia.

Se tendió en la cama, junto a la cuna, en su féretro. Vestía una vieja bata de baño que compartiera con

su mujer, parte esencial del disfraz con que engañaba apenas al tiempo. Encendió algo así como su último cigarrillo, a pesar de sus reiteradas advertencias a Norma en el sentido de que no fumara junto a la niña. Pero ésos eran los recuerdos de otros días, un poco de humo en el interior de otros cuartos, la disipación de sus viejas obsesiones en una imperceptible corriente de sol y aire muertos.

¿Dónde estaría ella, que no lograba ponerlo en la situación afflictiva del celoso, a la espera?

En ninguna parte ya, para él. Con no importaba quién, en cualquier parte.

Y allí, de alguna manera, a su lado. Reducida a su expresión más tierna. Mínima. Para evitarle todo esfuerzo por recordarla que no fuera el simple refluir de ciertas imágenes indoloras, vacías y nítidas.

Sus encuentros, primeramente de azar. Luego, casuales. Por último, deliberados. Pero siempre un poco orgullosamente azarosos. Es que la desconfianza había sido el signo constante de su unión. Demasiado libre. Una lucha por romperla aquí y allá. Una guerra de nervios.

Se habían casado para prolongar esa lucha en un terreno más firme, donde los golpes dolieran más a fondo. Para asegurársela.

Y, naturalmente, sin tener él donde caerse muerto. De no mediar la ayuda de su familia que llegaba a tierras inhóspitas. Misión en una isla de salvajes.

Ella trasladaba su cama al otro lado de la pieza. Cada uno en su ángulo. Y era capaz de espaciar un silencio rencoroso durante una semana seguida.

El volvía a llegar tarde a esas malditas piezas de casas de huéspedes para romper ese silencio, arrojando al suelo la lámpara de velador con una violencia en la que no se reconocía. Y también, por cualquier motivo.

Cambios de palabras al amanecer, en una atmósfe-

ra lívida, como de tiza húmeda. Insultos de los que sólo se escuchan al pasar, por una calle dudosa.

Había sido una broma ésa, en principio. Luchar cuerpo a cuerpo, a la hora del té de las tres de la mañana, mientras cantaba un gallo poseso, demasiado próximo, en alguna parte. Pero la broma había empezado a adquirir una absurda, ridícula seriedad, como en un sueño pesado del que se despierta a gritos.

Y tantas otras cosas.

Todas ellas reducidas a simples imágenes entrecortadamente precisas, fluyendo a pedazos en la descomposición de un rompecabezas que no se pretende resolver.

Bostezó simbólicamente, apagando a tientas su cigarrillo en el suelo. Tenía un sueño de meses incorporado al cuerpo como una enfermedad.

¿Por qué no dormir ahora que se vivía en paz? Unas cuantas escaramuzas, bien que se librasen aún aquí y allá. Cualquier batalla sería estaba perdida entre enemigos diezmados que ya ni siquiera se reconocen.

La niña lo estaba buscando con la vista.

Sintió un rápido peso en la boca del estómago, esa extrañeza de la propia respiración, una voz de alarma.

El canastillo crujió otra vez, lleno de vida y entre una miniatura de manos aferradas al borde, volvió a emerger, en un esfuerzo increíble el rostro casi entero de su hija, mirándolo despaciosamente, con inteligencia.

De pie, el gigante cubría ahora la cuna, inclinándose sobre ella, los brazos separados. La bata de baño semejaba las alas raídas de un viejo ángel de la guarda venido a menos. Trataba de sonreír con naturalidad, como si siempre hubiera estado allí, en su lugar. Era feliz de un modo torpe como si verdaderamente hubiese cometido errores inperdonables en el desempeño de su tarea y se lo llamara, sin embargo, a hacerse cargo de ella, inmerecidamente limpio de toda culpa.

La niña lo había reconocido, al parecer. Ni el me-

nor gesto de extrañeza o de rechazo. Emitía una especie de canto hablador, informativo. Luego, emprendió metafóricamente el vuelo, desplegando los brazos y las manos en un aleteo.

A esa edad, son como los pájaros —le habían dicho— felices. Siempre que lo tengan todo a su hora. El hambre las hace desdichadas, a distancia. Su propia humedad mordiente. Un sí es no es de frío o de calor. La insistencia con que cierta mosca de torcidos instintos, vuelve a posarse imprudentemente en un mismo punto, sobre la piel. El llanto de otra guagua en la pieza vecina. Tantos accidentes infinitesimales confabulados en contra de esa inmensa alegría más frágil y liviana que una plumilla de cardo.

Y los grandes accidentes, siempre imprevisibles, de alguna manera.

¿Con qué derecho era tan desvalida?

Se había puesto repentinamente seria.

Ambos estaban serios, absorbidos el uno en el otro de modo tan distinto, pero con el mismo asombro que acompaña a una reflexión inexpresable.

En el séptimo día de la creación.

En la prehistoria del pensamiento.

En vísperas de la invención del lenguaje.

Es que ahora él, contra toda lógica, le reprochaba algo. Quizás el que no supiera llamarlo aún por su nombre y lo hubiese recibido como a cualquier otro gigante de buena voluntad.

La niña, por su parte, se había apoderado de una de sus manos, desprendiéndosela del resto del cuerpo y parecía querer examinar por dentro el mecanismo de ese juguete comestible.

Establecer con ella una relación “única, necesaria, insustituible”.

Dobló el índice que la guagua había logrado llevarse a la boca, para que lo mordiera en la articulación.

Higiene. Uno no terminaba nunca de lavarse las manos cuando se era padre de familia.

Guardaría esa mordedura de recuerdo. Nunca se sabe a qué grado de insensibilidad puede llegarse, cuando uno lleva un monstruo adentro.

La niña lo miraba de soslayo, con malicia. ¿De dónde le venía esa inteligencia? Norma y él habían sido un par de estúpidos mientras la esperaban. Y era ésa una pregunta: ¿te duele? Una respuesta: lo creo a medias. Una petición: ¿Puedo seguir haciéndolo? Una amenaza: lo haré de todos modos. Y una duda condescendiente, burlona: pero quizás, si es cierto que no puedes resistirlo...

Se estaba poniendo "chocho" al llegar a los treinta años. El, que no había deseado nunca un hijo para sí mismo. La falta de nuevas amistades, a lo mejor. Ese vacío en su pieza cuando llegaba tarde a casa, peor que nada.

Con la niña en brazos recorría kilómetros en redondo. Y hasta cierto punto tenía la impresión de que no llegaban a ninguna parte, huyendo de quién sabe qué. O aventurándose en otro planeta, baldío. A su paso rodaban objetos familiares por el suelo, las cosas perdían algo de su utilidad y empezaban a vivir de una vida propia, inservible, como la suya. Su compañera de viaje, insistía en detenerse aquí y allá, para apoderarse de algún accidente del camino. Inservible todo. Nada para llevarse de veras a la boca. Frutos que no eran sino manchas en las paredes, fotografías que a ninguno de los dos le recordaban nada.

Hizo un alto para mudar a su jinete.

Operación muy delicada cuando se tienen cascos en lugar de manos y un miedo enfermizo a las corrientes de aire.

No se avergonzaba ya de hablar solo con ella, en voz alta: habían llegado juntos a otro planeta.

Pero, mientras le preparaba algo de comer —las instrucciones no le parecían ahora demasiado precisas, tan olvidadizo era— lo invadió súbitamente un cansancio horrible. Traspies. Descendía a la realidad, como en un aterrizaje forzado, sin destino.

Cucharaditas. Dos cucharaditas y media de azúcar.

Limón. ¿Dónde lo había dejado en ese momento mismo?

Entretanto, su mujer...

Y era un día domingo, por la tarde. También para él que tampoco estaba dispuesto —menos que nadie— a...

Menudos objetos imprescindibles, escondiéndose entre platos sucios.

La leche lo salpicaba, como si alguien la pasara a llevar, una y otra vez.

Había dicho vino y pisco alargando las "ies", insidiosamente.

Pues bien. Vino para él. A la salud de sus incontables errores. Para reanimar a los fantasmas.

Que ella no se pareciera a ninguno de los dos. Todavía era capaz de formular un verdadero deseo.

Que se le pareciera, a hurtadillas, en un solo sentido. Tal vez, el de su asombro irreductible frente a las cosas, por más que intentase entenderlas para controlarlo. Ese sombrío sentimiento de la impotencia exultante de todo conocimiento que no brotara del corazón, a merced de todas las contradicciones, sombrío y exultante.

Agua de arroz, doscientos gramos.

El terreno firme de la realidad. La continua proximidad del abismo, de nuestra única certidumbre, obtenida vertiginosamente como en los sueños. Ellos nos devuelven a la realidad original, esa especie de locura que se obtiene cuando la lógica es puesta a prueba, llevándosela hasta sus consecuencias extremas. El terreno firme.

Se tambaleaba a conciencia, ligeramente.

Moriría, no importa cuándo, antes de tiempo.

Los hijos deben enterrar a sus padres y emprender una vida de su exclusividad.

Sobre todo la niña, no ganaría nada con parecerseles.

Pero que algo suyo pasara a ella. Todavía era capaz de formular un verdadero deseo.

¿Cómo llamarlo?

Era apenas la murmuración de un impulso dudosamente generoso, en el que se abría ese silencio murmurador del día domingo, en cierto modo lesivo para él, que tampoco estaba allí en su verdadero lugar, convertido por obra y gracia de sus incontables errores en un pobre hombre que revela a su mujer, mientras ella... en una torpe niñera de sexo masculino.

Había roto un plato que pareció gritarle: "Estúpido".

La guagua empezaba a llorar de hambre. Razonablemente.

Paternidad.

Buen tema para un pintor justamente olvidado. Posaba para él a un siglo de distancia, con la guagua en las rodillas, dándole la interminable mamadera. Los ojos de la niña eran de un azul inexpresivo, velados por un aliento lechoso. No lo veía ya. Se entregaba al placer de la succión. Sólo las aletillas del respingo de nariz exteriorizaban su ávida actividad secreta.

Qué soledad la suya. La de un juguete viejo, en el cuarto de guardar. Le parecía irradiarla. Una señal de inutilidad, el signo de su condición absurda.

Gracias a esa botella de vino eran las cinco y media de la tarde.

Sus invenciones fracasaban, unas tras otras. Se distraía de ellas y la niña buscaba cómo entretenerse por su cuenta, de modo efectivo. La aburría con trucos gastados: haciendo sonar un cascabel, dibujando en el aire

cualquier cosa, alzándola por encima de su cabeza. Ella quería arrojar al suelo objetos quebradizos o succionar objetos metálicos o destruir papeles que se conservan. Parecía molestarle con él, cuando se lo impedía a medias y si lograba ponerle las manos en la cara lo tironeaba de la nariz, de los labios, seriamente, como para desquitarse. No se dejaba acariciar. Prefería relacionarse con el mundo propinándole golpes finitos, llenos de vivacidad. Estaba irritada. Acaso tenía sueño. El le era indiferente.

La acostó con prolijidad. El sueño que la rondaba, volvió a respirarse a su alrededor, casi visible, alejándolo de ella amablemente, como se hace salir a un visitante inoportuno con el pretexto de acompañarlo a su casa. ¿Por qué no le proporcionaba una diversión inolvidable, aguzando todo el ingenio de que era capaz?

Absurdo, absurdo.

Bebía ahora del fuerte, sin moderación, desesperado.

Empezó a atardecer copiosamente. La obscuridad entraba a sacos, como para hacerlo desaparecer, antes de que alcanzara a encender la luz. Y él no atinaba a moverse, paralizado por la tentación de incorporarse a la obscuridad, ayudándola a barrer con él.

¿Qué idea era ésa a la que pretendía darle forma, sólo por hacer algo? Releyó su escrito hasta el cansancio y cada vez le resultaba más inmotivado, menos inteligible. Uno de esos poemas suyos que nacían muertos, en los que todas las palabras, trabajosamente ensartadas en un hilo de araña, se desprendían por fin, unas de otras, para mostrarse en su miserable abundancia. Ni un asomo de vida, nada más que el propósito de aprovechar el tiempo, ciertas lecturas, alguna ocurrencia, y alimentar su vanidad y ahuyentar sus obsesiones.

¿Pero cómo podía dar rienda suelta a todo eso, mientras se acercaba la hora de irse? No volvería a verla en varios días, y esos días sumarían años.

Todo por culpa de Norma.

Sí, sí. Había inocencia y culpabilidad en toda esa vieja historia podrida, como en un folletín. Y él era *inocente*, debía serlo. Estaba en desventaja.

Sus celos abstrusos, sus exigencias, su pretensión de estar siempre en lo justo. Esa nobleza de sentimientos de la que hacía alarde, en un silencio rencoroso, para abrumarlo. Su "feminismo", como si el hombre y la mujer fueran ocasionalmente lo uno o lo otro, y luchasen con las mismas armas, disputándose el mismo pedazo de terreno, palmo a palmo. Su cara. Sí, todo entra en el juego, cuando se pasan a llevar sus reglas. Hasta los objetos toman un partido y participan en la lucha.

Se paseaba por la pieza como un animal enjaulado. Era injusto. Tenía que serlo. Se le iban las manos en todas direcciones.

Fue como si hubiera echado a correr, en la obscuridad. Porque tropezó de pronto violentamente con la cama y se desplomó sobre ella, acezante. La deshizo, apilonándolo todo, como para dar cuerpo al enemigo. Y lo desbarató a golpes, lanzando sus restos al aire. Lo pisoteaba en el suelo, sin ruido. Pero la niña había despertado en la pieza vecina y daba señales de inquietud. La proximidad de un monstruo suelto, flotando en el aire. No podía acercarse a ella ahora. Se arrodilló blandamente en el suelo, conteniendo la respiración. Hasta que escuchó de nuevo sólo voces en su conciencia, risas de extraños que lograban entrar allí, para burlarse de él, por una puerta falsa. Y muy a lo lejos, esa especie de llamado consolador que uno cree oír, cuando no se desea otra cosa que un poco de paz, a cualquier precio.

Lloraba.

¿Para qué negarlo?

Era un caso perdido.

ENRIQUE MOLETTA

La virtud fundamental de Enrique Moletto (en *Solo, Calle Arriba*), este nuevo escritor que le nace a Chile, es que es novelista cien por ciento. Novelista en el sentido de correlacionar situaciones y saturarlas de ese hábito emocional que hace de la vida contenida en toda narración en trasunto directo de humanidad. (NICOMEDES GUZMÁN).

Autor de una obra representativa del momento actual (*Solo, Calle Arriba*), de desorientación, de dolor secreto, de amargura, de placeres breves y dispersos. (NATHANAEL YÁÑEZ SILVA).

La prosa (de *Solo, Calle Arriba*) es ágil, pero de calidades simplemente periodísticas. (ELEAZAR HUERTA).

¿Por qué, entonces, aquella sensación negativa (en *Solo, Calle Arriba*), aquella reacción que disminuye la obra? (HUGO LASO).

E L T E S T A M E N T O

NUEVAMENTE unos golpes secos, precisos. Maquiavelo estaba seguro esta vez de no haberse equivocado. La esfera luminosa del reloj constituía la única luz del cuarto. Los ojos soñolientos del sacristán se volvieron en esa dirección. ¿Quién podría ser? Eran las cinco de la mañana.

—¡Señor cura, don Lorenzo!

La voz del niño Maquiavelo salió como un hilo de entre las sábanas. Pero el cura dormía, roncaba, y él sentía miedo.

Por cierto que la jornada anterior había sido dura. No se habituaba a estos ritos. Es triste ver morir la gente. Saltó de la cama sin atreverse a llegar hasta la mampara de vidrios vibrante aún por los golpes de la mano de hierro, que tan poderosamente llamara su atención cuando entró al servicio del reverendo. Al tropezar con el biombo, recordó las escenas del infierno. Las había visto pintar por un afichista del barrio. Era tosco, de colores chillones, de gran efecto para ciertas personas. Las burdas figuras producían más risa que espanto.

El sacristán pensó en esa señora del vecindario, que traía a su sobrina recién llegada del campo para que el padre Lorenzo le hablara. La tía esperó en la salita privada del párroco mientras la muchacha era conducida

por él a la pieza del biombo, allí, bonachón y sonriente, el padre Lorenzo comenzó a interrogarla.

—Hija ¿sabes algo del infierno?

La joven, azorada, movía negativamente la cabeza.

—Malo, muy malo. Tu tía debiera haberte instruído.

—¿Pololeas?

Al signo afirmativo de ella, siguió un prolongado ¡oh! teatral de indignación. Una pasada casual frente al biombo producía su efecto en las jóvenes que durante varios días evitaban encontrarse con sus novios.

El sacristán caminó hasta la puerta de calle tiritando de frío. Aguardó un rato, los golpes se repitieron. Esta vez dio un salto.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó, con miedo.

Desde fuera reconoció la voz de Mercedes, la vieja criada de misia Carmela. El sacristán bajó la pesada tranca entreabriendo para cerciorarse.

—¿Es usted, Maquiavelo?

—Sí, doña Mercedes. ¡Cómo estará de frío!

—¡Ay si ya ni me siento! Qué sueño pesado tienen ustedes.

Con calma encendió una vela en el cuarto contiguo al que dormía el párroco. La mujer se dejó caer como un bulto sobre una silla.

—Espere usted, señora Mercedes, mientras le aviso al padre Lorenzo.

Pero éste venía muy despierto.

—¿Eres tú, hija?

La vieja estalló en sollozos.

—Esta vez sí, esta vez sí —empezó a gemir.

—Si Dios lo quiere así —agregó el párroco cruzando las manos sobre el estómago. Sintió un dolorcillo que le recorrió el lado derecho. Ya lo había tenido en otras ocasiones, esta vez cortó su aliento. Vio que la vieja permanecía de pie, invitándolo a salir cuanto antes. El

cura dio una mirada al sacristán que desapareció en el dormitorio.

Trepado sobre un piso el muchacho comenzó a registrar los compartimentos del ancho ropero de caoba, obsequio de la pobre moribunda. Finalmente halló lo que buscaba. Habría que plancharlo un poco, afianzarle la cola, pensó, examinándolo a la luz de la vela. El sacristán iba a colocar aquello dentro de una pequeña valija, cuando la voz del párroco lo detuvo.

—Probablemente no es aún necesario. Iré yo primero a echar un vistazo. Si ocurre, mandaré por ti.

La idea de quedarse solo lo hizo exclamar:

—Voy con usted, padre Lorenzo, voy con usted aunque no me necesite.

Mercedes estaba ya en el umbral. El padre Lorenzo, seguido por el niño, salió a la calle. El frío sirvió para despejarle las ideas. Muchas veces misia Carmela estuvo como ahora en trance de morir. Pero tenía buena fibra, la de los Arenda, que sobrevivían siempre a los de su generación. El padre Lorenzo recordó a don Ramón, tío de misia Carmela. Había alcanzado a los 90 años y al propio don Clorindo, su hijo, al que puso los óleos tres años antes.

Desde aquel entonces era como su casa la mansión de tres patios de los Arenda. Tomaba el té con misia Carmela y sus grandes manos anchas, de campesino, habían aprendido a sostener con gracia las tazas delicadas que Mercedes le tendía humeantes.

Ahora Dios, al acordarse de misia Carmela, hacía posible ver los resultados de sus largos predicamentos. La iglesia necesitaba una mano de pintura, uno que otro arreglo en el campanario y en el coro. Cierto que ella contribuía mucho. Los grandes braseros de cobre, el piso donde reposar los pies, el ropero de caoba habían cruzado por turno la puerta de la casa en dirección a la parroquia. Pero él, don Lorenzo, esperaba obtener

más de su celo religioso. Grandes obras, la escuela para educar a esos pillastres del barrio, era algo que durante treinta años le venía oprimiendo el corazón, sin que a los Arenda les importara mayormente. Estaba viejo para ciertos oficios. Cultivar el huerto cansaba su cintura y Maquiavelo era apenas un niño de diez años incapaz de secundarlo en los trabajos duros. No ambicionaba más. Su cara se llenó de felicidad al pensar en sus proyectos.

Cuando llegaron bajo el portal de los Arenda, Mercedes extrajo la enorme llave. Con un chirriar de goznes abrió para dejarlos pasar.

Los ojos del sacristán miraban curiosos los cuadros colgados en la pared. Paisajes y retratos que nunca había visto antes. Viejos con cuellos duros, y brillantes como nueces en las corbatas. Siempre despertaba mucho después de haberse levantado. Maquiavelo se preguntó si estaría soñando. Volvió a mirar a su alrededor y vio al padre Lorenzo entregar el sombrero y la capa a la criada. También alcanzó a oír algunas palabras entre ellos: "Lo quiere usted bien calentito?" "Igual que de costumbre, con bastante azúcar".

No era sueño. Estaba seguro de no haber entrado jamás por aquella puerta. Don Lorenzo lo hacía ir directamente a la cocina acompañado de Mercedes a servirse un suculento desayuno.

Al encontrarse en esa sala grande y cuadrada, con estatuas de mujeres desnudas, se preguntó también si el padre Lorenzo reprendería a la moribunda por éso.

No se atrevió a mirarlas por miedo a que el párroco estuviese observándolo. Pero don Lorenzo no se hallaba en ninguna parte. Entonces se acercó hasta rozarlas con los dedos, que retiró de inmediato por el contacto helado. Sin embargo, eran los cuadros los que atraían mayormente su atención. Algunos, con lujosos marcos de oro como los de la iglesia, brillaban por el reflejo de la luz. Temeroso, regresó a su sitio junto a la puerta.

—Maquiavelo —dijo el cura, al regresar—, esta vez necesitare los paramentos, el incienso, los óleos y también el traje. Cuida de no estropearlo en el camino.

El niño hizo una reverencia antes de deslizarse hacia el portón.

—Corre, no te entretengas —fueron las últimas palabras que oyó.

Comenzaba a amanecer. “Pobre vieja que vaya a morir”, pensó, hundiéndose en la niebla.

Momentos después volvió jadeando. La criada lo acompañó silenciosa y al pasar bajo la lámpara del salón de las estatuas pudo comprobar que Mercedes tenía los ojos enrojecidos. Lo tomó de un brazo con fuerzas como queriendo buscar apoyo en su cuerpo:

—Tú, que eres tan bueno, reza por misia Carmelita para que no sufra tanto —le dijo la vieja, al traspasar la puerta de un corto corredor protegido por un espeso cortinaje. Sin agregar más lo dejó solo. Desde adentro, un murmullo bien conocido lo trajo a la realidad. Comprendió que ese lugar era la recámara del cuarto de la moribunda. La luz no permitía distinguir nada. Soltó la maleta. La voz del párroco la oyó ahora más cerca. Puso atención, disponiéndose a escudriñar, cuando el cortinaje se apartó para dejar pasar a don Lorenzo que, con un ademán preciso, le indicó que no hablara. El párroco encendió una vela y entonces el sacristán vio, con sorpresa, que estaba apoyado en una estantería de libros alta, sin fin. Había además varios sillones y mesitas. La voz del sacerdote lo sacó de su asombro.

—¡Los paramentos, los paramentos! ¿En qué parte tienes la cabeza esta mañana?

Iba a contestar, cuando el otro, con un gesto perentorio, le ordenó silencio.

Maquiavelo subió arriba de una silla para arreglar la caída de la estola como exigía el párroco.

—Ahora, vístete tú —le dijo, antes de regresar al

otro lado de la cortina—. Te llamaré con la señal convenida.

Maquiavelo se encontró nuevamente solo. Le habría gustado ver un poco más, pero no atreviéndose a desobedecer, sacó su indumentaria de la maleta y le pasó la mano para alisarla. Tenía la cola suelta. El párroco quería todo a la perfección, pero aquellas ropas estaban apolilladas en varios puntos. Uno de los cuernos de lana amenazaba separarse del grueso paño. Menos mal que es caliente, dijo, mientras se vestía con rapidez. Luego ensayó varios pasos que el padre Lorenzo le enseñara. Finalmente podía encaramarse para curiosar esos libros cuyos lomos de cuero veía alineados en perfecto orden. Decidió abrir el más pequeño de ellos y, con alegría, descubrió unas ilustraciones en colores. Empezaba a hojearlo, cuando el padre Lorenzo hizo la señal convenida. Dio un brinco y el libro resbaló ruidosamente. Siguió al estrépito un débil gemido, luego las palabras tranquilizadoras del reverendo.

—No es nada, misia Carmela, no se distraiga, trate de recordar si cometió actos y ofensas voluntarias o involuntarias contra los preceptos de la Santa Madre Iglesia.

Era el momento. Pegado a las cortinas esperó nuevamente la orden para hacer su aparición. La voz de la moribunda volvió a escucharse:

—Esas cortinas, padre Lorenzo, se... se mueven.

Los ojos del párroco buscaron los del sacristán fijándolos un instante.

—¿Qué tienen las cortinas?

Son grandes y hermosas, pensó. Pero él mismo ahuyentó el pensamiento con vergüenza. Posesionándose de su misión, prometió no volver a reparar en eso.

Detrás del cortinaje, Maquiavelo esperaba con impaciencia. La corpulenta figura del sacerdote se interponía entre el lecho y su escondite. Cuando el padre

Lorenzo hizo la señal de costumbre, Maquiavelo entró en la habitación dando saltos, corriendo de un lado a otro. Lanzó varias miradas hacia el lecho y pudo ver el rostro de la anciana, hundido en los almohadones. ¿Acaso era demasiado tarde?

Esperó un rato. Los ojos de misia Carmela se abrieron pesados clavándose con espanto en los suyos. Con un esfuerzo trató de incorporarse; el sacristán consideró que el momento era propicio para desaparecer y lo hizo con dos volteretas en una carrera final. Los oídos le zumbaban cuando escuchó las palabras del sacerdote.

—Pero misia Carmela, debiera ser un día de paz éste en que se prepara para rendir su alma al Señor. En cambio, insiste en haber visto al diablo.

La voz de la anciana repetía obstinada: “¡Lo vi! ¡Lo vi!”

El padre Lorenzo apoyó su mano en el hombro escuálido de la moribunda advirtiendo que las ropas caían flojas. Poco a poco cedió a la presión hundiéndose en los almohadones.

—Hija —la reconvino el sacerdote—, ésta es una prueba evidente de tu falta de preparación. Es culpa mía también, ya que el Señor ha confiado tu alma en mis manos. ¿Qué has hecho?

—¡Nada, nada! —gimió la anciana, pero el padre pareció poco convencido.

—Algún pecado olvidas decir a tu confesor. Haz memoria, que aún está en mis posibilidades enviarte al cielo.

La anciana con un esfuerzo desesperado consiguió mover la cabeza negando. El cuarto danzaba a su alrededor y sólo distinguió el dedo del sacerdote, inmenso, apuntando hacia ella. Quería decir algo, pero no pudo. Tal vez su vida anterior... El cerebro le negó toda ayuda. Los años de la infancia, su época de embaja-

jadora, las fiestas elegantes desfilaron con rapidez. ¿Habría aquéllo herido al Señor de la austeridad? Sus donaciones habían sido exiguas, ya que mucho conservaba aún. Se sorprendió de pensar con tanta nitidez, como si su cuerpo viejo y enfermo no le perteneciera. Sin embargo, sentía terror al recordar la visión repentina del diablo saltando cerca de su lecho. ¡Oh, no, no era posible! Dios se apiadaría de ella al último momento, devolviéndole la paz. Pero pese al esfuerzo que hizo, no logró verlo por ningún lado. Al abrir los ojos, la sorprendió la presencia del sacerdote. ¡El padre Lorenzo! ¿Quién otro podía ser? Extendió sus manos hacia él y ese contacto tibio la consoló. No existía el demonio, sino fray Lorenzo. Eran amigos de tanto tiempo, seguramente iba a ayudarla en este trance. En además de incorporarse, rogó al sacerdote que se acercara.

—Padre Lorenzo —murmuró—, quiero salvarme. Dígame cómo, luego... luego.

El sacerdote estuvo un rato en silencio antes de responder.

—Nuestro Señor afirmó en una hermosa parábola que le sería más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar al reino de los cielos. Las riquezas que El nos dio al nacer debemos restituir las al morir. Sólo de este modo podremos compensar su generosidad, presentándonos adornados por la pobreza que tanto predicó. La caridad...

El sacerdote vio con alarma a la anciana cerrar los ojos. Esperó consternado sin atreverse a tocarla. Al cabo misia Carmela murmuró:

—Todos mis bienes, to... dos, te los restituyo.

Doña Carmela al ver el pliego que el sacerdote extendía ante sus ojos y la pluma que acomodó entre sus dedos firmó iluminada

A él le pareció menos vieja. Nunca había visto antes una expresión más dulce y hermosa en rostro alguno.

HERBERT MULLER

Su estilo clarísimo (el de *Perceval* y *Otros Cuentos*), no se puede más simple, despojado, es aparentemente impasible; pero logra, como pocos, hablar entredientes, deslizar, insinuar, aludir, dar a entender mirando a otro lado. (HERNÁN DÍAZ ARRIETA, *Alone*).

Los cuentos de Herbert Müller y los poemas de Nicanor Parra son, sin lugar a dudas, las dos altas cumbres de la expresión literaria chilena de 1954. (GONZALO ROJAS).

Herbert Müller desde su primer cuento se reveló como un original hombre de letras y un agudo observador que se escapa de todo convencionalismo literario. (RICARDO LATCHAM).

Müller trata el género cuento de un modo atterradoramente esquemático. Ha suprimido el paisaje, la descripción y casi la especulación y algunas de sus piezas se reducen a la pequeña dimensión de una anécdota. Ha suscitado polémica. (MANUEL ROJAS).

Sin Gestos, Sin Palabras... y hasta *sin llanto*, es una fórmula ideal para no tener nada que decir. (BENJAMÍN SUBERCASEAUX).

He aquí la nueva literatura nacional, he aquí las preocupaciones de los autores jóvenes: despiertarnos. (HERNÁN DÍAZ ARRIETA, *Alone*).

SI USTED quiere saber algo de Mario, nunca se lo pregunte, porque Mario nunca se lo dirá; en cambio, si usted espera, pacientemente, es probable que él mismo se lo diga... siempre que se le dé la gana.

Yo, por ejemplo, aunque tuve muchas oportunidades para preguntarle por qué había terminado con Gertrudis tan insólitamente, en los cuatro meses que siguieron al acontecimiento ni siquiera le rocé el tema. Y ayer, cuando menos esperaba una revelación, Mario interrumpió sus pasos, que lo llevaban a la cocina en busca de más agua caliente para que continuáramos tomando té, y, abruptamente, me dijo:

—Tú comprenderás que no podía tolerar que Gertrudis le hiciera perder la chaveta a Marco Antonio hasta el extremo de olvidar su *macfarlan* en el hotel.

Mario se quedó allí, en el centro de la pieza, con los ojos muy abiertos, mirándome fijamente, en busca de mi aprobación.

Las ideas y los recuerdos se revolviéron rápidamente en mi cabeza hasta que, sin poderme contener, largué una carcajada.

Mario tenía razón.

En eso estaba, riendo y tratando de contagiar mi

risa a Mario, cuando tres golpes muy tímidos y suaves a la puerta nos interrumpieron. Eran las dos y media de la mañana y los golpes resultaron alarmantes. Por eso, Mario se precipitó a abrir.

Lo vi echarse para atrás, fruncir el ceño y dejarle el paso a alguien.

Ese alguien era, ni más ni menos que Marco Antonio... Marco Antonio, que introdujo su alta y delgada figura en la pobre habitación de Mario y que luego de decir tontamente "¡Hola!", comenzó a husmear por aquí y por allá como si hubiera venido a buscar algo.

—¡Tate! —me dije—. Este es el final de la historia. ¿Y por qué no el principio?...

- *

Gertrudis y Marco Antonio habían encontrado ya una fórmula bastante adecuada para su tormentosa vida en común, cuando Marco Antonio debió partir, apresuradamente, a Europa. El viaje duraría tres meses. Era ineludible para los estudios, para la profesión de Marco Antonio, y Gertrudis, comprendiéndolo así, se despidió de él cordialmente. Hasta ese momento, nunca se habían separado, habían vivido juntos, es decir: habían vivido bajo el mismo techo, pero haciendo cada cual su propia vida. Era un acuerdo tácito al que llegaron después de cien mil peleas, discusiones y desavenencias que habían transformado ese hogar en un infierno. Un infierno que repercutía hasta en los dos niños que, de los buenos tiempos, les habían quedado. Después del acuerdo, y sobre todo desde la aparición de Mario en la vida de Gertrudis, todo cambió. No más gritos, no más alegatos, no más amenazas ni platos rotos. Vino una convivencia apacible, quieta y hasta agradable.

Marco Antonio, y con razón, tomó la llegada de Mario como una bendición. Ahora podía dedicarse por entero a sus estudios y a su trabajo; ahora veía a Gertrudis contenta y preocupada hasta de los menores detalles de la buena marcha de la casa; ahora veía a los niños sanos, confiados y serenos. Marco Antonio supo apreciar sus pantalones bien aplanchados y las camisas limpias y sin faltarles ningún botón. No pudo, por lo tanto, resistirse a las simpatías que, desde el primer instante, le despertó mi buen amigo Mario.

Este, por su parte, colaboró con su actitud a que la situación fuera comfortable. Entraba y salía a horas prudentes; trató a Marco Antonio con deferencia y respeto, y dio justificación a sus visitas comportándose como lo que se ha dado en denominar "un buen amigo de la familia".

La gentileza de Mario llegó hasta el extremo de aguardar hasta el día siguiente al que se fuera Marco Antonio para ir a ocupar su lugar.

El traslado de Mario a nadie sorprendió, porque, fuera de aparecer con una maleta pequeña, no trajo cambios. Pero por primera vez, y de allí en adelante, en esa casa hubo y reinó la sensación de un verdadero hogar.

Durante esos meses, realista y precavido, Mario mantuvo su departamento de soltero, al cual habría de regresar, de seguro, tarde o temprano, al volver Marco Antonio.

Mis presagios agoreros de que todo cambio de circunstancias es, en estos casos, muy peligroso, fueron desestimados y muy pronto hasta yo mismo los eché al olvido. Gertrudis y Mario se avenían a las mil maravillas. Gozaban viviendo juntos y mejor era no amargarse pensando que este paraíso tendría su fin.

Las tarjetas que Marco Antonio, cumplido y puntual, envió desde Europa, las leyeron ambos con cariño

y ternura. Una ternura muy sincera, por lo demás, y unida a un auténtico deseo de buena suerte.

Muchas veces me pareció increíble que todo no hubiera transcurrido y sucedido en esa casa así; que aquellos que a Mario trataban como a un padre, arriándose a él para escucharle cuentos y recibir caricias, no fuesen sus propios hijos; que Gertrudis, tan alentadora e interesada en sus asuntos, no fuese su mujer.

Pero como no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, una noche el ineludible cablegrama llegó.

Marco Antonio regresaba. El mundo aquél se venía abajo. Mario tendría que volverse a su desolada habitación y abandonar ese que era ya su hogar, con todas las comodidades y seguridades que las casas, que los hogares constituídos dan, y, por sobre todo, no dormiría más con Gertrudis, con esa espléndida mujer, tan su mujer, rodeándole el cuello con sus brazos regales. No más almuerzos a sus horas, comidas a sus horas, y vuelta a las fritangas, a los tallarines, a los eructos ácidos. Vuelta a preocuparse de la ropa limpia, a preocuparse de sí mismo.

Era una tragedia. Aquello me pareció dolorosísimo.

Desde la recepción del cablegrama, Gertrudis fue otra. Se puso triste, melancólica, y largas lágrimas anunciaron que la despedida con Mario, aunque en ningún caso fuera a romper el amor entre ambos, iba a ser dramática. Mario, por su parte, guardó la compostura. En instante alguno mostró pesar o preocupación. Es más, se hizo dulce y consecuente, redoblando sus atenciones y mimos para con Gertrudis. Con los niños fue más que un padre, que un profesor, que un simple compañero. Fue un héroe. Y para que no se le mal interpretase, suspiró, de cuando en cuando y muy hondo.

Marcos Antonio llegó una tarde de abril.

—Abril es el mes más cruel —comentó Mario al llevarse, la noche antes, su valija.

Marco Antonio venía cargado, a su vez, de bultos y paquetes; más delgado, más alto y más crespo, y trayendo un *macfarlan* colgado del brazo. Un estupendo *macfarlan*. Con sus ojillos vivaces, más infantiles que nunca, buscaba a Gertrudis entre el público del aeropuerto.

¡Y allí estaba Gertrudis!

Algo que había muerto entre ellos renació en aquel instante. Espontáneamente corrieron, el uno hacia el otro, para darse un apretado abrazo. Al encontrarse ambos pechos, al sentirse latir tan apresuradamente, ambos corazones parecieron ponerse de acuerdo.

Gertrudis y Marco Antonio salieron de allí tomados de la mano para dirigirse a casa.

Aquella noche, como en los antiguos tiempos de recién casados, después de curiosear las maletas, los bultos y paquetes con regalos, volvieron a dormir juntos, muy juntos, en la misma cama.

Al saberlo, sufrí mucho por Mario. Súbitamente, sin ninguna explicación lógica, sin que nadie hubiera podido preverlo, Mario debía soportar lo peor que a un hombre puede acaecer: su mujer en los brazos de otro hombre. Y peor aún, en los brazos de su marido.

En las horas y días siguientes, Gertrudis no dio excusa alguna, porque, simplemente, ninguna excusa se le vino a la cabeza para lo que acababa de suceder. Pero Mario no hizo hincapié en el asunto y apareció en casa por las tardes, como siempre, retomando su antiguo papel: el del mejor amigo de la familia. Con esta actitud hizo que, para Gertrudis, el trance fuera leve.

En su fuero interno, Gertrudis lo bendijo.

Yo suspiré, aliviado y admiré su comportamiento: Mario era todo un caballero, todo un hombre.

Parte de su equipaje lo había enviado Marco Antonio, con su característico buen orden, por barco y con anticipación. Así, hubo de ir al puerto a buscarlo y Gertrudis, por supuesto, fue con él.

En esas circunstancias estuve con Mario muchas veces. Como siempre, conversamos largo y bebimos té en su habitación o en la mía, pero ni siquiera rozó el tema del retorno de Gertrudis a su marido y hasta creo que no la nombró. Advertí, eso sí, que otra vez lo agarraba la manía de lavar y volver a lavar la ropa ya lavada. Señal inequívoca de que, en el fondo, el asunto le dolía.

Tres días más tarde, Gertrudis y Marco Antonio volvieron del puerto. Venían dichosos y Mario fue a esperarlos a la estación del ferrocarril. Allí estaba, en el andén, y pudo ayudarlos a bajar las cosas. Ellos lo saludaron efusiva y alegremente.

Ya abajo, al recontar el equipaje, Marco Antonio dio muestras de singular turbación. Empalideció. Gertrudis y Mario tuvieron que acudir a él. Reponiéndose apenas, Marco Antonio balbuceó:

—Mi *macfarlan*. Perdí mi *macfarlan*. Seguramente lo dejé en el hotel.

Mario dio un salto tremendo y se le colgó de las solapas.

—¿Qué? —gritó, desorbitado.

—Seguramente lo dejé en el hotel —repitió el otro, con terror.

Mario lo soltó para echarle una furibunda mirada a Gertrudis, les dio la espalda y partió, dejándolos allí sin poder recuperarse del asombro.

Mario no volvió a poner los pies en casa de Gertrudis. No quiso saber más de ella ni de Marco Anto-

nio ni de los niños. En balde, Gertrudis lo llamó, lo fue a buscar, le escribió cartas y le mandó recados.

A mí, que soy su amigo, Mario recién comenzaba a explicármelo todo:

—El *macfarlan*... ¿te das cuenta?... ¡Un estupendo *macfarlan*! Yo puedo soportarlo todo. Puedo soportar que ella vuelva a su marido las veces que se le antoje... ¡pero no estoy dispuesto a tolerar que le haya hecho perder la chaveta hasta el extremo de olvidar su *macfarlan* en el hotel!

Y esta noche, varios meses más tarde de la pérdida, por parte de Marco Antonio, de su cabeza y de su *macfarlan*, en los momentos que Mario va a preparar más té en su habitación desolada, golpea a la puerta Marco Antonio, perturbando la calma, y asoma su figura alta y desgarrada y su cabeza crespa, y con un pretexto idiota comienza a hurgarlo todo con sus ojillos saltones como si quisiera encontrar aquí su *macfarlan*...

WALDO VILA

La prosa de Waldo Vila (en *Un Día antes del Viento*) es nítida y está equilibrada con maestría. Ningún titubeo, nada de menos ni de más, un aire de experiencia, de seguridad, de aplomo... Lo serio nos parece la calidad del estilo, la destreza de los recursos, el hábil manejo de los diálogos y escenas, la soberana soltura de las transiciones, comúnmente dejadas a la agudeza del lector. (HERNÁN DÍAZ ARRIETA, *Alone*).

No se asusta de abordar temas escabrosos o situaciones de tensión dramática, como en ese modelo de cuento: *Un Día antes del Viento*, de ejecución admirable, de fina y penetrante madurez psicológica cuando analiza los problemas del sexo. (RICARDO LATCHAM).

Sus héroes constituyen dramática galería de gentes venidas a menos. Cierta visible desconsuelo o desencanto fluye, como algo esencial, de la mayoría de estos relatos (*Un Día antes del Viento*), escritos sin vacilación, con toques verdaderamente maestros. (MANUEL VEGA).

Cierta delectación por el asunto procaz o bajo en ciertos relatos (de *Un Día antes del Viento*). Vila revela cierta inclinación por una suerte de humor negro en el que se hace muy manifiesta aquella procacidad. (CEDOMIL GOIC).

Todavía tiene vacilaciones en la prosa y un manejo a veces descuidado de los verbos. Necesita mejorar su idioma y perfeccionar sus métodos estilísticos. (RICARDO LATCHAM).

Sin embargo, Vila Suárez paga también tributo a los métodos convencionales, dejándose dominar por una suerte de incertidumbre, de timidez, de miedo a la audacia ágilmente dibujada, en los momentos decisivos. (LUIS SANCHEZ LATORRE).

EL JUEGO DE PAPEL

EN LA PUERTA del edificio de papá conversaba un grupo de señores; me acerqué y los oí discutir en voz alta; uno de ellos, sin cesar de hablar, sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos, buscó dentro y al encontrarlo vacío lo arrugó entre los dedos y lo lanzó al suelo. La pelotilla cayó a mis pies, yo la empujé; saltó por encima de un par de zapatos, rodó un corto trecho y se detuvo en medio de la vereda; luego, volvió a rodar de un lado a otro hasta que varios zapatos la aplastaron definitivamente.

Entré.

Por el pasillo de acceso a los ascensores la gente transitaba apresurada. Un grupo se agolpó junto a la puerta del ascensor y esperó. En el tablero la aguja de metal marcaba los pisos: 9, 7, 6...

*

Vi la pelota volar a través del aire frío.

—Tira aquí, ¡aquí!

La pelota ascendió a gran altura; por un segundo quedó inmóvil prendida en el vacío y descendió velozmente. De las salas de clases salían los muchachos.

—Riquelme, no te vayas, quiero hablar contigo—.

El padre Damián se acercaba con un montón de cuernos bajo el brazo.— ¡Ayúdame! —exclamó. Encendió un cigarrillo y me miró por sobre la titilante llama del encendedor.

—Hoy no estudiaste —dijo. Y apagó la llama de un corto soplido.

—No, padre.

—Ni ayer, ni anteayer, ni todo el último bimestre —añadió.

Yo no respondí. Con el rabillo del ojo veía a Leonardo hacerme señas desde la puerta para que saliera pronto. Sentí que el padre me ponía su mano en el hombro y lo oprimía con suavidad. Habló con una voz lenta, afectuosa, sin el menor asomo de reproche:

—¿Por qué no estudias? —dijo—. ¿Por qué siempre te noto distraído, falto de ánimo?

Fuera, sonó el pitazo del “árbitro” del equipo de fútbol.

Yo me encogí de hombros.

El padre retiró su mano y se frotó las palmas. Observé que las bocamangas de la sotana estaban raídas y lustrosas y que tenía los antebrazos velludos, albos, surcados de venillas azulinas.

—¿Te has confesado, hijo? —preguntó.

Yo alcé la vista y lo-vi contemplarme con una penetrante fijeza. La luz del ventanal hería directamente los cristales de sus lentes y los hacía destellar. Bajé los ojos y negué con un movimiento de cabeza.

—¿Desde cuándo? —insistió.

Respondí que no me acordaba.

—¿Un mes, dos... tres meses?

Callé.

El padre me miró, silencioso, y se puso a jugar con el encendedor, prendiéndolo y apagándolo y la llanita tornábase invisible a contraluz. De improviso sus-

pendió el juego y golpeó la mesa con las yemas de los dedos.

—Supongo que no habrás estado haciendo nada malo —dijo. Y se llevó el cigarrillo a los labios. Aspiró profundamente y exhaló el humo en pausadas bocanadas.

—No, padre —dije.

El me volvió la espalda y se dedicó a ordenar los altos de cuadernos que había sobre la mesa. En la puerta de la sala se pararon dos muchachos, miraron al interior y cuchichearon entre sí. Después, al cruzar frente a la ventana, uno pegó la lengua al vidrio y me hizo una mueca, en tanto el otro se reía a carcajadas.

Oí hablar al sacerdote:

—Va a ser necesario que llame a tu padre —dijo. Apagó el cigarrillo y un olor a tabaco frío se mezcló al olor a tiza que flotaba en la sala.

—Sí, tendré que hacerlo si no te enmiendas —murmuró, como si hablara consigo mismo. Luego, se volvió con lentitud y hundiendo la barbilla en el pecho, me miró por encima de los lentes, con la frente fruncida en largas arrugas—. Le dirás que mañana venga a hablar conmigo —agregó.

—No está —le dije.

El padre Damián miró a través de la ventana, tironeándose el lóbulo de la oreja con el pulgar y el índice. Los gritos de los jugadores se destacaban nítidos en la mañana nubosa.

—¿Dónde está? —preguntó.

—No sé —respondí.

El me dio una mirada de soslayo y aproximándose me apoyó la frente en su pecho. Su mano suave, helada, que olía intensamente a tabaco, me acarició la nuca.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Yo rehusé responder.

Me apartó un poco y me contempló pensativo.

—Cuéntame —dijo, y me sacudió la barbilla. Vi

que su otra mano yacía sobre un cuaderno, quieta, los dedos un poco separados. Yo hice un leve movimiento para zafarme y me soltó. Parado en la puerta, Leonardo me hacía señas nuevamente.

—¿Puedo irme? —pregunté.

El me hizo un gesto afirmativo, mirándome con cierta tristeza.

—Padre —susurré. El permaneció en silencio—. Uno no siempre puede explicar lo que siente —le dije.

El sonrió.

—¿Y qué querías explicarme, hijo? —preguntó—. ¿O es que no estás contento?

Yo le dije que no se preocupara, que estaba contento y empecé a caminar hacia la puerta. Pero él simuló no haber escuchado mis palabras y me interrogó acerca de la causa de mi descontento. Yo intenté marcharme.

—¿Por qué? —insistió, sujetándome de un brazo.

Yo forcejeé por soltarme.

—Tienes que ser sincero contigo mismo —me gritó.

—¡No sé!, ¡no sé! —le grité, quiero irme, por favor, déjeme ir, padre!

Varios muchachos se detuvieron en la puerta. El padre Damián les habló algo y en seguida cerró la puerta. Yo no deseaba gritarle, pero ya notaba que un golpe de saliva tibia y pegajosa me inundaba la boca. Apreté los ojos y sentí los párpados calientes. Yo no quería llorar y él insistía en preguntarme cosas que no sabía. El no sabía que ellos discutían. Siempre discutían. A veces, por la noche, los oía pelear y debía taparme la cabeza con la almohada para no oír lo que se decían.

—¿Qué pasó?..., ¡habla!

El padre Damián me zamarreó con violencia.

—¡Habla! —repitió.

Yo pegué la cara entre los pliegues de su sotana

y sentí que una lágrima resbalaba pegada a la nariz. El me dio unas palmadas cariñosas en la nuca.

—¡Habla! —insistió.

“Yo bebía el desayuno. De repente escuché a papá dar un portazo y gritarle algo a mamá que no entendí. ¡Papá!, llamé. Pero él no me oyó y cerró la puerta de calle. Corrí a la ventana y lo vi cuando salía del edificio con un maletín y el abrigo al brazo. En la esquina detuvo un taxi y subió. Yo permanecí mirando hacia la calle sin comprender bien lo que había ocurrido. Después, oí a mi madre salir de su dormitorio, entrar al baño y abrir las llaves de agua en la tina. Cuando regresé al comedor, la leche estaba helada y cubierta por una capa espesa de nata”.

—Se fue —susurré.

Yo no quería llorar, pero otra lágrima se deslizaba sin ruido.

—Se fue papá —repetí—. ¿Entiende, padre?... ¡se fue!

El padre me abrazó y apretó contra su cuerpo. Por unos minutos quedó silencioso. Yo oía el leve ronquido de su respiración.

—Cálmate —dijo—, no te reprimas... puedes llorar si deseas.

—¡Padre!

Borrosamente distinguí algunos rostros de muchachos en la ventana que daba al patio.

—Sí, hijo.

Yo quería continuar hablando, pero él me impidió.

—Mañana hablaremos —dijo—, ahora debes ir a jugar—. Y me empujó con suavidad hacia la puerta—. Ya, ¡vamos! —agregó—. ¡levanta esa cara!

Yo desvié la vista, me refregué los ojos y salí corriendo.

La pelota volaba muy alta.

—¡Al *wing!* —grité. Y corrí a tomar mi puesto en el equipo.

La pelota pasó silbando sobre mi cabeza.

*

El ascensor abrió la puerta y la gente y yo entramos al interior.

—¿Pisos? —interrogó el ascensorista.

Las voces replicaron: quinto, siete, ocho.

Yo descendí en el octavo. Por el pasadizo avanzaba el aseador barriendo un montón de basuras y papeles rotos. Al toparse conmigo desvió la trayectoria y unas cuantas colillas de cigarrillos quedaron esparcidas en el suelo. Frente a la puerta de la oficina de papá, me detuve. *Entre sin golpear*, anunciaba un letrero pintado en una esquina del vidrio. Noté que el aseador había llegado al extremo del pasadizo y ya regresaba por el lado opuesto.

*

—No quiero que vayas a la oficina de tu padre, ¿entiendes? —Mamá me tenía cogido por un hombro y me sacudía.— Por ningún motivo, ¿oíste?

Durante el almuerzo en el colegio le pregunté a Leonardo si a él también le sucedía lo mismo y si le prohibían ver a su padre. Pero él no tenía el mismo problema. Su padre hacía varios años que estaba separado de la mamá y vivía en el extranjero. Sólo lo veía dos o tres veces al año y en tales ocasiones siempre le regalaba un terno, o un par de zapatos. Para su último cumpleaños fue una bicicleta pintada de rojo y celeste, con llantas delgadas, casi de carrera. Leonardo me contó que él quería mucho a su padre, pero que más quería a su mamá. Yo quise saber por cuál razón, pero él no me respondió nada.

—¿Y tú? —preguntó.

Le dije que a papá.

Leonardo me miró formando un espiral de papel.

—¿Pero no me contaste que se había ido? —añadió.

Yo asentí. Entonces él llevó el espiral a los labios y sopló fuerte.

—¿Pero te llama por teléfono? —continuó.

Yo le contesté que no.

—¡Ah, entonces no te quiere! —exclamó Leonardo. Y sopló otra espiral de papel.

Cuando salimos del comedor le dije que había decidido llamar a papá y le pedí que me acompañara.

—Vamos —dijo.

Atravesamos los corredores y nos detuvimos en la puerta de la oficina del Rector.

—Yo te aviso —anunció Leonardo, haciéndome un guiño con el ojo.

Entré en puntillas. Una franja de luz se escurría por entre las ranuras de la ventana cerrada, cruzaba la alfombra y desaparecía bajo un mueble. En los muros, los retratos de los antiguos rectores se desdibujaban en la penumbra. Me acerqué a la mesa y descolgué el fono. Una mosca vagaba por el cristal de una fotografía colocada al centro del escritorio. En medio de un grupo de alumnos, todos con cuellos altos y sombreros de paja, distinguí al Rector del colegio, muy joven y sonrosado, el birrete inclinado sobre la frente. Marqué el número. La mosca se posó en el rostro del Rector y lo ocultó, por unos segundos, en tanto escuchaba el tono de llamado del teléfono, sólo divisé sus manos afirmadas en las rodillas, unas manos blancas, carnosas, de dedos cortos. Deseé que papá contestara el teléfono. Una voz contestó: “¡Aló!” Respondí: “¡Aló!, ¿papá?” “¿Quién habla?”, dijo la voz. Me di cuenta que no era. “¡Aló! ¡Aló!” Colgué. En la fotografía la mosca proseguía vagando. Antes de irme le di un papirotazo y la hice volar.

—¿Hablaste? —me preguntó Leonardo.

Yo negué.

—¿Por qué?

—No estaba —dije.

Leonardo me dio un golpe en el pecho y sonrió...

*

En ese momento alguien abrió la puerta de la oficina. Salió un señor colocándose los guantes. La dactilógrafa levantó la vista del teclado y sonrió al verme de pie en la puerta.

—Entra —y me hizo un gesto de que me aproximara.

—¿Está papá? —pregunté.

Ella pareció no oirme, porque asiéndome por las manos dijo:

—Pero si estás hecho un hombrecito...

Más allá de la ventana que había a su espalda el humo negro de las chimeneas de los edificios diluía los contornos de la ciudad.

—¿Te gustan?

La secretaria me ofrecía un paquete de calugas. Cuando sacaba una, repiqueteó el teléfono.

—¡Aló!

Miré hacia la oficina de papá. Estaba encendida y silenciosa. Junto a la puerta había un calendario prendido en la pared, en cuya lámina en colores, unos niños röllizos, en traje de baño, jugaban con una enorme pelota a la orilla del mar. Uno de ellos, el más pequeño, mostraba una mancha de tinta en la barriga. De la sala vecina se elevó un murmullo de voces. La secretaria continuaba hablando y con el lápiz anotaba números en un cuadernillo.

Avancé hasta la mampara de vidrio de la oficina de papá.

“No quiero que vayas, ¿entendiste?” La voz de ma-

má empezó a surgir de todos los rincones. “¡No quiero!, ¡no quiero!” Toqué el cristal con la punta de los dedos y lo hallé frío y granuloso. *Privado*, decía el letrero.

La semana pasada había venido a verlo y abrí la puerta de improviso para darle una sorpresa. El se asustó al verme. “¿Qué te pasó?”, preguntó, incorporándose en su sillón de cuero. Le dije que no me pasaba nada y que sólo tenía un poco de dolor de cabeza. El me dio una aspirina y en seguida me convidó a salir juntos. Fuimos a tomar té y al cine. Cuando llegamos a casa, ya de regreso, me regaló una lapicera. “La tuya debe estar vieja”, dijo. Al irse me recomendó que no le contara a mamá que habíamos salido juntos.

Pero ahora no me atrevía a entrar. La oficina estaba silenciosa. Miré en derredor: hundido en un sofá, un señor leía el diario. La secretaria había colgado y quitaba la envoltura de celofán de una caluga. Con los nudillos golpeé el cristal. Nadie respondió. Volví a golpear. Nuevamente sonó el teléfono.

—Tu papá avisó que no vendría hoy.

La secretaria había descolgado el fono y me hablaba antes de contestar.

—¡Aló!

Con un gesto me indicaba el paquete de calugas abierto sobre su mesa.

—Sí... ¿de parte de quién?

Alguien había anotado cifras en la pantorrilla de uno de los niños del calendario.

—Saca otra —agregó la secretaria, tapando el fono con la palma de la mano.

Salí corriendo al pasillo. Mientras corría hacia el ascensor, oí que me llamaba para que regresara.

Ya en la calle caminé apurado.

Luz roja. La gente se agolpó al borde de la calzada. Detrás de mi vocearon los diarios: “La Hora”,

“La Última Hora”. Luz verde. La gente avanzó. El carabinero lanzó un pitazo estridente.

Al acercarme al edificio donde estaba nuestro departamento vi las ventanas oscuras. En la vereda unas niñas jugaban al cordel y cantaban: *Naranjitas del Perú*. Una niña de trenzas largas entró a saltar. “¿Cuántos años tienes tú?” La trenza le golpeaba la espalda. “Uno, dos tres”. El cordel golpeaba las baldosas con un ruido seco.

Cuando entraba al edificio tropecé con mamá.

—Tan tarde que llegas —dijo.

Una voz de mujer gritó: “Teresa, Teresa, si no subes inmediatamente te voy a castigar”. Un automóvil hizo sonar la bocina. “Ya voy, mamá”.

Observé que mamá se veía hermosa con su abrigo de piel y el pañuelo verde al cuello.

—¡Mamá!

Ella buscaba algo dentro de la cartera.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Yo no le respondí y me puse a acariciarle la manga del abrigo. La piel se doblaba dócilmente bajo mis dedos y era suave, tibia...

—¿Qué me decías? —volvió a preguntarme, en tanto me arreglaba un mechón de pelos que se me había caído sobre la frente.

—Nada, que quería ir donde Leonardo —le dije.

—Pero vuelves temprano.

—Sí, mamá.

Me dio un beso en la mejilla y salió.

Antes de descender las gradas que había en la entrada se volvió y me dijo que no olvidara hacer las tareas. Le respondí que no lo olvidaría. Cuando ella se fue, una pelota penetró por la puerta y rebotó a mis pies; detrás, acezando, llegó uno de los jugadores.

—Hola Riquelme —dijo—, ¿juegas?

—Vamos —le dije.

JOSE ZAÑARTU

P R I M E R A M U E R T E

No! —sollocé—. ¡Mamita, no!
Pero ya todo era inútil. ¡Mi tibia ratita gris! Juana me la había pedido sólo para tocarla, y estrujándola. con sus manos agrietadas la lanzó por la ventana hacia la casa vecina.

Ya no podría irrumpir en medio de los combates en mi caballo negro de ojos relucientes y narices inquietas; ya no podría burlarme impunemente de los olores de la Juana. Dejarían de seguirme mis amigos, y cualquier animal de las montañas brumosas me heriría por la espalda. Y lo peor de todo: ¿qué hacer ahora contra *eso*? ¿Contra *eso* invisible que me acechaba?

Con la ratita me sentía seguro hasta en los más agresivos rincones del desván. Me importaba poco violar una comarca prohibida. Y del extenso reino de mi madre, el desván era una de ellas. Sólo las habitaciones de las empleadas me estaban aún más vedadas. Constituían un país ruidoso y caótico, el extremo opuesto del escritorio de mi papá, allí donde su reino se iniciaba prolongándose más allá de la casa, hacia hombres y aposentos lejanos y soleados. Animas, olores y crujidos condenables habitaban el desván, uniéndolo a otra zona del reino materno: la cocina y el repostero, donde uno

se deslizaba y conectaba con lo siniestro y recusable. Llegaban desde el sur los rápidos atardeceres de invierno, y allí se hablaba de terremotos y de castigos divinos; de borrachos que golpeaban a sus mujeres o de mujeres que impedían nacer a sus hijitos. También solía hablarse allí, cuchicheando, de adivinas y de naipes. Otras tardes, en el repostero, el encerador se arrellanaba a descansar, y ciertos días, y a hurtadillas, hacía *cosas malas*. Misteriosamente engrosaba la cocinera, hasta que una mañana dejaba la casa. Al regreso, ya no venía sola.

—Se casó —nos explicaba mi mamá.

Y mi hermana y mi hermano y yo:

—Se desinfló, mamá.

Yo intentaba esclarecer el misterio hurgueteando y recorriendo aquellas habitaciones oscuras. Los aposentos de mi madre se me aparecían entonces inaccesibles, e inalcanzables los gestos redentores de mi padre.

—Qué mal te portas —me decía mi mamá—. ¿Por qué me haces sufrir con tus maldades?

Mi maldad agujereaba su vientre. No obstante, de lo prohibido emergía una inexplicable atracción, una vorágine más obstinada y violenta que mi deseo de ser bueno. Otras veces: “Con cada maldad le abres una herida al Niñito Jesús”.

“De mí depende herirlo”, pensaba yo. Y vacilaba entre el dolor de herirla a ella y al Niñito Jesús, y aquel sentimiento fascinante, surgido del tenebroso país del pecado.

El hallazgo de la ratita gris acabó con aquellos sufrimientos. Existía alguien que aprobaba mi conducta; alguien que hacía retroceder a la sombra esa fuerza invisible que me tensionaba y desgarraba.

Pero la Juana lo había destruido todo. Me arrojé nuevamente contra ella, lleno de la más impotente desesperación. Le arañé las faldas, le mordí los muslos:

—¡Mamita! ¡Desgraciada! ¡Desgraciada!
Y sintiéndome condenado, hundido en el desorden
del mundo prohibido, grité:
—¡Mariconal

2

Crujió el pasillo de acceso a las galerías del interior de la casa. Se abrió el portón y entró una mujer esbelta, de cabellos casi tan rubios como los del niño.

—¿Qué pasa? —preguntó, inquieta.

Juana se acercó miedosa.

—Nada, señora Laura. Marquitos se encontró una laucha en la trampa y... se lo ha pasao haciéndole cariño y acarreándola de un lao a otro—. Quiso hacer un gesto de asco, pero no pudo. Y añadió, viendo que Laura aún no entendía: —Yo se la he quitao, pues, señora. No le vaya a pegar una infección ese bicho al niño.

Marcos se apretó contra el vientre de Laura.

—No, mamá —gimió—. No.

Ella le acarició suavemente el pelo claro y rebelde.

—¿Es cierto eso, mijito?

Pero Juana ya había dicho que sí. Y atestiguaba, mintiendo:

—Ya está en la basura, ya.

—¡Mariconal —chilló Marcos.

—¿Qué dijiste? —La voz de Laura se hizo más velada, más dolorida: —Es horrible oírte decir eso.

Juana tocó un hombro del chiquillo.

—¿Se da cuenta, Marquitos?

Este alzó la cabeza. Entonces escupió a Juana en la falda, mientras volvía a estrecharse contra su madre.

—No, mi amorcito. No se aflija así —dijo ella, oviéndolo junto a sus pechos, besándolo en las ardientes mejillas—. No se apene, mi lindo. No sea tontito... Ya compraremos otra lauchita.

El niño continuaba sollozando.

—Usted mismo la escogerá. Compraremos una blanca...

Marcos la interrumpió:

—¡No hay otra, mamá! ¡Yo sé que no hay otra en el mundo!

Juana guiñó un ojo a Laura, y ésta musitó, inclinándose hacia la sirvienta:

—Verá como luego se olvida. Déjelo un rato conmigo.

3

Como de costumbre, al atardecer, la Juana nos condujo por la estrepitosa calle en que vivíamos hasta la plaza cercana.

—Vayan a jugar, niñitos —ordenó, acomodándose en un banco junto a las otras niñeras.

La miré con rencor. Entonces, repentinamente, me acordé de mi papá. El lo sabía todo, su poder trepaba por cualquier muro. El echaría de la casa a la Juana, la metería en la cárcel... ¡Y hasta podría decirme dónde encontrar una nueva ratita!

Me levanté de un salto y empecé a girar alrededor del banco donde parloteaba la Juana.

“Papá”, cantaba yo para mis adentros, “tú le explicarás todo al juez. Tú le dirás: ‘Y para dar con la ratita de Marcos, hay que viajar diez años’. Y el juez gritará: ‘¡Diez años de cárcel!’ Y cantando todo esto alrededor de la Juana, la miraba como si ya estuviera condenada o muerta.

4

Marcos entró indeciso después de estudiar la ple-

gadiza frente de su padre. Apenas creyó que Carlos le prestaba atención, rompió en llanto.

Carlos dejó a un lado el periódico que estaba hojeando:

—¿Qué le pasa, hijito?

Abrazándose a su padre, el niño lloraba sin consuelo:

—Mi ratita, papá.

En ese momento Laura abrió la puerta del escritorio, y pronto Carlos se informó de todo.

—Compraremos una lauchita que no pueda morirse —ofreció—, una de juguete.

—¡No, papá!

—Lindo, la suya era sucia. Y tenía pulgas. Y lo podía morder.

Marcos dio una patada en el suelo:

—¡Mentira, papá!

—A su padre no se le contesta así —observó Carlos—. Su padre jamás miente.

Y viendo que Marcos escapaba hacia su cuarto, rogó:

—Por favor, Laura... Búscales alguna entretención al niño. No quiero llantos mientras leo.

5

Lleno de angustia, no podía conciliar el sueño. Mi hermano Jorge, en cambio, dormía apaciblemente. Me daba vueltas una y otra vez, hundido en un desasosiego, en un dolor vago e inlocalizado. Ya no era un refugio el cálido vientre de mi madre; tampoco sus manos ni su olor. En el torreón de mi padre ya no había guerreros enardecidos de justicia. A pesar de sus manos asesinas, la Juana seguía en la casa.

¿Qué iba a ser de mí? Hasta hoy, continuar el camino soleado y recto que me conduciría a ser como mis padres, era mi ambición y mi destino. Desgraciadamen-

te, ahora comprendía que aquel camino orillaba peligrosos abismos y se adentraba en comarcas hostiles. Tenebrosas comarcas donde se agazapaban la mentira y el robo; donde relucía de pronto un cuchillo y había hombres que eran arrastrados a la cárcel, y sirvientas manoseadas por el lechero, y patios y bares oscuros, en los que se come y se insulta abriendo mucho la boca; donde niños de pies sucios, hijos de padres de manos sucias, corrían misteriosamente libres.

Fue desde aquel mundo, desde donde me asaltó *eso*. Ocurrió como si de pronto hubiera germinado un roedor en mis entrañas.

—¿No te estás engañando? —susurró su voz.

Las manos y los pies se me helaron; me encogí calladamente.

Cáustica, la voz cuchicheó:

—Caminos rectos... ¡Qué tonto! ¿No oíste sonar el reloj?

Hundí la cabeza en las sábanas.

—Tonto, ¿acaso te comprenden? ¿Es que no tienes ojos? Debes irte, dejar la casa.

Calló. Agucé todos mis sentidos. No lograba oír nada, percibir nada. Salvo un regusto, una presencia, algo semejante a la pulsación de un sapo echado sobre mi vida. Y así, con esta confusa mezcla de agobio y de esperanza, continué despierto hasta que el trote de los caballos del pan rodó por mi cuarto. No había más remedio. Tendría que irme. Pediría limosna junto a los gitanos y a los mendigos. Hasta necesitaría comprarme un perrito, un sucio *fox-terrier* de orejas sensibles y hocico inteligente. Ya no me quedaba otra meta. Estaba tragado por el mal, despeñado. Llegó al fin lo largamente presentido y aguardado.

“Estoy endemoniado”, me dije. Y pensaba, obseso: “No hay duda de que estoy endemoniado”.

El sol y el viento de la creciente primavera hacían bailar de alegría la calle rumorosa. No obstante, él caminaba lleno de tristeza. Frases que jamás había entendido empezaban a parecerle claras. "Luzbel, Príncipe de las Tinieblas". Estaba seguro: aquella alimaña que se agitaba en su interior era Luzbel, el Príncipe de las Tinieblas, su dueño.

Cruzó una calle y un automóvil frenó a pocos pasos. El chirrido le dejó helado. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se sintió solo, desamparado en medio del mundo. Alguien gritó:

—¡Niño, qué manera de atravesar!

Y a esa voz la sintió enemiga. Y a los que iban y venían los sintió enemigos. Se apegó al muro de una casa y, de pronto, tuvo la primera tentación. Vio la más luminosa de las comarcas de su madre, olió su perfume frágil, palpó su serena tibieza; vio a ella y a Juana darle la mano para atravesar la calle. No: sólo le quedaba irse muy lejos, adonde su maldad no contaminara a los otros. Cambiaría sus libros por naranjas. Ya comienza a sentir hambre; quién sabe cuántas horas han pasado. Y llegará la noche con la turbadora presencia de Luzbel. Ante sí está el Santa Lucía y Juana le ha contado acerca de los seres malignos que lo habitan. Entre sus árboles ronda el crimen, y él tiene que bordear ese cerro para alcanzar el extremo del mundo, el río distante, bajo cuyo puente los mendigos nacen y se entregan a Satán. Anochece. Ya no hay pájaros y los ojos de los transeúntes le acusan. De improviso echa a correr. Tiene hambre, va a morirse de hambre, gira y apura en sentido contrario su desgarrado trote. Corre hacia el paraíso de su madre, hacia su beso redentor.

El timbre resonó en las galerías interiores. Abrió la cocinera:

—¡Marquitos! Güen dar con el niño éste... Poner una hora en tres cuadras. En su busca anda la Juana. Marcos se escurrió cabizbajo.

Halló a Laura en su dormitorio y saltó hacia ella, anegándole de lágrimas la falda.

—¿Qué le había pasado, mi lindo? —Y ante los persistentes sollozos: —¿Le duele la guatita? ¿Le pegó algún chiquillo en el colegio?

El negó con la cabeza.

—¿Tiene penita? Ya se lo contará todo a su mamá, ¿no, precioso?

E inquieta, se dijo que desde un tiempo a esta parte el niño no estaba bien. Tendría que llevarlo al médico.

7

No hice aquel descubrimiento hasta varias semanas después de mi intento de fuga. Descubrí, gozoso y extrañado, que de las varias materias que nos enseñaban en el colegio, una tenía algo que ver con la vida.

Fue en clase de Religión donde escuché esa historia. Brotó de los labios del Hermano Manfredo como brotaban todas las historias que no se referían a su propio existir: como un pájaro sin alas.

Pero esta vez me golpeó cada hecho y cada frase y cada palabra. Era la última clase de la tarde y corrí a la casa apenas sonó la campana. Removí cajones y estanterías hasta dar con una vieja Biblia, y febrilmente hurgué sus páginas releyendo una y otra vez la parábola, asombrado de hallar en un libro algo que aclarara mi vida. Sí, allí había cosas que se referían a mí; y también a Jorge, mi hermano. A Jorge que dormía bien porque era bueno, y que le diría a mi papá: "Padre, cuántos años te he servido sin quebrantar jamás tus mandamientos. Y nunca me has dado un cabrito para gozarme con mis amigos."

Yo había sido un cobarde. Tan cobarde como el Hijo Pródigo. Y al volver, fui festejado. Sin embargo todos estaban muy lejos de saber la verdad. Porque allí, precisamente allí, entre el hambre y los cerdos, entre los gitanos que no me ayudarían a seguir mi camino, allí se ocultaban mis más auténticos impulsos. Por lo tanto el Hijo Pródigo no había malgastado su hacienda. Y aquel libro grueso mentía, y el Hermano Manfredo, a pesar de sus naufragios y de sus cabellos blancos, mentía. Únicamente yo captaba el fondo de aquella historia, su verdadero sentido. Esta nueva claridad me desveló toda una larga noche.

8

Cayó una hoja y Marcos surgió con ojos obsesionados. Escudriñó las malezas cercanas y levantó algunas piedras. Caldeaba el verano los valles, y al fondo la cordillera era dura y azul.

De improviso vio aquel insecto. Tenía el mismo color de la rama sobre la cual se posaba. El niño saltó y lo atrapó, guardándolo en una caja de fósforos como si fuera un tesoro. Se trataba de un insecto muy escaso; además, tenía esa abismada actitud de monje orante.

Sólo mucho más tarde, Marcos advirtió la desaparición de su cajita. Alguien se había apoderado de ella mientras él se bañaba en el río. Ahora se encontraban junto a la fogata y cantaban ya los primeros sapos. Uno de los muchachos le hizo una mueca a Marcos, y éste se arrojó contra Alejandro.

—¡Fuiste tú! —gritó.

—¡No, Marcos! ¡Yo no!

Marcos le registró los bolsillos: nada. Vacilante, otro niño retorció el brazo de Alejandro, y entonces él abrió la mano nervuda; allí estaba el bicho, casi aplastado.

—¡Ladrón! —chilló Marcos.

Los demás los rodearon temerosos y excitados.

—Este no es el tuyo —Alejandro buscaba una disculpa—. Este... lo encontré yo.

Furioso, Marcos insistió:

—¡Ladrón!

El círculo se estrechaba. Dos chicos empujaron a Alejandro. —¡Ladrón!— repitieron. Escudada en las otras, se oyó la voz de un tercero:

—¡Turnio de mierda... ladrón!

9

Yo apenas había notado el defecto de los ojos de Alejandro. Un recelo instintivo nos distanció a ambos no bien nos conocimos el verano anterior. Alejandro estaba en nuestro colegio sólo desde entonces; lo habían expulsado de San Ignacio por haberse “portado muy hombre”, según decían. Yo no sabía lo que ésto significaba, pero aquella tarde, durante una clase de gramática, cuando alguien rumoreó que Alejandro se había escapado de su casa hasta medianoche, me sentí empujado hacia él. Una urgente necesidad de hablarle se apoderó de mí, a pesar de que me decía: “Estúpido ¿y lo del bicho?”

Terminada la última clase corrí a su encuentro.

—Yo también —le dije—. También lo hice —y enrojecí.

Alejandro me miró bizqueando, asombrado. Era mayor que yo y mucho más alto. Repuso:

—Yo lo encontré.

—Tonto, no se trata del bicho... —Me contuve. ¿Se lo diría?

—De la casa —expliqué—. Yo también me fui de mi casa.

Picaresco, el otro enarcó las cejas negras. Preguntó:

—¿Vives lejos?

—A la vuelta. En Moneda.

—Te acompañé entonces —dijo, asegurándose de que nadie nos seguía.

Caminamos un trecho en silencio. A quemarropa interrogué:

—¿Por qué lo hiciste?

—Me saqué malas notas...

—¿Tú? ¡Si eres tan aplicado!

—No siempre.

Continuamos andando, al acecho, sin despegar los labios, hasta que Alejandro estalló:

—¡Mentira, Marcos! ¡No es cierto! —Contenía apenas las lágrimas—. Ay, es que no debo decírtelo... Tú eres muy chico todavía —y me miraba con chispeantes ojos duros, tratando de ignorar sus lágrimas.

Mi primer impulso fue abrazarlo. ¿Por qué no confiaba en mí? ¿Por qué no se entregaba? Juntos podríamos luchar contra los demás. Le toqué un brazo para decirle: "Ya sé". Entonces él me miró risueño:

—¿Te importa que te lo cuente otro día?

Y sin oír mi respuesta, se alejó corriendo.

10

En su dormitorio, Alejandro se acurrucó sobre la cama y Marcos se sentó a su lado. Los duros ojos del mayor rebullían de impaciencia. Ambos se miraron, hurgándose mutuamente el misterio, y fue Marcos quien dijo, probando:

—¿Y al Hermano Manfredo, le crees?

Alejandro pareció sorprendido.

—¿Cuándo? ¿Cuándo habla de sus historias de misioneros?

—No..., de las otras. De esas como la del Hijo Pródigo.

—También miente —afirmó Alejandro, categórico.
—¡Lo sabes! —gritó Marcos, dichoso—. ¿No es cierto que el Hijo Pródigo no era lo que el Hermano Manfredó nos contó? ¿No es cierto que no era un buen hijo sino que un marica? ¿Qué cuando partió vio que afuera las cosas eran demasiado difíciles, y que por eso tuvo que volver? Entonces, su padre, que era un tonto, le dio fiestas y le hizo regalos... Sana, sana, potito'e rana.

Alejandro permaneció un rato en silencio. Luego cambió de tema:

—¿Cuándo nació tu hermano?

Marcos no comprendió.

—¿Qué te contaron cuando nació tu hermano?

—Bueno... Que mi mamá lo había encargado.

Crujió la cama y el otro se puso de pie riendo.

—No —dijo Marcos, ruborizándose—; ya sé que mi hermano Jorge creció en la guata de mi mamá. Lo que encargaron fueron las píldoras para que Jorge apareciera.

Sin escucharle, el niño mayor abrió el cajón de la cómoda y buscó en él hasta dar con un libro de tapas rojas.

—Todos mienten —dijo, volviéndose hacia su nuevo amigo—. Pero tú no tienes razón. La Biblia no miente.

Sentándose, abrió el libro en la página señalada con una espiga seca. —¡Aquí está!— exclamó, y empezó a leer:

—“Y dijo la mayor a la menor: ‘Nuestro padre es ya viejo y no hay hombres que entren en nosotras como se acostumbra en todas partes. Vamos a embriagar a nuestro padre y a acostarnos con él, a ver si tenemos de él descendencia...”

A medida de que la lectura avanzaba, los ojos de

Marcos se llenaban de lágrimas. De pronto Alejandro se detuvo.

—¿Sabes —dijo— por qué antenoche me arranqué de la casa?

El niño movió negativamente la cabeza.

—Estuve con una mujer... Me acosté con ella, ¿entiendes? Así, igual que en la Biblia.

Marcos descendió la escalera a zancadas. Afuera oscurecía, y el Cerro se alzaba al fondo de la calle, concreto, terrestre. Corrió sin detenerse hasta su casa.

Juana lo esperaba:

—Ya viene este niño lloriqueando, Jesús por Dios —masculló—. Alégrese, Marquitos, que su mamá le tiene una sorpresa.

Sonriendo, Laura lo abrazó y le entregó una caja. Por los agujeros de la tapa, él divisó un ratón blanco, de ojos inquietos.

—Es tu lauchita —aseguró su madre—. La que encontraste hace unos meses. Ha resucitado... ¿Qué, no la quieres?

El sonrió a su vez, tristemente:

—Gracias; pero esa murió y no podrá resucitar —dijo—. Además, ya no la necesito, mamá.

Notas Biobibliográficas

AGUIRRE, MARGARITA

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 30 de diciembre de 1925 en Santiago. Estudios de Pedagogía en Castellano en la Universidad de Chile.

OBRAS PUBLICADAS: *Cuadernos de Una Muchacha Muda* (Prosa poética / Ed. Botella al Mar, 1951, Buenos Aires). *El Huésped* (Novela / Ed. Emecé, 1958, Buenos Aires).

OTRAS PUBLICACIONES: En *Pro Arte*, en *La Nación*, de Buenos Aires, en *El Tiempo*, de Bogotá, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile).

PREMIOS LITERARIOS: Premio Emecé 1958 a *El Huésped*.

DIRECCIÓN: Montevideo 1920, Depto. 17, Buenos Aires, Argentina.

BLANCO GUILLERMO

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 15 de agosto de 1926 en Talca. Bachiller en Letras.

OBRAS PUBLICADAS: *Sólo un Hombre y el Mar* (Cuen-

tos / Ed. Del Pacífico, 1957, Santiago de Chile).
TRADUCCIONES: Vernon Bartlett: *Struggle for Africa* (Publicada como: *La Lucha por Africa*, Ed. Del Pacífico, 1956, Santiago de Chile). Helen Douglas: *Magdalena* (Publicada como: *Magdalena Carreira*, Ed. Del Nuevo Extremo, 1958, Santiago de Chile). Gilbert K. Chesterton: *Lunacy and Letters* (Publicada como: *El Reverso de la Locura*, Ed. Del Nuevo Extremo, 1959, Santiago de Chile).

OTRAS PUBLICACIONES: En revistas *Amargo*, *Estudios*, *Finis-Terrae*, *Rumbos*, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile). *Antología del Cuento Chileno Moderno: 1938-1958* (María Flora Yáñez; Ed. Del Pacífico, 1958, Santiago de Chile).

PREMIOS LITERARIOS: Segundo Premio Concurso de Biografías de Precursores de la Minería organizado por la Sociedad de Escritores de Chile y la Braden Copper a *El Loco Almeida* (1952, inédita). Primer Premio Cuentos Concurso "Oscar Castro" a *Un Cuento y Otros Cuentos* (1954). Primer Premio Concurso Interamericano de Cuentos de *El Nacional*, de México, al relato *La Espera* (1956). Segundo Premio Concurso de Cuentos del Sindicato de Escritores de Chile a *Sólo un Hombre y el Mar* (1956). Premio Unico Concurso Chile-Perú, Asociación del Libro Americano, al relato *La Mano* (1957).

OFICIOS: Desde 1958, Director de la revista *Rumbos*. Funcionario del Departamento de Relaciones Públicas de la Cía. Salitrera Anglo-Lautaro.

DIRECCIÓN: Abelardo Pizarro 441, Santiago de Chile.

CASSIGOLI, ARMANDO

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 31 de marzo de 1928 en Santiago. Estudios de Filosofía en la Universidad de Chile.

OBRAS PUBLICADAS: *Confidencias y Otros Cuentos* (Ed. Renovación, Imprenta Roa, 1954).

OTRAS OBRAS: *El Avispa, El Tony Repollito* (Sátiras en 1 Acto / Representadas en Chile y Uruguay). *Antología de Cuentistas Universitarios* (En preparación).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile). *Antología del Cuento Chileno Moderno: 1938-1958* (María Flora Yáñez; Ed. Del Pacífico, 1958, Santiago de Chile).

OFICIOS: Ex-Director de la Revista del Sindicato de Escritores de Chile. Profesor de Filosofía.

DIRECCIÓN: Av. Suecia 3474, Santiago de Chile.

DONOSO, JOSE

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 5 de octubre de 1924 en Santiago. Estudios de Pedagogía en Inglés en la Universidad de Chile; de Literatura Inglesa en Princeton University, U. S. A. Profesor de Inglés en el Kent School y en la Universidad Católica de Santiago de Chile.

OBRAS PUBLICADAS: *Veraneo y Otros Cuentos* (Ed. Universitaria, 1955, Santiago de Chile). *Coronación* (Novela / Ed. Nascimento, 1957, Santiago de Chile). TRADUCCIONES: Isak Dinesen: *Last Tales* (Publicado como: *Historias del Cardenal*, Ed. Del Nuevo Extremo, 1958, Santiago de Chile).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag,

1954, Santiago de Chile). *Antología del Cuento Chileno Moderno: 1938-1958* (María Flora Yáñez; Ed. Del Pacífico, 1958, Santiago de Chile). *Antología del Cuento Hispanoamericano* (Ricardo Latcham; Ed. Zig-Zag, 1958, Santiago de Chile).

PREMIOS LITERARIOS: Premio Municipal de Cuentos 1955 a *Veraneo y Otros Cuentos*.

OFICIO: Profesor de Literatura Inglesa.

DIRECCIÓN: Av. Holanda 292, Santiago de Chile.

EDWARDS, JORGE

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 29 de julio de 1931 en Santiago. Estudios de Derecho en la Universidad de Chile. Abogado.

OBRAS PUBLICADAS: *El Patio* (Cuentos / Ed. Carmelo Soria, 1952, Santiago de Chile).

OTRAS PUBLICACIONES: Artículos y traducciones en *Pro Arte*, *El Mercurio*, *Anales de la Universidad de Chile*, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile).

OFICIOS: Funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores.

DIRECCIÓN: Rosal 360, 2º Piso, Santiago de Chile.

ESPINOSA, MARIO

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 23 de abril de 1924 en Puerto Montt. Estudios de Derecho. Crítico literario de *El Imparcial* (1950), de *El Debate* (1952), de la revista *Hoy* (1953), etc. Redactor de la revista *Nuevo Zig-Zag* y de *La Nación*.

OBRAS PUBLICADAS: *Un Retrato de David* (Novela / Ed. Cruz del Sur, 1951 Santiago de Chile).

OTRAS PUBLICACIONES: Artículos literarios en *La Nación*, *El Mercurio*, *Anales de la Universidad de Chile*, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile).

OFICIOS: Periodista.

DIRECCIÓN: Empresa Editora Zig-Zag, Casilla 84-D, Santiago de Chile.

GARCIA, PABLO

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 7 de diciembre de 1919 en Santiago.

OBRAS PUBLICADAS: *El Estrellero Inútil* (Poemas / Lit. Concepción, 1951, Concepción). *El Tren que Ahora se Aleja* (Cuentos / Lit. Concepción, 1952, Concepción). *Situación de la Angustia* (Poemas / Imp. Victoria, 1956, Santiago de Chile). *Los Muchachos y el Bar Pompeya* (Cuentos / Ed. Prensa Latinoamericana, 1958, Santiago de Chile).

OTRAS OBRAS: *La Cabaña de Erliz* (Novela inédita). *El Largo y Cruel Camino* (Novela inédita).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile).

PREMIOS LITERARIOS: Premio Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura 1951 a *La Cabaña de Erliz*.

OFICIOS: Periodista. Funcionario Público.

DIRECCIÓN: Av. Antonio Varas 221, Santiago de Chile.

GERTNER, MARIA ELENA

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 25 de abril de 1927. Estudios de Arte Dramático en el Teatro Experi-

mental de la Universidad de Chile. Co-fundadora del Teatro de Arte del Ministerio de Educación (1949). Participó en la formación del Teatro L'Atelier, desempeñándose, además, como actriz y directora de obras de este teatro (1950 y 1951). Co-fundadora, miembro del Directorio, actriz y directora de obras del Teatro de Cámara de Santiago (1952). Cursos de Psicología en La Sorbona, París (1953). Actriz, profesora de Arte Dramático, miembro del Directorio y Directora de Planta del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica (1955-1958). Profesora y miembro del Directorio del Teatro Ictus (1958).

OBRAS PUBLICADAS: *Homenaje al Miedo* (Poemas / Impr. Casa Nacional del Niño, 1950, Santiago de Chile). *Islas en la Ciudad* (1ª y 2ª ed.: Ed. Del Nuevo Extremo, 1958, Santiago de Chile).

OBRAS DE TEATRO ESTRENADAS: *La Mujer que Trajo la Lluvia* (Cía. Teatro de Cámara de Santiago, 1952). *La Risa Perdida* (Festival de Teatro Chileno; Teatro de Cámara de Santiago, 1952).

OTRAS OBRAS: *Después del Desierto* (Novela, inédita).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile).

DIRECCIÓN: Casilla 10471, Santiago de Chile.

HEIREMANS, LUIS ALBERTO

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 14 de julio de 1928 en Santiago. Estudios de Medicina en la Universidad de Chile. Médico desde 1954. Estudios de Teatro en el Conservatorio Nacional de París y en la Academia de Arte Dramático de Londres.

OBRAS PUBLICADAS: *Los Niños Extraños* (Cuento /

Ed. Rapa-Nui, 1950, Santiago de Chile). *Los Demás* (Cuentos / Ed. Nascimento, 1952, Santiago de Chile). *Moscas Sobre el Mármol* (Teatro / Ed. Del Nuevo Extremo, 1958, Santiago de Chile).

OBRAS DE TEATRO ESTRENADAS: *Noche de Equinoccio* (Cía. Eduardo Naveda, 1951). *La Hora Robada* (Cía. Tobías Barros, 1952). *La Eterna Trampa* (Cía. Américo Vargas, 1953). *Navidad en el Circo* (Adaptación de *Navidad en la Plaza*, de Henri Gheon / Teatro de Ensayo, 1954). *La Jaula en el Arbol* (Teatro de Ensayo, 1957). *Esta Señorita Trini* (En colaboración con Carmen Barros / Teatro de Ensayo, 1958). *Los Güenos Versos* (Teatro de Ensayo, 1958). *Es de Contarlo y No Creerlo* (Teatro de Ensayo, 1959).

PREMIOS LITERARIOS: Premio Municipal de Teatro 1952 a *La Hora Robada*. Premio de la Crítica 1957 a *La Jaula en el Arbol*. Premio Laurel de Oro 1958 a *Esta Señorita Trini*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile). *Antología del Cuento Chileno Moderno: 1938-1958* (María Flora Yáñez; Ed. Del Pacífico, 1958, Santiago de Chile).

OFICIOS: Director de la Academia de Arte Dramático del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile.

DIRECCIÓN: Teatro de Ensayo, Universidad Católica, Santiago de Chile.

JODOROWSKY, ALEJANDRO

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació en 1927 en Santiago. Estudios de Psicología en la Universidad de Chile; de Arte Dramático en el Teatro Experimental de la Universidad de Chile; de ballet en el Ballet Su-

lima. Fundador y Director del Teatro de Mimos de Chile. Fundador y Director de la Academia Mímica (Santiago de Chile, 1952). Bailarín de la Compañía de Mimos de Marcel Marceau (París).

OBRAS PUBLICADAS: Inédito.

OFICIOS: Titiritero. Miembro de la Compañía de Mimos de Marcel Marceau.

DIRECCIÓN: Ambassade du Chili, París, Francia.

LAFOURCADE, ENRIQUE

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 14 de octubre de 1927 en Santiago. Estudios de Filosofía en la Universidad de Chile; de Historia del Arte en La Sorborna y en el Museo del Louvre, París. Creador y organizador de las "Primeras Jornadas del Cuento" (Santiago de Chile, 1953). Crítico de Arte de *Las Ultimas Noticias* y de *Nuevo Zig-Zag*. Ex Agregado Cultural de la Embajada de Chile en Madrid, España.

OBRAS PUBLICADAS: *El Libro de Kareen* (Prosa poética / Ed. Universitaria, 1950, Santiago de Chile). *Pena de Muerte* (Novela / 1ª ed.: Ed. Universitaria, 1952, Santiago de Chile; 2ª ed.: Ed. Zig-Zag, 1953, Santiago de Chile). *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile). *Asedio* (Cuentos / Ed. Universitaria, 1957, Santiago de Chile). *Para Subir al Cielo* (Novela / Ed. Zig-Zag, 1959, Santiago de Chile). *La Fiesta del Rey Acab* (Novela / Ed. Del Pacífico, 1959, Santiago de Chile). *Cuentos de la Generación del 50* (Antología / Ed. Del Nuevo Extremo, 1959, Santiago de Chile).

OTRAS PUBLICACIONES: Artículos varios en *El Mercurio*, *La Nación*, *El Diario Ilustrado*, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Revista Nacional de*

Cultura, 1958, Caracas, Venezuela. *Revista Cultura Universitaria*, julio-septiembre, octubre-diciembre de 1958; enero-marzo de 1959, Caracas, Venezuela. *La Prensa*, 8/6/58, New York.

PREMIOS LITERARIOS: Premio Marcial Martínez 1950 a *El Libro de Kareen*.

OFICIOS: Funcionario de la Universidad de Chile. Profesor Auxiliar de la Cátedra de Cultura Chilena, Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas, Universidad de Chile.

DIRECCIÓN: Casilla 6004, Santiago de Chile.

LASO, JAIME

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 15 de enero de 1926 en Alicante, España. Estudios en el Instituto de Antropología de la Universidad de Chile.

OBRAS PUBLICADAS: *El Cepo* (Novela / Ed. Zig-Zag, 1958, Santiago de Chile).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile).

OTRAS PUBLICACIONES: Artículos literarios en *Nuevo Zig-Zag*, *Las Últimas Noticias*, *La Nación*, etc.

OFICIOS: Funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores.

DIRECCIÓN: Ministerio de Relaciones Exteriores, Santiago de Chile.

LIHN, ENRIQUE

DATOS: BIOGRÁFICOS: Nació el 3 de septiembre de 1929. Estudios de Pintura y Dibujo en la Escuela de Bellas Artes. Exposición de Dibujos en la Sala Dédalo, 1949. Redactor de la *Revista de Arte*.

OBRAS PUBLICADAS: *Nada se Escurre* (Poemas / Imp.

Casa Nacional del Niño, 1949, Santiago de Chile). *Poemas de este Tiempo y de Otro* (Poemas / Ed. Renovación, 1955, Santiago de Chile).

OTRAS PUBLICACIONES: Artículos literarios en diversos diarios y revistas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile). *Las Cien Mejores Poesías Chilenas* (Alone; Ed. Zig-Zag, 1949, Santiago de Chile). *Antología de Medio Siglo* (Hugo Montes / Ed. Del Pacífico, 1957, Santiago de Chile). *Antología Crítica de la Nueva Poesía Chilena* (Jorge Elliott; Ed. Nascimento, 1957, Santiago de Chile).

PREMIOS LITERARIOS: Primer Premio en los Juegos de Poesía organizados por la revista *Extremo Sur* (1956).

OFICIOS: Secretario de Publicaciones del Instituto de Extensión de Artes Plásticas, Facultad de Bellas Artes, Universidad de Chile.

DIRECCIÓN: Facultad de Bellas Artes, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

MOLETTO, ENRIQUE

DATOS: BIOGRÁFICOS: Nació el 5 de diciembre de 1922 en Santiago. Estudios de Pintura y Escultura en Italia.

OBRAS PUBLICADAS: *Solo, Calle Arriba* (Novela / Ed. Cultura, 1951, Santiago de Chile).

OTRAS PUBLICACIONES: Artículos literarios y de investigación en *El Diario Ilustrado*, revista *En Viaje*, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile).

OFICIOS: Industrial.

DIRECCIÓN: Los Araucanos 2138, Santiago de Chile.

MULLER, HERBERT

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 19 de febrero de 1923 en Viña del Mar. Estudios en la Escuela Militar y en la Academia de Arte Dramático del Teatro Experimental. Miembro del Directorio del Teatro de Cámara de Santiago. Ex Gerente de Laboratorios Lepetit. Ex Jefe de Relaciones Públicas de la Sociedad de Fomento Fabril.

OBRAS PUBLICADAS: *Perceval y Otros Cuentos* (Impr. Stanley, 1954, Santiago de Chile). *Sin Gestos, Sin Palabras, Sin Llanto* (Cuento / Impr. Stanley, 1955, Santiago de Chile). *A las Doce y Cuarto* (Cuento-plaquette / Impr. Stanley, 1957, Santiago de Chile). *La Noche en Casa* (Cuentos, en prensa).

OTRAS PUBLICACIONES: Artículos varios en *El Debate*, *La Tercera de la Hora*, revista *Eva*, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: *Antología del Nuevo Cuento Chileno* (Enrique Lafourcade; Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile). *Antología del Cuento Chileno Moderno: 1938-1958* (María Flora Yáñez; Ed. Del Pacífico, 1958, Santiago de Chile). *Antología del Cuento Hispanoamericano* (Ricardo Latcham; Ed. Zig-Zag, 1958, Santiago de Chile).

OFICIOS: Periodista. Actualmente trabaja en publicación.

DIRECCIÓN: Diagonal Cervantes 790, Depto. 606, Santiago de Chile.

VILA, WALDO

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 13 de junio de 1925. Estudios de Derecho en la Universidad de Chile. Abogado desde 1952.

OBRAS PUBLICADAS: *Un Día antes del Viento* (Cuentos / Ed. Universitaria, 1958, Santiago de Chile).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS: No tiene.

OFICIOS: Funcionario de la Contraloría General de la República.

DIRECCIÓN: Argomedo 40, Santiago de Chile.

ZAÑARTU, JOSE

DATOS BIOGRÁFICOS: Nació el 5 de septiembre de 1927 en Santiago. Estudios de Arquitectura en la Universidad Católica; de Dibujo en la Escuela de Bellas Artes; de Historia y Filología Clásica en la Universidad de Chile y en las Universidades de Madrid y Salamanca; de Estética e Historia del Arte en La Sorbona, París. Ex Director Literario de la Editorial Del Pacífico (1956 y 1957). Co-fundador de la Editorial Del Nuevo Extremo.

OBRAS PUBLICADAS: TRADUCCIONES: Annette Laming: *Tout au Bout du Monde* (Publicada como: *En la Patagonia, Confín del Mundo*, Ed. Del Pacífico, 1957, Santiago de Chile). Todos los libros en francés de Vicente Huidobro para sus Obras Selectas (Publicados como: Vicente Huidobro: *Obras Selectas*, Vol. I, Ed. Del Pacífico, 1957, Santiago de Chile / Vol. II, en preparación).

OTRAS PUBLICACIONES: Artículos literarios en revistas *Amargo*, *Rumbos*, *Espadaña* (Madrid), etc.

OFICIOS: Director Técnico de la Editorial Del Nuevo Extremo.

DIRECCION: Casilla 10471, Santiago de Chile.

Bibliografía Cronológica de la Generación Literaria de 1950

Enrique Lafourcade: *Antología del Nuevo Cuento Chileno*: Prólogo (Ed. Zig-Zag, 1954, Santiago de Chile).

Miguel Arteche: *El Nuevo Cuento Chileno* (El Mercurio, Santiago, 26/9/54).

Fernando Santiván: *El Cuento Chileno en Medio Siglo* (La Prensa, Osorno, 24/10/54).

Claudio Giaconi: *Mesura y Desmesura* (El Diario Ilustrado, 18/12/55).

Claudio Giaconi: *Notas Sobre la Nueva Literatura Chilena* (El Diario Ilustrado, 6/5/56).

Mario Ferrero: *Los Nuevos Prosistas* (La Nación, Santiago, 1/6/58).

Claudio Giaconi: *Una Experiencia Literaria* (Revista Atenea, Nº 380 y 381, abril y septiembre, 1958).

Claudio Solar: *Aquí y Ahora en la Literatura Chilena* (Revista Atenea, Nº 380 y 381, abril y septiembre, 1958).

Luis Sánchez Latorre: *Una Generación Rebelde* (Las Últimas Noticias, 31/7/58).

Yerko Moretic: *Giaconi y la Generación de 1950* (El Siglo, 8 y 9/12/58).

Enrique Lafourcade: *Literatura Chilena Actual* (El Mercurio, Santiago, 21/12/58).

Enrique Lafourcade: *La Nueva Literatura Chilena* (Revista

- Cultura Universitaria, Caracas, Venezuela, nov.-diciembre de 1958).
- Jorge Iván Hübner: *¿Juventud en Crisis?* (El Diario Ilustrado, 10/3/59).
- Enrique Lafourcade: *La Virtud de los Herejes* (El Diario Ilustrado, 13/3/59).
- Jorge Iván Hübner: *Interrogantes Literarios* (El Diario Ilustrado, 17/3/59).
- Herbert Müller: *Ciertos Interrogantes Literarios* (El Diario Ilustrado, 21/3/59).
- Peter Pan: *La Generación Literaria de 1950* (El Diario Ilustrado, 26/3/59).
- Herbert Müller: *Peter Pan y los Jóvenes Escritores* (El Diario Ilustrado, 29/3/59).
- Francisco Dussuel: *La Generación de 1950* (El Diario Ilustrado, 29/3/59).
- Claudio Giacconi: *Reconsideraciones Sobre la Generación de 1950* (El Diario Ilustrado, 3/4/59).
- Hernán Díaz Arrieta, *Alone: En Torno a una Polémica* (El Mercurio, Santiago, 6/4/59).
- Enrique Lafourcade: *Contionem Volumus* (El Diario Ilustrado, 6/4/59).
- Peter Pan: *Los Novelistas del 50 y los Otros* (El Diario Ilustrado, 7/4/59).
- Rafael Maluenda: *La Inquietud y el Pesimismo* (El Mercurio, Santiago, 8/4/59).
- Francisco Dussuel: *Lectorem Volumus* (El Diario Ilustrado, 9/4/59).
- Juan de Luigi: *Polémicas* (La Libertad, 9/4/59).
- Pablo García: *Memorándum para una Polémica* (La Nación, Santiago, 12/4/59).
- Alfredo Lefevre: *Tempestad en las Letras* (El Sur, Concepción, 12/4/59).
- Juan Loveluck: *La Querella Constante* (El Sur, Concepción, 12/4/59).
- Claudio Giacconi: *Puntualizaciones* (El Diario Ilustrado, 13/4/59).

Manuel Rojas, Marta Brunet, Benjamín Subercaseaux: *Tres Escritores Consagrados Defienden a los Jóvenes* (Revista Ercilla, 15/4/59).

Enrique Lafourcade: *Estética y Moral de la Generación de 1950* (El Diario Ilustrado, 17/4/59).

Juan de Luigi: *Contesto... al Director de La Libertad* (La Libertad, 17/4/59).

Antonio Romera: *Glosa a una Polémica* (El Sur, Concepción, 24/4/59).

Francisco Dussuel: *La Generación de 1950, Existencialismo y Pesimismo* (El Diario Ilustrado, 26/4/59).

Debutó en Sociedad Generación del 50 (Las Últimas Noticias, 29/4/59).

Temporal Literario (Revista Vea, mayo de 1959).

León Barros: *Pesimismo y Literatura de Avanzada* (El Mercurio, Valparaíso, 3/5/59).

Luis Droguet Alfaro: *Dualismo Generacional* (Revista Calicanto, abril-mayo de 1959).

Humberto Alvarez Goldsack: *La Generación del 50* (El Día, La Serena, 12/5/59).

Claudio Giaconi: *¿Existe una Generación de 1950?* (El Mercurio, Santiago, 24/5/59).

Ricardo Latcham: *Sobre la llamada Generación Literaria de 1950* (La Nación, Santiago, 24/5/59).

Próspero: *La Generación del 50* (Las Noticias de Última Hora, 28/5/59).

Alfonso Calderón: *Notas Dispersas en Torno a la Generación del 50* (El Día, La Serena, 29/5/59).

Guillermo Blanco: *Vivamos, Mientras Tanto* (Revista Rumbos, junio de 1959).

Román Pérez Senac: *La Generación del 50* (El País, Montevideo, Uruguay, 3/6/59).

Rafael Maluenda: *El Mito de las Generaciones* (El Mercurio, Santiago, 10/6/59).

Aron Alterman: *Reparos a la Generación del 50* (Revista Nueva Extremadura, mayo-junio de 1959).

Luis Sánchez Latorre: *Nuevos Prosistas Chilenos* (Revista Patria, junio de 1959).

Luis Sánchez Latorre: *Escritores en el Purgatorio* (Las Últimas Noticias, 20/6/59).

Claudio Giaconi: *Variaciones Sobre una Polémica* (La Nación, Santiago, 14 y 21/6/59).

Mario Espinosa: *Medite Lector: Hechos, No Palabras* (La Nación, Santiago, 21/6/59).

Francisco Dussuel: *La Generación Literaria Chilena de 1950* (Revista Mensaje, Nº 79, 80 y 81, junio, julio y agosto de 1959).

Yerko Moretic: *Marxismo, Literatura y Rebeldía* (El Siglo, 5/7/59).

Aldebarán: *Literatos en Escena* (El Diario Ilustrado, 3/7/59).

Enrique Lafourcade: *La Verdad sobre un Foro* (El Diario Ilustrado, 4/7/59).

Juan Uribe Echavarría: *Similitudes y Coincidencias* (El Mercurio, Santiago, 5/7/59).

Claudio Giaconi: *Vigilantes en su Tinta* (La Nación, Santiago, 5/7/59).

Miguel Frank: *Ante el Resurgimiento de la Dramaturgia Chilena* (El Mercurio, Santiago, 5/7/59).

Ernesto Montenegro: *La Generación Espontánea* (La Nación, Santiago, 10/7/59).

ESTA
PRIMERA EDICION
DE
"CUENTOS DE LA GENERACION DEL 50"
FUE
IMPRESA BAJO EL SELLO
DE LA
EDITORIAL DEL NUEVO EXTREMO, LIMITADA
EN LAS PRENSAS
DE LA EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
SAN FRANCISCO 116, SANTIAGO
CHILE
DIBUJO LA PORTADA
VICTOR AREND
PROYECTO LA EDICION JOSE ZAÑARTU BEZANILLA